OBRAS COMPLETAS DE

RICARDO LEÓN

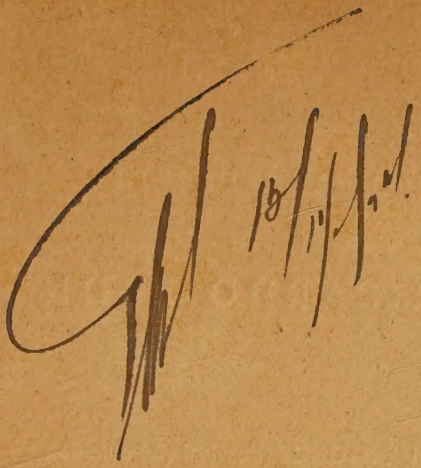
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XII

AMOR DE CARIDAD

NOVELA

EDITORIAL GIL-BLAS MADRID 192[illegible]



AMOR DE CARIDAD

OBRAS COMPLETAS

DE

RICARDO LEÓN

I.—LIRA DE BRONCE (Poesías) (2.ª edición).

II.—CASTA DE HIDALGOS (Novela) (8.ª ídem).

III.—COMEDIA SENTIMENTAL (Novela) (7.ª ídem).

IV.—ALCALÁ DE LOS ZEGRÍES (Novela) (7.ª ídem).

V.—EL AMOR DE LOS AMORES (Novela) (10.ª ídem).

VI.—ALIVIO DE CAMINANTES (Poesías) (5.ª ídem).

VII.—LOS CENTAUROS (Novela) (4.ª ídem).

VIII.—LOS CABALLEROS DE LA CRUZ (Ensayos) (4.ª ídem).

IX.—EUROPA TRÁGICA (Crónicas de la Guerra) (3 tomos: 4.ª ídem).

X.—LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS (Diálogos) (6.ª ídem).

XI.—LA VOZ DE LA SANGRE (Ensayos) (1.ª ídem).

XII.—AMOR DE CARIDAD (Novela) (2.ª ídem).

RICARDO LEÓN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

COLECCION DE OBRAS COMPLETAS

XII

AMOR DE CARIDAD

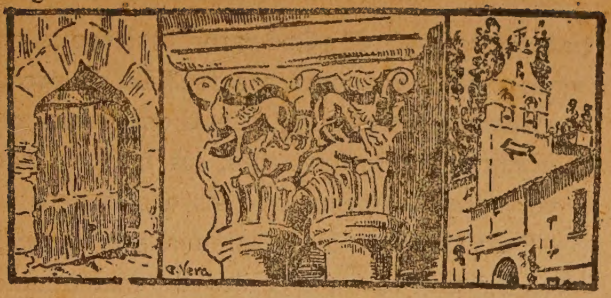
NOVELA

(SEGUNDA EDICIÓN)

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1922

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30.—MADRID

JORNADA PRIMERA



I

—POR qué no se casa usted?—Y al preguntar así doña Rita clavó en mis ojos los suyos, todavía alegres, provocativos y burlones, con una mirada profunda y voluptuosa, tal como fué, sin duda, la que lanzó la primera hembra sobre el primer varón para inducirle al pecado.

—Antes de contestar a esa interrogación, un poco temeraria—repuse—, quiero preguntar a mi vez: ¿por qué se casan los demás? Fíjese usted en los matrimonios que conoce: ¿no le dan

risa o pesadumbre? ¿Qué razón tuvieron la mayoría, si no todos, para casarse? La de probar lo absurdo, lo irreflexivo y fatal de nuestra ciega naturaleza. Porque, aquí, los más avisados se equivocan lo mismo que los necios...

—Pero ¡hombre de Dios! una sola parejita cabal y feliz vale por miles de matrimonios mal avenidos e infortunados...

—Sí; como una sola mujer discreta y hermosa vale por millones de impertinentes y de feas... Pero ¡váyales con tales argumentos a quienes, por tan injusta proporción, no son guapos, ni listos, ni dichosos!... ¡Ay, doña Rita! Como el mundo está lleno de paradojas (¡y qué aburrido sería sin ellas!), usted, que, según me dijo en cierta ocasión, no es muy feliz en su estado, lo recomienda y encarece, mientras que yo, nacido en un hogar ejemplarísimo, hurto el cuello a la dulce coyunda, aunque me la procuren tan donosamente las manos blancas y cariñosas de usted. Podría sospecharse, no siendo usted tan noble y tan discreta, que, al aconsejar así, buscaba el mal de muchos para consuelo de su error y desventura...

—Es usted implacable, Eduardo: ¡cómo goza usted removiendo el puñal en las heridas! A

usted las mujeres no le inspiran ni amor ni compasión. ¡Así son los hombres! Por eso a la Vicaría pocos van para bien...

—¡Claro! Como que ni el amor ni el conocimiento suelen forjar esas cadenas. Hay quien se casa por compromiso, por lástima, por dinero, por lujo y hasta por higiene; muchos, por huir de sí mismos; no pocos, por huir de la patrona; éstos, porque se aburren; aquéllos, por que alguien los sufra; por rutina los más, y todos... "porque sí". A veces un dulce mirar, una sonrisa, un rizo, una palabra, un donaire, juntan dos vidas para siempre... Con harta frecuencia, lo más exterior, menudo y accesorio, un vestido que cae con gracia, un lindo peinado, unas medias de seda, un abanico juguetón, hicieron caer al más zahorí... Pues si esto ocurre a los hombres, ¡figúrese usted a las mujeres! Conozco yo a una que se casó enamoradísima del frac de su novio, y este tributo de admiración al sastre la llevó muy ufana al pie del altar. Amarteladas conocí también de unos bigotes a la borgoñona, de una blanquísima dentadura, de unos guantes olorosos, de una frívola destreza para jugar al balompié, regir un caballo, gobernar un yate o ponerse una flor...

Y es que en las mujeres, más todavía que en los hombres, se manifiesta esa atracción que sienten los salvajes y los niños hacia las apariencias y espejuelos de las cosas...

—¡Ay, no me diga usted!—exclamó doña Rita, con los ojos en blanco—. En punto al amor y al matrimonio, todos, hombres y mujeres, somos algo niños, un tanto salvajes...

—Sobre todo en España...

—Ya salió el patriota. Siempre renegando de España. Cualquiera diría que es usted francés. ¡Merecía usted serlo!

—... Sobre todo en España, donde el amor es siempre una tragedia, en que se pierde la libertad o la vida; donde una mujer, como dice un amigo mío, cuesta una fortuna o una puñalada...

—Y eso ¿qué prueba sino lo mucho que valemos las españolas?... Pero, en resumen: conforme a su opinión ¿no debería casarse nadie?

—¡Claro que sí! El casamiento debería ser obligatorio para el vulgo, como el servicio militar, como un imperioso deber atribuído a la masa común y grosera de los hombres... En cambio, si yo fuese legislador, prohibiría el santo yugo a los varones ilustres y singulares, a

cuantos tienen una misión augusta que cumplir... ¿Concibe usted a Fidias casado con la Venus de Milo, al Dante casado con Beatriz, a Raimundo Lulio con Ambrosia la genovesa, a Don Quijote con Dulcinea del Toboso? El matrimonio mata la poesía del amor, rompe las alas de los sueños, deshoja las flores de la juventud, nos hace cobardes, egoístas y ramplones, hunde las almas bajo el yugo de la esclavitud doméstica, bajo la pesadumbre del tedio, de la vulgaridad y la rutina...

—Pues ¿qué decir del celibato?—replicó doña Rita—. ¿Quién más desapacible, más fastidioso y extravagante que un solterón? Un solterón es la flor y nata del egoísmo, del aburrimiento y la tristeza. ¡Dios nos libre de esos camastrones, cínicos o melindrosos que andan por ahí sin encontrar un árbol donde ahorcarse! ¡El diablo que los sufra! El hombre que llega a los cuarenta inviernos sin haber hallado su media naranja, se pone más agrio y más duro que un limón: ¡cualquiera le hinca el diente! Cásese usted, amigo Eduardo. Usted lo tiene todo para ser feliz: talento, reputación, salud y pesetas; sólo le falta una mujercita cariñosa que le acompañe y le endulce las horas, que le obsequie después

con unos angelotes como esos tan gitanos que pintó Murillo... ¿Qué hará usted, si no, cuando llegue a viejo y se vea solo, como casa vacía y llena de goteras, sin hogar y sin lumbre, sin tener quien le quiera de verdad? ¡Valiente porvenir! Ahora, que es usted joven, todo va bien. Pero, ¿y el día de mañana? Ya sabe usted el dicho popular: —¡bonita conclusión!—acabar como las gallinas, a manos de la cocinera o de la zorra...

—La comparación no puede ser más delicada, señora doña Rita...

—Pero es la pura realidad, en la mayoría de los casos, y sobre todo cuando los solterones son poetas o filósofos... como usted.

—Muchas gracias, señora. Observo que usted, lo mismo que su hija, le tiene muy mala voluntad a los filósofos y a los poetas.

—¡He conocido a tantos que, después de despreciar con muchos melindres a las pollitas más tiernas y apetitosas, apechugaron con los huesos del arroyo! Dios nos libre de esos presumidos que se creen, como usted dice, "varones ilustres y singulares"... Yo no casaría a mi Clara con ninguno de ellos. Prefiero un tonto de capirote...

—Hace usted bien, amiga mía. Bienaventurados los simples porque de ellos es la paz del matrimonio...

—¡Yo casar a mi hija con un "intelectual"! ¡Vade retro! Y con usted menos que con nadie.

—¿Por qué, señora? Ya eso merece una explicación.

—Porque la infeliz que se case con usted va a ser desgraciadísima...

—Que se expliquen, que se expliquen esas palabras.

—Porque usted, amigo mío, con ser en el fondo una buena persona, haría de su mujer una mártir. ¡Como si lo viera! Usted no sería jamás uno de esos maridos violentos, irascibles y tiranos que tratan a sus mujeres como a esclavas, sino algo peor todavía: un ente desdeñoso, taciturno, escéptico, reservón, desconfiado de su mujer y de sí mismo; un hombre voluble, raro, pesimista, caviloso, incomprensible, lleno de escrúpulos y garambainas, incapaz de un sentimiento perdurable, de una pasión heroica, de un sacrificio sostenido; un hombre, en fin, empeñado en amargarse la vida y, lo que es más triste: en hacérsela imposible a los demás...

—Pero, usted, ¿qué sabe de mí? —repuse amostazado—. ¿Tiene usted la pretensión de conocerme a fondo?

—¿Cómo de conocerle? Hijo mío, ¡si me le sé de memoria! ¡Tengo yo una experiencia del mundo y de la gente...! Usted es quien no sabe ni una palabra de sí mismo... Usted se figura que es un portento, un "varón singular", un verdadero fenómeno. Y, con toda sinceridad, amiguito; aunque usted no es guapo, todavía por dentro es usted más feo que por fuera... ¿Cómo feo? Verdaderamente horroroso... Perdone usted la libertad y la franqueza. Yo soy así... De una sinceridad salvaje. Al pan le llamo pan y al vino, vino.

—Ya, ya lo veo. Lo mismo que su hija. Tan *clara* y tan gentil para soltar una fresca.

—Ni mi hija ni yo somos gazmoñas. Es a la par nuestra virtud y nuestro defecto. Por eso cuando le decimos algo agradable bien nos puede creer. Hoy, en cambio, me dió por empuñar la palmeta. Pero no se alarme usted. Clarita y yo reconocemos que, en el fondo, no es usted malo. ¿Malo he dicho? ¡Sí es usted un hombre muy bueno, una persona excelentísima, lo que se llama un infeliz! Precisamente ahí está

el hilo del ovillo. Como suele decirse, lo que le caracteriza a usted es la falta de carácter. Usted no sentirá nunca uno de esos amores, uno de esos odios que duran toda la vida, que van más allá de la muerte. Si usted se casara, al poco tiempo ya estaría de su mujer hasta la coronilla. Se creería usted con derecho a despreciarla y humillarla; a cada instante le haría usted sentir el peso de la petulancia masculina. Le daría usted un beso como quien da una limosna. Y por feliz que fuera, empezaría usted a aborrecer su felicidad, a destruir sus más íntimas razones, a destrozar el corazón de su esposa, como los niños sus juguetes: para ver lo que tienen dentro... No, no se case usted, amigo mío: tiene usted razón de sobra; el matrimonio no se ha hecho para los hombres como usted. Guarde, guarde su blanca mano; guárdela usted para mejor ocasión: que hasta para dar la mano a una mujer hace usted lo que los malos toreros: volver la cara y alargar el brazo...

II

Iba ya a responder, y no de muy buen talante, a la resuelta y parlanchina señora, cuando Clara, su hija, mi compañera de excursiones, caminatas y devaneos, entró de sopetón en el vestíbulo de la quinta donde a la sazón nos hallábamos.

Garbosa, alegre, varonil, con traje y arreos de amazona, chulescamente ladeado el hongo sobre los negros y copiosos aladares, una corbata roja sobre el blanco peto, una fusta en la mano derecha y en la siniestra un libro, atravesó la estancia, muy presurosa, como si no nos viese, tarareando un pasodoble.

—Hola, mamá. Adiós, Eduardo—dijo por fin, mas sin volver el rostro, con afectada indiferencia.

Dejó la fusta, el hongo y el libro sobre el piano, en el fondo del *hall;* sacudióse las bo-

tas con un plumero; dijo unas cuantas palabritas inglesas mezcladas con otras palabritas gitanas, como si hablase consigo misma, y, por último, siempre de espaldas a nosotros, se puso delante de un espejo para atusarse los primorosos rizos de las sienes.

—¿De qué hablabais, mamá?—dijo después, por decir algo, como si todo le importase un bledo.

—Hablábamos del amor y del matrimonio—contestó doña Rita.

—*Shooking*—murmuró Clara—. ¡Linda conversación! Bien se ve que "estabais ustedes" aburridos...

—No tal—repuse yo—. Precisamente su mamá, sin duda para divertirse, y en labores propias de su sexo, me estaba poniendo como hoja de perejil...

—¡Oh, cuánto siento no haber llegado antes, para ayudar a mi mamá! ¡Con lo que a mí me gusta decir pestes de los hombres! Sólo hay una cosa que me gusta más: decirlas de las mujeres.

—No, hija mía; en eso nadie le gana a nuestro amigo Eduardo. Figúrate que hace un momento aseguraba este malandrín que el matri-

monio era cosa para gente grosera, no para gente de pro...

—¡Chóquela usted, amigo Salazar!—repuso Clara, dando por hecho su tocado y volviéndose de pronto hacia mí, sonriente y fogosa como la amazona de Reynolds—. Alguna vez habíamos de coincidir usted y yo. El matrimonio es poco *chic;* el matrimonio es cursi; el matrimonio es para el vulgo, para la clase de tropa; no para mí ni para usted... Por algo he jurado yo no casarme nunca... En fin, cambiemos de conversación; que eso del casorio hasta como tema aburre... Acompáñeme usted, Eduardo. Vamos a pasear por el jardín.

Salimos a la terraza de la quinta y de allí bajamos a un espacioso vergel, puesto en suave declive desde la falda del monte a la ribera del mar.

El mar ha sido siempre para mí, aun en aquellos años de los que no quisiera acordarme, el más ferviente objeto de pura y amorosa contemplación. Aquel "sagrado mar de España" "famosa playa serena" que arrulló mi cuna con el blando rumor de su oleaje; aquel cielo templado y luminoso, el más alegre y azul que vieron los ojos de los hombres; aquellas cum-

bres coronadas de olivos y naranjos, de sarmientos y palmeras, todavía me hablaban con mudas y potentes voces al corazón, cuando ya, solo en el mundo, perdida la fe, muerta la juventud, rota la nave, peregrino en mi patria, forastero en mi tiera, olvidado de Dios, y de mis padres, me sentía desvinculado y sin raíces, ajeno y hostil a todo lazo familiar.

Gustábame en los días primaverales, y aun en los días fronteros del estío, tenderme en sitio apartado, a la luz ardentísima y deslumbradora del sol; gozaba anegándome en este baño universal, desnudo en la falda de los montes, sobre el césped reseco y oloroso, recibiendo en mi carne, convaleciente aún de pasadas dolencias, las llamaradas de la luz, hasta cubrirse la piel de cálido rocío y arder la sangre y sentir en el cerebro los chispazos de aquella lumbre magnífica.

El amor a la naturaleza, a la naturaleza pródiga y robusta del Mediodía; el amor a las cosas, tan agudo a veces como el instinto sexual; una especie de ciego y formidable panteísmo, exaltado por el recobro de la salud y de la fuerza, era todo lo que me restaba entonces de mis ternuras juveniles; lo que aun me ligaba, sorda

y entrañablemente, a la tierra, a la sangre y al culto de mis mayores.

—¿Qué piensa usted, señor filósofo?—me dijo Clara, al verme tan *cerca* y tan *lejos* de ella, sin advertir su compañía, absorto frente al mar.

—Cuando estoy con usted — repuse como quien despierta de un sueño—no piensa nada el filósofo; es el poeta el que siente...

—¡Qué redondita le salió la frase...!—exclamó riendo alborozada—. Pues hijo, no se le conoce. Si usted fuese poeta de verdad, y sintiera tanto como dice, en vez de estarse ahí como un fantasma, ya me hubiera obsequiado con algunos versos, aunque fueran modernistas, o con algunas rosas del jardín, para mi gusto más lindas aún que los versos...

—En esa fineza de regalar con flores a las mujeres yo veo un rasgo de ironía cruel. ¿Hay nada más triste, más desolador que las flores? Dar a una hermosa una rosa, ¿no equivale a decirle como Hamlet a Ofelia: "vete a un convento..."? Amiga Clara: por lo mismo que soy algo poeta y algo filósofo también, no me gusta obsequiar a una mujer hermosa, si es además inteligente y discreta, con esos encantadores símbolos de la fugacidad de su hermosura...

—¡Jesús, qué alambicado y qué lúgubre! Pues, hombre, si tan tristes le parecen las rosas, regáleme usted claveles o siemprevivas. Mire usted allí qué de claveles reventones, más rojos que la sangre. Y esos, ¿qué le dicen a usted?

—Me dicen, me dicen...

—Nada, que no le dicen nada: la sangre gorda que usted tiene...

—En cambio la de usted es una pura candela.

—¿Le gusta a usted la de horchata? ¡Ay, hijo mío; cualquiera diría que es usted andaluz! ¡que es usted nada menos que del Perchel! ¡Qué sangre, qué labia, qué imaginación...! ¡Ay, si yo fuera hombre, qué de cosas le diría a las mujeres!

—¡Hola, hola! ¿Preferiría usted ser hombre?

—¡Vaya una preguntita! ¿Cabe mayor desgracia que haber nacido mujer?

—La desgracia, en todo caso, no consiste en ser mujer, sino en no conformarse con serlo.

—Pero ¿hay alguna que no lo sea a regañadientes?

—Sí que las hay... yo he conocido a muchas...

—Que se resignan a su desgracia, sabiendo que es irremediable, y procuran sacar el mejor

partido... ¿Qué otro recurso les queda a las pobrecitas? Pero todas comprenden que esto de pertenecer al bello sexo es un negocio ruinoso... Prueba al canto. Pregúntele usted a cualquier hombre, que lo sea de verdad, si querría haber nacido mujer, y protestará indignado, como si hubiese oído una injuria. En cambio, ¿ha conocido usted alguna hembra, como no sea una pazguata, que no deseara haber nacido varón...? Esto es un "plebiscito universal"... Cuando yo era una chiquilla y apenas empezaba a conocer el mundo, le decía a mi madre: ¡Yo no quiero ser mujer! ¡Yo quiero llevar el pelo corto y ponerme los pantalones y hacer lo que me dé la gana!—Por cierto que mi madre, que tiene tan buen humor, solía decirme, riendo: ¡Cállate, boba! ¡si eres una muñeca todavía! Cuando seas mayor... Las mujeres no pueden llevar los pantalones hasta que se casan...

—Pero usted, como era tan precoz, se los puso antes.

—¡Miren el mosquita muerta! No, hijo, no. A pesar de mis humos varoniles, yo he nacido mujer, atrozmente mujer, y no he podido dejar de serlo nunca. Esto fué echar la llave a mi desventura.

—Y a sus encantos irresistibles. Pero, dígame usted, ¿para qué querría ser hombre?

—¿Para qué? ¡Rayos y truenos!—dijo, ahuecando la voz y alzando la gentil cabeza como una antigua emperatriz—. Para ser libre, para ser fuerte, para ser famosa, para hacer de mi capa un sayo, conquistar el mundo, revolver el cielo y la tierra. Yo sería más valiente que el Cid, más temerario que Hernán Cortés, más gallardo y calavera que Don Juan Tenorio. Lo que no sería nunca es un hombre como usted... ¡vamos!, quiero decir como los hombres de ahora, irresolutos, vacilantes, prosaicos, egoistones, aburridos, sin voluntad ni corazón...

—Muchas gracias...

—No hay de qué.

—Pero ¿tanto aborrece usted a los hombres?

—No es que los aborrezca; los desprecio.

—Repito las gracias... por la parte que me toca.

—Los desprecio... colectivamente. ¡Suelen ser tan groseros, tan ordinarios, tan sucios, impertinentes, presuntuosos, glotones, desapacibles y, sobre todo, tan feos! Cualquier animal, un caballo, un tigre, un león, es más hermoso que el hombre. Créame usted: los hombres, en

general, me son absolutamente despreciables...

—Pero uno a uno...

—Le diré a usted. Algunos me son simpáticos... pero nada más. Les quiero un poquitín, pero como amigos solamente. En cuanto uno de ellos fuera mi esposo dejaría de ser mi amigo y le aborrecería de todo corazón.

—¡Bueno es saberlo!

—No hay caso. Tengo hecho voto de no casarme jamás.

—¡Vaya unas teorías originales!

—¿Teorías? No, señor. Como hija de inglés, me gustan las cosas prácticas. El matrimonio, como usted dice, es un negocio absurdo: se hipoteca la libertad sin más garantía que el acaso...

—Pero ¿y el amor?

—¿Ahora salimos con eso? Cada minuto piensa usted una cosa distinta. ¡Es usted un hombre de convicciones...! Pues el amor... sólo existe en las novelas.

—¿Nunca sintió usted amor?

—A los hombres, jamás.

—¿Y a las mujeres?

—*Shooking*. El hombre es un animal odioso, pero la mujer es un animal ridículo.

—¡Bravo! Entonces ¿no ama usted nada en el mundo?

—¡Sí, ya lo creo! Amo la libertad, como un esclavo.

—¿No ha pensado usted en el porvenir?

—Algunas veces.

—¿Y no le espanta la idea de quedarse sola en el mundo, frente a la vida implacable, el egoísmo ajeno, la enfermedad, acaso la pobreza, y, al fin, la vejez y la muerte?

—Nada de eso me espanta. Yo soy más fuerte y valerosa que usted. Me basto a mí misma. Practico el *self government*.

—*Self conceit, my dear*. Una mujer de su educación y de sus gustos, necesita el brazo de un hombre, de un hombre inteligente, amable, comprensivo...

—¡Ay, Jesús! ¿A que concluye usted por hacerme aquí la apología del matrimonio? ¿Hase visto veleta semejante? ¡Y luego dicen de nosotras! Yo no, yo no abdico jamás de mis opiniones. Yo no me casaré nunca: lo he jurado. Me he propuesto vivir mi vida, poseer mi yo, sin hipotecárselo a nadie... ¿Piensa usted, señor galán, que porque le hablo de amor estoy rabiando por casarme, como esas infelices caza-

doras de novios y maridos? Me gusta el *flirt*, me divierten el palique y la cháchara; pero el amor me aburre soberanamente. ¡Mire usted que repetir las cosas que ha dicho ya todo el mundo, desde hace seis mil años, esas cosas tan cursis, tan resobadas, tan ñoñas! ¡Pensar que un hombre superior, una mujer original, en sus dulces coloquios, no hacen sino repetir esos lugares comunes, fiambres y trasnochados hasta en las bocas de horteras y maritornes! ¡Oh, qué fastidio! No, no incurriré yo nunca en semejante ordinariez. Yo soy más fuerte y al mismo tiempo más delicada de lo que usted se figura.

—¡Ay, amiga mía! Usted, en el fondo, es una romántica terrible. Tiene usted la pasión de las novelas y se imagina vivir las novelas que lee. Pero la vida, Clara, no es una novela...

—Según, amigo Eduardo. Para algunos la vida es un drama espeluznante; para otros, una comedia bufa, un sainete; para muchos, una especie de fandango, con acompañamiento de palillos...

—Para mí...

—Para usted, una cosa horrible, una losa de plomo; un libro de filosofía alemana. ¿Cabe

algo peor? ¡Y aun habla usted de mis novelas! ¡Usted que es un tragalibros; usted que padece una verdadra indigestión... intelectual!

—En eso, mi encantadora amiga, nos parecemos mucho usted y yo.

—Pero yo tengo más picardía que usted. Yo cuando leo un libro es para *meterme* con el autor. Para que alguno me convenza ya necesita hacer milagros. Estoy siempre en guardia contra los libros y los hombres. En cambio, usted es del último que lee, del último que llega. Y como son muchos los que llegan no sabe usted con cuáles quedarse... ¿No sería mejor que se quedara usted con uno solo, y mejor todavía, con el suyo, con ese que todos escribimos, ya en el papel, ya en el magín? Esto es lo que hago yo y me va divinamente...

—Divinamente cuando el libro nuestro no sea como el de muchos y el de muchas: una calamidad.

—Con que sea el de uno mismo ya es el mejor de todos.

—¿Y se puede saber cómo es el suyo?

—Mi libro es una novela preciosa, una novela relámpago. Verá usted...

III

"Un día, por la mañana muy tempranito, a la misma hora en que salió Don Quijote de su aldea, por los caminos de Montiel, salto yo de mi lecho y en lugar de los vestidos femeniles me pongo, con la mayor soltura y bizarría, un traje de varón: ropas holgadas de campo, unas botas recias, de montar, la airosa capa española y una especie de chambergo ladeado sobre la sien.

"Pisando fuerte, con ademanes de gran señor, me miro al espejo embelesada. ¿Quién dirá que soy una mujer? Con mi gentil estatura, mis formas esbeltas, mi talle brioso y ágil, mis remos duros, educados en los deportes, mi disfraz viril, ¿quién dirá que no soy un arrogante caballero, un Don Alonso, un Don Juan, que sale de aventuras por esos mundos de Dios? ¿Quién podría compararse conmigo? Ni la Monja Alférez, ni aquella Feliciana de Silva que anduvo

con hábitos varoniles en la Universidad de Salamanca, ni la Jorge Sand, me sirvieran a mí para escuderos...

"¡Con qué desdeñosa alegría rompo mis cárceles para siempre, el hogar mezquino, el aposento burgués, las faldas opresoras, y montando a caballo como el jinete más cabal, con una pistola al cinto y unos dineros a prevención, me lanzo al galope, "cual pluma al viento", por los caminos del mundo...!

"Adiós, para siempre, cancelas y celosías, agujas y dedales, trapos y moños de mujer, chapeos de plumas, peinetas y tacones; faldas ridículas y humillantes, ya seáis largas o cortas; sayos de esclavitud, libreas de servidumbre, corozas de escarnio, fililíes de harén y gineceo: adiós para siempre, que yo rompí mis cadenas y mis grilletes de oro, cobré mi libertad, rescaté mi albedrío y me puse, por fin, los pantalones, para satisfacer mis deseos, para vivir mi vida, ir donde me dé la gana y hacer mi santísima voluntad!

"Hombres pacatos y pusilánimes, hombres melindrosos y ruines, que ni siquiera tenéis la valentía de gritar en público: *¡vivan las cadenas!*, y sin embargo las arrastráis en privado y

aun las echáis al cuello de vuestras pobres mujeres... Hombres sin gallardía ni majestad que nos queréis esclavas porque teméis que el día de nuestra liberación, vosotros no sirváis ni para ser nuestros lacayos... Hombres sin fuste, hombres peleles, que no sois *ni chicha ni limoná,* que sois hombres por la ropa, no por la inteligencia ni por la voluntad ni por el corazón... A todos vosotros, que sois la mayoría de los que andan por el mundo, muy orgullosos de vuestros mostachos, muy satisfechos de haber nacido, yo os regalo esas libreas despreciables, mis faldas de mujer, mis arreos de esclavitud, mis perifollos, mis ajorcas... Y ya que me puse los pantalones, con harto más derecho que vosotros, y también con más garbo y pulcritud, yo os diré de lo que es capaz una dama cuando se pone a dar lecciones de bizarría y de majeza...

"Pues, señor... Anda que anda, corre que vuela, mi caballo me pone en Madrid en un santiamén. Llego a la villa y corte, y en llegando, me hago pasar por un príncipe extranjero, me reciben con grandes pleitesías en palacios y salones, me presentan a las mujeres más hermosas, más linajudas y elegantes y... todas, to-

das, sin excepción, casadas, viudas y en estado de merecer, jamonas y pollitas, rubias, morenas y castañas, se enamoran locamente de mí... ¡Como que hay que verme, con los cabellos cortos, en melenas románticas de artista, con el *chaquet* o con el frac, con mi cara de Apolo de Belvedere, guiñando un ojo al través del monóculo, puesto en mi boca un cigarrillo turco y una gardenia en el ojal! Yo no sé qué hacer para librarme de este asedio... ¡Si aun los más graves varones se me acercan atraídos por una simpatía irresistible y singular...! En un periquete—no hay que olvidar que esto es una novela, y una novela relámpago—destrozo allí más corazones que Don Juan Tenorio. Todas me colman de obsequios, todas me dan a entender, y algunas me lo dicen, que se mueren por mis pedazos, y hasta una de ellas, loca de amores, se empeña en que la rapte... ¡Jesús, qué horrible compromiso...!

"A todo esto, como soy varón, *in partibus infidelium,* alterno con varones, vivo con ellos y, como ellos, asisto a sus fiestas y tertulias, a todas sus intimidades, y al empezar a conocerlos de cerca... ¡Dios mío, qué desengaño! Yo ya tenía mala opinión de los hombres... pero lo que

es ahora... ¡Qué necios, qué veleidosos, qué presumidos, qué insolentes, qué falsos, qué groseros... y qué cobardes! Como voy siempre vestido de caballero y, por añadidura, me llamo Don Juan, tengo que dármelas de atrevido y valiente... A las primeras de cambio tengo un lance de honor... Nada; esos lances entre caballeros son casi siempre una ridícula farsa. Mas, con ser una cosa de sainete, mi rival, un buen mozo, de cara hirsuta y aires de Campeador, al ver mi valerosa actitud por poquito no se desmaya del miedo...

"Con la desilusión de estos y otros muchos lances, y sin saber cómo salir de las uñas de tantas damiselas enamoradas, opto por huir... ¡Me canso tan pronto de las cosas! A los pocos meses ya me aburre la corte, la vida de sociedad... Yo no he nacido para estarme quieta, para ser igual hoy y mañana... Yo quiero ser algo nuevo todos los días, curiosear por todas partes, cambiar a cada paso de emociones, de ideas, de hábito y de oficio... Quiero ser hombre, pero no para serlo como lo son la mayoría: homúnculos, fantasmas de hombres, maniquíes, parodias, caricaturas de hombres. Eso es mucho peor que ser mujer... Quiero hombrearme

con los de pro, con los héroes, con los que asombraron al mundo a fuerza de tener muchas almas...

"Mi papel de Don Juan fué muy poco airoso. ¿Qué seré yo ahora? En nuestro siglo es difícil, hasta en las novelas, hallar oficios y ocasiones en que un alma grande se manifieste de pronto con heroísmo sublime. ¿Qué seré, pues? ¿Militar? En nuestros tiempos las plumas embotan a las lanzas... Entonces, seré escritor. ¡Dios me libre! Hoy los escritores suelen ser unos pobres diablos con más vanidad que las mujeres. Para ser escritor holgaba el trabajo de ponerme los pantalones; con ser escritora, por el estilo de la Jorge Sand, ya me los hallaba puestos. Pues, ¿qué seré, Dios mío? ¡Yo que lo quería ser todo, y ando ya, en mi primer salida, con más apuros que un muchacho para elegir carrera! Una profesión científica "viste mucho", sobre todo en este siglo en que las mujeres "bien" presumen más de sabias que de mujeres... Pero a mí la ciencia me aburre. Prefiero el arte. Pero el arte es tan largo y la vida tan corta... Y yo lo quiero todo aprisa, todo al vuelo... ¡Vamos! ¿a que no sirvo para nada...? Pues hay que ser algo para ser alguien... ¿Y si me dedicara a la

escena? El teatro me gusta; yo sería una gran actriz..., mejor dicho, un gran actor... ¡ya se me olvidaban los pantalones! Por más que en el teatro, como en el arte, quedamos en que ya no hay sexos... Y en punto a comedias no hay ninguna como la comedia humana... ¡Menudo papel estoy haciendo ahora... y con "un publiquito" que ni en el polo Norte...! Será menester que me dedique a cosas más serias y eficaces... ¿Seré abogado? ¡Jesús, qué peste de abogados; todo el mundo lo es! ¿Médico? No tal: ¡qué porquería! ¿Y político? ¡Porquería mayor...! Eso de ser cacique y mandarín es bueno para los chinos o los caribes... ¿Y catedrático? Eso para los negros...

"¡Nada, que no es por ahí!... *Go ahead!* Yo soy una mujer de acción... quiero decir, un hombre de acción... Seré marino, un lobo de mar, un terrible pirata... O, mejor todavía, me lanzaré a los aires en un aeroplano... ¡Aviador! ¡esto sí que me gusta y me seduce! ¡Volar, volar como las águilas y los cóndores, cielo arriba, sobre todas las cumbres de la tierra! Ya dí con mi verdadera vocación...

"Pero hay que poner los pies en la tierra, como Anteo, para renovar los bríos: ni aun

en sueños se vive del aire. A tierra, pues. ¿En dónde? En el Nuevo Mundo, cerca de Nueva York. Aquí se vive más de prisa, más al vuelo que en ninguna parte, como a mí me gusta...

"Heme aquí rey. Ahora sí que he dado con mi verdadera vocación. Heme aquí rey. Como en Europa ya todo huele a rancio y a podrido, me vine a las Américas, y en ésta del Norte, tan nuevecita y arrogantona, en que todo, el arte, la ciencia, el amor, la gloria, la fortuna, el éxito, es una pura improvisación —*¡puff, bluff!*—yo soy el rey del azúcar. ¿Hay nada más dulce que esto de tener muchos millones y derretirlos como terroncillos de azúcar en sendas tazas de café? ¡Ay, sí: yo tengo vocación de millonario! Quiero decir de hombre de negocios a la americana, de hombre de presa, por el estilo de Teodoro Roosevelt, el famoso cazador...

"¡Vengan aquí automóviles, navíos y aeroplanos y toda suerte de ingenios pera vivir de prisa, para correr y volar, para estrellarse y despanzurrar al prójimo por *sport!* ¡Dadme, ¡oh, genios y diosecillos del oro!, palacios rutilantes, ínsulas encantadas, maravillosas monterías, fiestas de campo y de corte, espléndidos ban-

quetes y *pic-nics*, tales como son debidos a un rey cuya corona es de azúcar! ¡Azúcar!, ¡ésta es la vida *chipén!*

"¡Ea! Ya estoy apaleando millones y manejando a mi gusto la humanidad, moviendo guerras, imponiendo paces, y... Pero, Dios mío, ya me metí en la política y la política es lo más feo y abominable de la tierra... No. Yo quiero los millones para cosas más bellas y más gratas. Yo amo el dinero, porque el dinero es, ante todo, libertad. Con dinero soy libre, hago lo que me da la gana y todo lo que hago le parece al mundo muy requetebién...

"A vivir, pues, a vivir, pero aprisa, muy aprisa, todo con la celeridad del rayo. ¿Para qué vivir, si no, cuando se tienen tantos millones y se pueden satisfacer los más inverosímiles antojos? Ya el automóvil es para mí un cacharro inútil, un carricoche vulgar, un artefacto burgués, al alcance de todas las fortunas. Preferiría viajar en burro... El aeroplano ya es otra cosa, pero luego de recorrer el mundo entero en todas clase de aeroplanos... concluyo por aburrirme también... Es el mundo tan chico, tan monótono, al lado de la imaginación y del deseo... La naturaleza es siempre la misma hace

muchos miles de años... Los hombres y las mujeres son en el fondo todos iguales, aunque tengan distinto color y vistan trajes diferentes... ¡Dios mío! Como dijo el Sabio, no hay nada nuevo debajo del sol... Si al menos tuviésemos alas, no como los pájaros, sino como los ángeles, para volar de mundo en mundo, de estrella en estrella, lejos de este planetilla tan poco original...

"Me aburro, me aburro como una ostra, o, para decirlo más poéticamente, me aburro como una madreperla. ¿De qué me sirven todos mis tesoros, mi juventud, mi hermosura, mi conocimiento de todas las cosas, mi experiencia de la vida y de los libros, mi salud, mi audacia, mis fueros, mi libertad? ¿Para qué me sirven, al fin, los pantalones?

"*Blue devils.* Un día de supremo fastidio, de odio supremo al mundo, a la naturaleza, a la libertad, al saber, al oro, a la civilización, a las ciudades, a los campos, a los hombres, a las mujeres, a mí misma, a todo lo habido y por haber, resuelvo hacer pedazos mi ridícula corona de azúcar y saltarme luego la tapa de los sesos...

"Sí, debo morir: debo morir porque agoté la vida, la estrujé toda entera, como un racimo,

por el ansia de gustarla de golpe, en un momento, a la luz de un relámpago. Debo morir porque la vida, cuando se la conoce plenamente, con todos los medios imaginables, pudiendo uno hacer cuanto le da la gana, es una solemne estupidez...

"Quiero morir, pero de un modo original, apasionado, caballeresco, sublime, como un hombre, como un hombre de pro... Para ello es preciso huír de estos países, donde los tronos son de azúcar, o, peor todavía, de carbón, o de petróleo, y volver a España, a la tierra, única en el mundo, en que hasta los mendigos llevan debajo de su chapeo roto una corona de rey...

"Ya estoy en Sevilla, en la patria del eterno Don Juan. ¡Sevilla! No hay en todo el orbe cielo mejor para abrir los ojos a la luz ni mejor tierra para sepultar los huesos... Aquí he de morir...

"¿Dije morir? ¡Vengan aquí suicidas y aburridos, que hay en Sevilla cosas capaces de resucitar a los difuntos!... ¿Pues no hace apenas siete días que ando por las riberas del Guadalquivir buscando un árbol donde ahorcarme, a guisa de Bertoldo, y ya comienzo a arrepentirme? ¿Qué es esto que me pasa? ¿Qué ímpetus

de vida nueva, qué extraña ilusión, qué dulce y sabroso regustillo siento de repente, yo que juzgué agotadas para mí todas las cosas del mundo?

"¡Jesús, mil veces Jesús! No soy la misma que era, soy otra mujer, una nueva mujer que ha nacido de pronto y con atroces bríos dentro de mí. ¿Pues no estuve hoy a punto de quitarme los pantalones y todos mis arreos varoniles para ponerme una falda y un pañolón de Manila? ¿Pues no me pasé anoche, casi toda la noche, llorando? ¡Llorando yo que no hice toda mi vida sino reir a carcajadas! Por fuerza estoy loca, o el sol andaluz se me ha metido en la sangre, o, tal vez, la pícara y deliciosa manzanilla de esta tierra me hace delirar. ¿Qué me sucede?

"*Much ado about nothing.* ¡Que estoy furiosamente enamorada! Que un hombre, no sé si mejor o peor que los demás, acaso peor que todos, se me ha entrado en el alma de sopetón, haciéndose dueño de mí, volviéndome loquita perdida, cambiándome en un santiamén toda mi persona, ideas, sentimientos, imaginaciones, propósitos, esperanzas... Me siento desgraciada y felicísima, triste y alegre, con ganas de vivir

y morir, de llorar, de cantar y reir otra vez a carcajadas. Y, sobre todo, me siento como nueva, cual si tornase a la niñez, curiosa de cuanto veo, encantada de haber nacido, y a punto de creer que el mundo, antes, para mi esplín, tan odioso y aburrido, acaba de salir nuevecito y flamante de las manos de Dios...

"¡Y yo que creía, necia de mí, que por haberme puesto los pantalones, y haber corrido en sueños muchas tierras y mares, y haber tragado muchos libros, y sentido la saciedad de muchas cosas, tenía ya en mis manos la vida entera, toda de golpe, conocida y estrujada como un racimo de uvas!... ¿Pues no me había olvidado del corazón? ¿Qué valen, cuando el corazón dice: ¡quiero!, todas las otras cosas del mundo?

"¡Fuera, fuera, de hoy para siempre, los pantalones y los disfraces peregrinos, y las andanzas heroicas y los ensueños errabundos, que ya encontré a mi Don Juan, y ante sus ojos gachones y sus mostachos viriles, me falta tiempo para tornar a mis faldas, a mis moños y plumas, a mis cancelas y celosías, donde se pela la pava y se convierte la tierra en cielo y el mundo todo parece acabadito de nacer! ¡Adiós,

para siempre, caminos de la tierra y de la mar, que yo cambié de vocación, pues voy a casarme para la Pascua de las Flores, y estoy gritando *¡vivan las caenas!* desde que tuve novio formal y me ceñí la pulsera de pedida y vi relucir el anillo de oro con el dulce letrero: *¡forget me not!* ¡No me olvides!" . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Cuando acabó Clara Taylor de relatarme su ingeniosa novela no pude reprimir un ferventísimo aplauso y una sonrisa un poco irónica.

—¡Bravo!—le dije—. Es usted una artista admirable... Tiene usted una imaginación volcánica... Pero su novela resulta una paradoja... una pura contradicción... Usted que, como yo, ama tanto la libertad; usted que, como yo, aborrece el matrimonio; usted que, como yo, ha jurado no casarse nunca, viene a incurrir en "semejante ordinariez", se casa de la noche a la mañana, renuncia de pronto a sí misma, a todas sus convicciones, y grita a voz en cuello: *¡vivan las caenas!*

—Que es igual que decir ¡viva la paradoja! Pues, precisamente, ahí está la gracia de mi cuento... ¿No se ha enterado usted todavía?

—Es que yo, aunque gusto también de las contradicciones, no llego al punto de usted. Soy amigo de las paradojas, pero soy más amigo de la libertad...

—¡La libertad!—repuso Clara, con un gesto inefable—. ¡Jesús, qué cosa más estúpida! ¿Para qué sirve la libertad sino para perderla?

IV

Hallábame yo a la sazón en la plenitud de mis treinta años, fuerte y hermosa cumbre de la vida para los hombres de voluntad y de fe, conquistadores de sí mismos; "funesta edad de amargos desengaños", puerto de incertidumbres y tinieblas para los hombres apasionados o inteligentes, que, ansiosos de poseer el mundo, aun no supieron poseerse a sí propios ni hallar su camino, su afirmación y su verdad.

Pasado habían, como nubes errantes, las muchas penas, las íntimas desventuras de mi angustiosa juventud. De todas las crueles pesadumbres que sacudieron mi corazón, despertándole muy pronto a la implacable dureza de la vida, sólo me quedaban ya unos recuerdos ácidos, unas canas prematuras, un humor esquivo y melancólico, un gusto como de hiel dentro del alma, un hambre egoísta de sere-

nidad. Pobre y enfermo antaño, presa de humillaciones y torturas, niño precoz, mimado y caprichoso en un ambiente crudo y hostil, en un hogar desamparado y triste, habíame redimido—por la merced de Dios y por la heroica solicitud de mi madre—hasta lograr la salud y la fuerza, una vida independiente, un holgado peculio, un carmen deleitoso en los montes de mi país natal. Y aunque en aquella torre de marfil, soltero, casto y petulante, vivía desdeñoso de las coronas de mirto, no por virtud, sino por flaqueza y orgullo, por el miedo egoísta de perder mi libertad y reposo, ya empezaban a rodear mis sienes las hojas del laurel.

Poeta con ínfulas de renovador e iconoclasta; literato con pujos de intelectual; ensayista con presunciones de filósofo, creíame yo entonces el más cumplido, cabal y maduro ingenio de cuantos, a la par de mí, renegaban de todo lo español y pretendían hacer nueva patria barriendo hasta las cenizas de la patria antigua, cerrando con siete llaves las tumbas de sus augustos fundadores. Sonaban ya mis libros con ecos de fama en los papeles del vulgo, aunque los tales libros, hoy con vergüenza los recato, no eran sino ruines abortos de un magín, pobre y esté-

ril, henchido, como cajón de mercader, con todos los lugares comunes, buhonerías y espejuelos de una generación infecunda, marchita en plena juventud.

Era yo, en suma, uno de aquellos mozos desazonados y tristes que hicieron las primeras armas en tiempos del desastre nacional; uno de aquellos escritores de la decadencia, sofistas con humos de intelectuales, llenos de pedantería, de presunción y de hiel, negadores de todo lo divino y lo humano, escépticos antes de saber pensar, pesimistas antes de saber vivir; jóvenes sin juventud, sin ideal, sin fe en Dios, en la patria ni aun en sí mismos, soñadores impotentes, al margen del ensueño y de la acción, que hogaño, ya en las fronteras de la senectud, llenos de canas precoces y de tardíos arrepentimientos, cejan y capitulan advertidos por la amarga experiencia de la vejez, arrollados por la corriente de las nuevas y audaces generaciones.

¿Quién hubiese creído que el árbol secular, recio y frondoso de mi linaje, diera a la postre, en mi plena madurez, fruto como ese tan desabrido y tan agraz? ¿Quién, de todos los testigos de mi infancia, de mi primera juventud, po-

dría adivinar entonces, en mis treinta años, duros, resecos, agostizos, como tierra segada y en rastrojos, aquella mi alborada lucentísima, la tierna y lluviosa primavera de mi mocedad?

Fué mi padre un hidalgo extremeño, de traza arrogante y bizarra; natural de Medellín, como Hernán Cortés, hizo profesión de militar a los quince años. En su noble rostro, curtido por la guerra, en su aire marcial y aseñorado, había como un fresco recuerdo de aquellos antiguos soldados españoles que parecían príncipes.

Aún no se han borrado de mi memoria las impresiones de la vida militar que halagaron mi infancia, despertando en mi corazón la voz leonina de la estirpe. Al romper la aurora vibraban las cornetas tocando a diana; saltaba mi padre del lecho, dejando a mi madre dormida, y yo oía entre sueños la viva algazara, el despertar ruidoso del viejo cuartel, y evocaba preludios de batalla, vocerío de campamentos, bruscos toques de corneta bajo el viento frío del amanecer, ante un ejército enemigo... Saltaban de sus duros lechos los soldados y bajo las arcadas conventuales, en las sonoras crujías, escuchaba yo el tumulto de las pisadas, las roncas toses, las voces de mando, el sordo galope

de aquella muchedumbre, saliendo de los dormitorios, formando en el patio, al aire libre y glacial de la mañana.

Un día vi salir al regimiento en columna de viaje por la ancha carretera de la estación. Yo oía hablar de tristes cosas que apenas entendía, de la patria, de la guerra, de países lejanos adonde nuestros soldados iban a morir, y notaba una ansiedad extraña en todos los semblantes. Mi madre lloraba, queriendo en vano ocultarme sus lágrimas; mi padre, con el ros inclinado sobre los ojos, me estrechó en sus brazos y vi, por primera vez, empañado su rostro de tristeza.

Crecido yo en el tumulto de la corte, vime más tarde en una ciudad triste y silenciosa, cercada de viejas murallas, en una casona grande y vetusta, pedazo de un antiguo monasterio. Durante mucho tiempo tuve la nostalgia de Madrid, del bullicio y muchedumbre de sus calles, de aquellos paseos llenos de carruajes y de niños, de aquel Retiro de añosos árboles donde jugar solía, de aquellos cochecillos infantiles, tirados por borriquitos llenos de cascabeles. Al cabo me hice a la tristeza de mi nuevo hogar. Mi madre, con una suave sonrisa que tenía de-

jos de llanto, sentábame en sus rodillas y me enseñaba las primeras letras. ¡Cómo recordar sin honda ternura aquellos días lejanos! Ante una gran ventana, abierta sobre las frondosas ramas de un naranjo que en el claustro había, escuchaba la voz dulcísima de mi madre.

—A ver, hijo mío—decíame sonriendo—, cuéntame la historia de aquella reina que echó a los moros de España.

Y mi vocecita infantil repetía pausadamente la lección aprendida de los labios maternales.

—Isabel la Católica era una reina muy hermosa y muy buena; un día vendió sus joyas...

El descubrimiento del Nuevo Mundo, la conquista de Granada, las hazañas de Hernán Cortés, todos los episodios de la gran epopeya de la raza, tomaban en mis labios de niño la sencillez y la ingenuidad de las viejas crónicas y los romances populares.

—Ahora un poquito de Geografía — decíame mi madre—. ¿Cuáles son las partes del mundo?

—Son cinco, a saber: Europa, Asia, Africa, América y Oceanía.

—Bien; lee ahora estos versos... Con voz clara y haciendo las pausas con donaire...

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería...!

Algunas veces, interrumpiendo yo las lecciones, preguntaba con tristeza por mi padre.

—Pronto vendrá, hijo mío—contestaba mi madre con ternura y pena—, dicen que la guerra se acaba... —Y después me hablaba de la guerra mostrándome la obligación que todos tenemos de dar nuestra sangre a la Patria. —Por la Patria, hijo mío—decía con los ojos húmedos del llanto—, la vida, si es menester... No lo olvides nunca.

En el gran corazón de mi madre ardía el fuego antiguo de los héroes. Digna compañera de mi padre, jamás tuvo crepúsculos en su alma la noble idea del deber. Al recordarlo así, mirándome en el espejo de aquellos dos caracteres tan bien templados, siento vergüenza de mí mismo.

Yo tenía una precoz afición a la lectura. Mi padre, mientras estuvo a nuestro lado, escondíame los libros, diciendo que él quería un hijo hermoso y fuerte y no un sabio mezquino y triste. Pero mi madre, halagada por tan tempranas aficiones, fomentaba mi curiosidad y me daba los libros en secreto.

Aquella época de mi vida transcurrió casi toda en medio de una sosegada melancolía. Jugaba yo poco entonces con los niños de mi edad; era mi camarada de todas las horas una mocita de mis años, muy linda y delicada. Llamábase Angeles, y vivía con su madre en la vecindad. Ricas ellas entonces y felices, nos sirvieron de consuelo y compañía. Yo llegué a sentir por Angeles un precoz amorcillo de adolescente; su recuerdo vivió mucho tiempo en mi alma como un puro aroma de violetas.

Una tarde, que no podré olvidar jamás, nos trajo una nueva, irreparable desventura. Bordaba mi madre junto a la ventana; escribía yo en mi pizarrita, trazando con el yeso letras gruesas como avellanas; el naranjo cuajado de azahar llenaba toda la estancia de intenso aroma... Llegó a esta sazón doña Araceli, la madre de Angeles, y sentóse a nuestro lado, pálida, temblorosa, queriendo en vano ocultar una profunda emoción. Habló de la guerra y sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella también tenía seres amados en la guerra.

No sé qué cosas le dijo a mi madre; entablaron un diálogo, breve y nervioso, en voz baja; palideció mi madre intensamente, dió un

grito desgarrador y cayó sin sentido sobre la butaca. Lleno yo de terror, interrogué a aquella señora; besóme doña Araceli con efusión, mojándome las mejillas de lágrimas... Más tarde comprendí al fin: mi padre había muerto.

Vinieron tiempos de pobreza y dolor. Tenía yo trece años entonces, pero mi espíritu de niño, sacudido por estas sorpresas dolorosas, se había desarrollado con inaudita precocidad. Mi madre, fuerte y enérgica, era la única mujer capaz de levantar a pulso aquel hogar destruído y resistir el golpe de todas las desventuras que llegaron después. La rapacidad de unos parientes entró a saco en nuestro menguado patrimonio; quisieron despojarnos de la herencia de nuestros abuelos, y para colmo de males quebrantóse mi naturaleza, caí enfermo y halléme a punto de morir.

Prestamente envejecida mi madre, parecía sacar alientos de su propia flaqueza y disputarme a la miseria y a la muerte con ese heroísmo callado y estoico que ha sido la virtud de toda mi raza. Vióse forzada a sostener un largo pleito y a trabajar en tanto para sostener nuestras pobres vidas; llevóme a un sanatorio, donde mejor lograran curarme, y pasábase

ella las noches en vela, contentándose con verme un momento por las tardes, teniendo fuerzas todavía para sonreirme...

Aún brilla en el fondo de mi alma la visión plácida de aquella casa de salud, donde se abrió, luchando entre la vida y la muerte, la pálida rosa de mi juventud. Cuando cierro los ojos, veo el aposento donde yo dormía, con sus grandes ventanas al campo y al mar; la galería, inundada de sol, hasta donde solía arrastrarme, apoyado en unas muletas; la gran sala de operaciones, llena de aparatos e instrumentos relucientes, que me producían singular terror. Allí me acostaron un día y abrió el acero mis carnes, en tanto dormía con profundo sueño, un sueño hermano del de la muerte. Jamás olvidaré el rostro grave de aquel cirujano, hombre famoso por su ciencia y su piedad, que me trataba con una ternura sólo semejante a la ternura de mi madre. Parecía que aquel hombre tenía en su semblante toda la tristeza del infortunio humano; hablaba dulcemente, soñando siempre con una edad futura, una edad de oro en que los hombres morirían de viejos, sin dolor, sin espanto ni rebeldía...

Cuando yo torné a la vida comenzó mi madre

a caminar hacia la muerte. Miraba yo entonces el rostro todavía bello de mi madre, ungido por una santa palidez; contemplaba sus ojos, donde las lágrimas habían dejado surcos de fuego, sus cabellos tocados de nieve prematura, sus mejillas marchitas, su expresión singular de ternura y aflicción, sus manos, sus pobres manos, que fueron tan finas y delicadas, curtidas y deformes... Y en cada surco, en cada estigma de su tez veía la huella del dolor, la señal de un trabajo, el ultraje de tantos años de heroicas pesadumbres.

Un día, cumplida ya la misión de rescatarme de la miseria y de la muerte, abandonó, en mis brazos, la vida; cerró el sueño eterno aquellos ojos que tanto habían llorado por mí...

V

Quedé solo en el mundo, presa de amarga desolación, mas harto defendido por los fuertes aceros de la mocedad y de la salud, por los bienes, rescatados al fin, del patrimonio doméstico, y por el otro caudal, mucho más pródigo y seguro, que me legaron mis padres con sus heroicos sacrificios, con sus abnegaciones y ternuras, con el ejemplo de sus vidas, tan españolas y cristianas.

¿Qué hice yo entonces, ingrato y necio de mí, con los tesoros de tan sagradas herencias? ¿Cómo aquel mozo ingenuo y sentimental, educado en aulas tan generosas, traído desde la cuna en los fuertes y dulces brazos maternales, hecho a recibir, desde la blanda niñez, casi con la leche en los labios, las primeras lecciones de amor y caridad; cómo aquel rubio y gracioso infante que se dormía con el nombre

de Dios en la boca, en un hogar presidido por la Cruz de Cristo y la bandera de España, pudo llegar a convertirse en un hombre escéptico, ridículo y egoísta, desarraigado de su patria, de su hogar y tradición, indiferente u hostil a sus antiguas convicciones, a sus recuerdos más puros; en un escritorzuelo pedante, lleno de confusiones, de pesimismos y acritudes, lóbrego panteón de ideas peregrinas, pintado maniquí de modas forasteras, triste caricatura de las virtudes intelectuales, del esplendor del pensamiento y del orgullo viril?

Hay almas de tan divina condición que ante los golpes de la adversidad se forjan, templan y depuran, como los metales preciosos bajo el martillo del artífice; pero hay otras almas, y de éstas fué la mía, que, al sentir el dolor, se rinden, se avinagran y oscurecen, cobardes y rencorosas ante las aparentes sinrazones del Destino. Muy mozo todavía, apenas abrí los ojos a la luz del entendimiento, los problemas del mal, del dolor y la muerte, en sus aspectos más descarnados y visibles, se me impusieron con angustiosa realidad. Sentado a las puertas del Misterio, mudo de asombro y de tristeza al recibir en pleno corazón el trallazo

de la primera adversidad, surgió del fondo de mi alma una pregunta sorda, un *¿por qué?* rebosante de incertidumbres y rebeldías. Y aunque me daba la respuesta, junto a mi propio corazón, el dulce, lastimado y valiente corazón de mi madre, yo la buscaba en los libros, no en los claros y abiertos de la experiencia familiar, de mi estirpe cristiana y española, sino en aquellos otros, torpes, cerebrales y oscuros, de extraña y venenosa raíz, aduladores forasteros de nuestro ciego apetito, con cuya ociosa lectura empezaron a conmoverse todas mis convicciones infantiles, todas las piedras angulares de mi hogar.

Después, a la pasión de los libros, prematura y fogosa en mi niñez, exaltada luego en los años de enfermedad y quietud, a las lecturas atropelladas e indigestas, sin método ni preparación, se juntaron los hervores de una rebelde juventud, sin ley ni freno, penetrada de estímulos sensuales, bajo la capa de una postiza intelectualidad; los humos y vanaglorias de un escritor pagado de fáciles laureles: cosas bastantes y aun sobradas para desorientar y confundir a un mozo de poco temple y de pocos años, sin verdadera conciencia de sí mis-

mo: para torcer o enmascarar su yo, y equivocar sus pasos, tal vez para siempre, fuera de los caminos reales de la vida...

Es harto frecuente, curioso y triste, el caso de los hombres que, apartándose de su propio destino, del que imperiosamente le señalan su herencia, su carácter, su vocación, sus inclinaciones y aptitudes, por ignorancia o por desprecio de ellas, toman como dechado, como ideal de sus vidas, un tipo de hechura diferente, un personaje real o fabuloso, una figura histórica, un héroe de teatro o de novela, un libro, una imagen, algo que hirió con fuerza el alma o los sentidos exteriores. Bajo la aguda sugestión de su modelo, esos hombres que aspiran a ser lo que no son, pero que creen serlo, viven como las máscaras, en un perpetuo carnaval, fuera de sí, disfrazados de un ideal que no es el suyo, de un semblante engañoso, de una falsa y torcida vocación. Es más: como los caracteres profundos y originales, árbitros y escultores de sí mismos, son tan pocos y raros en el mundo, la mayoría de los hombres son "monos de imitación", caricaturas y parodias, simulacros de humanidad en que todo es ajeno y postizo: el aire, el gesto, la ac-

titud, las acciones, las palabras y las ideas...

Pues, de este modo, se me antojaba entonces — hoy lo confieso humildemente — bajo la viva obsesión de novedades y lecturas, de fantasías y devaneos, ser una especie de "pequeño Moisés"—quiero decir un portador de *nuevas tablas* y de *novísimos valores*—, y al niño poeta que yo llevaba dentro del corazón, niño romántico, tímido y sensible, colgarle un disfraz de superhombre. Precisamente a la sazón empezaba a correr con fama universal el nombre de un filósofo tudesco de huraña catadura, mas de doctrinas seductoras, muy de perlas para hombres muelles y cobardes con presunciones de vigorosos y valientes, para asnos y ciervos disfrazados con pieles de tigre o de león.

Lleno yo todavía, al cumplir los *malditos treinta años*, de los rescoldos juveniles, de las obscuras y entrañables rebeliones, me embriagaron al punto las palabras de aquella especie de Anticristo, de aquel loco poeta: Federico Nietzsche. Yo que entonces alardeaba en mis libros de arremeter, como un precursor del fin del mundo, contra todo lo divino y lo humano, contra la patria, la religión, la sociedad y la familia; yo que pedía cerrar con muchas llaves

las tumbas de todos los difuntos y hacer tabla rasa de lo pasado, de la historia, de todo lo que fuera anterior a mi glorioso y prodigioso nacimiento, sentí en lo profundo de mi ser, leyendo a Nietzsche, una estupenda revelación, un júbilo inefable. Yo me sentía el propio Zarathustra, el forjador del superhombre; yo aborrecía también el miedo, la tristeza, la resignación, la piedad, manjares amargos de mi niñez y juventud; amaba el ímpetu dionisíaco de la vida, sus paganos furores, su ética libre, más allá del bien y del mal. Yo creía sentir en mis entrañas un hombre fino y duro como el acero, un varón de voluntad y de fuerza, capaz de subvertir todas las leyes y los valores antiguos, de construirme un mundo aparte, de edificar mi torre de marfil. Yo imaginaba, con pueril orgullo, haber roto, de entonces para siempre, los vínculos del pasado, las cadenas que nos atan a los muertos, la servidumbre del ayer, todos los hierros y las cárceles que nos sujetan al dolor, a la pobreza, al yugo de esa moral de impotentes que, con el nombre de caridad, ha convertido el mundo en un horrible lazareto, en una hedentina de leprosos, de enfermos, de esclavos y mendigos...

Así pensaba y escribía entonces, mas por debajo de esa dura corteza "filosófica", del improvisado arnés de superhombre con que yo disfrazaba mi condición pacífica y sensible, reñían arduo combate mis dos naturalezas: la adquirida, la segundona, la intrusa, y la prístina, la auténtica y original, la que nació del vientre de mi madre y se crió en sus brazos amorosos, junto a su dulce corazón cristiano.

Por otra parte, muchas veces, rompiendo la costra de mi egoísta soledad, un sentimiento sutilísimo se adueñaba de mí. Como las sombras de un sueño surgían del fondo de mis noches calladas y vacías la imagen de una mujer, la linda estampa de un niño, los interiores de un hogar. El genio de la especie, superior a todas las filosofías y artificios mentales, llamaba a las puertas de mi alcoba con misteriosos golpes que resonaban en el corazón. Yo no había amado seriamente todavía. Mis dolencias primero, más tarde mi pesadumbre y mi esquivez, habían apartado de mis labios la dulcísima copa. Después de aquel idilio de mi pubertad con Angeles, guardado en las penumbras de la memoria como vago y suavísimo recuerdo, nunca volví a sentir un verdadero amor. Mas

le temía y deseaba, juntamente; vivía aguardándole y al mismo tiempo recelando de él, como de una grave perturbación de mi vida, presintiéndole como el mayor peligro de mi reposo y libertad. El matrimonio, con sus penosos deberes, sus responsabilidades y sus riesgos, ¿no era de todas las cadenas que yo creía haber roto para siempre la más dura y cruel, pues sólo se rompe con la vida? Crearme un nuevo hogar, ¿no era abrir otra vez las puertas del dolor, uncirme a la ley de lo pasado, al yugo inexorable de los muertos?

Y, sin embargo, todas mis reflexiones convergían en ese temido vértice; mi continencia, mi vida quieta y solitaria, eran como fuentes copiosas de salud y deseos. A pesar de mis humos de filósofo, de superhombre en agraz, la Vida me tomaba en sus brazos y me daba a beber su ardiente vino y me ofrecía sus rojos labios de mujer, donde toda embriaguez y toda desventura tienen su nido...

VI

Uu dia, paseando descuidadamente por los senderillos del monte, a la caída de la tarde, hube de hallar, sentada al pie de un árbol, leyendo un libro, la más encantadora mujer que vi jamás en mi vida. Al sentir el ruido de mis pasos, alzó la cabeza y me hirió fuertemente en el corazón la peregrina hermosura de su rostro, la mirada de sus ojos de águila que parecían absorber toda la dorada luz del sol poniente. Quedé como clavado en tierra ante el imprevisto encuentro y sonrió ella al comprender el efecto que su presencia me había causado. Saludé cortésmente y seguí mi camino pensando quién podría ser aquella gentilísima dama, amiga de la soledad y de los libros, que tan poéticamente se me había aparecido en una puesta de sol.

¿Quién sería aquella mujer? Sentía yo un

vehementísimo deseo de saberlo. Durante la primavera, singularmente, todos los lagares y haciendas de aquellos montes llenábanse de familias de la ciudad que venían a pasar allí una temporada; muchas noches, al cruzar por aquellos caminos, vi el resplandor de llameantes hogueras y oí el eco de alegres zambras andaluzas, el rasguear de la guitarra y el gemido errante de una copla. Metido yo en mi casa, sin trato ninguno con los extraños, permanecía ajeno a aquella sociedad bulliciosa que invadía los campos y rompía el grave silencio con bailes y moragas.

Otra tarde, paseando por el mismo sitio, volví a ver, debajo del mismo árbol, a *mi hermosa desconocida*...

Más veces la vi y llegó a embargarme el deseo de saber quién era. Todos mis pujos de hombre solitario y esquivo vinieron a dar en un fuerte acceso romántico, al contemplar la hermosura de aquella mujer. ¡Oh terrible inconstancia! Desde aquella tarde fuí poco a poco dejando de leer a Nietzsche, y como todo en mí se resolvía en literaturas y veleidades, acabé por entregarme como un colegial a los versos de Alfredo de Musset...

Clara Taylor era una mestiza encantadora, una hija de inglés y de andaluza, fruto peregrino del cruce de dos castas admirables. Tenía como veinticinco años; alta de estatura, nerviosa de temperamento, esbelta, elegantísima, era una extraña mezcla de atractivos norteños y meridionales. Su rostro oval y trigueño estaba teñido de luz andaluza; el cabello era negrísimo y rizoso, y peinábalo en dos crenchas que le caían sobre las sienes al modo de las gitanas; los ojos entre pardos y grises, con irisaciones verdes y estrellitas de oro, llenos de extraño ardor, cambiantes, enigmáticos, eran semejantes a los ojos de un felino; la nariz recta y pulida; la boca chiquita como una fresa.

La extraña y fascinadora belleza de su semblante peregrino; el contraste del pelo de ébano y las pupilas de tigre, la boca inocente y el mirar perverso, producían una impresión profunda. Tenía actitudes de una elegancia suprema; gestos de malicia, de júbilo, de repugnancia o desdén, con una gracia tan personal, con una tan refinada coquetería que trastornaban el seso. Hacía gala de una resolución enteramente varonil y británica, gustábala vestir con

afectada sencillez, imitando las modas masculinas; pasear a caballo para lucir el traje de amazona y el sombrero hongo, jugueteando con la fusta, embriagándose con veloces correrías, poniendo al galope su bridón y bebiendo los vientos como un centauro. Y esta mujer tan varonil y resuelta, entregada a los deportes con ardor insaciable, aparecía en ocasiones mansa y dulcísima, hablando con arrullos de tórtola y asomando a los ojos una lumbre celestial. Tenía de su casta británica el imperio, la energía y el orgullo, y de su casta andaluza, una alegría impetuosa y alocada, mezcla de sano júbilo y de malsana coquetería. Algunas veces la vi llena de cólera, pero de tristeza, jamás.

Hablaba un castellano rápido y pintoresco, salpicado de frases exóticas y de muletillas gitanas, y llegaba en sus audaces conversaciones a los últimos límites del desenfado y la bizarría.

Había nacido en Gibraltar. Su padre era un inglés alto, seco, torpe y bonachón. Enamorado en España de una moza de rumbo, casóse con ella y fué un esposo mártir. Su mujer, doña Rita, conservaba todavía, a pesar de los

años, restos de marchita belleza; vestía con ostentación, pintábase el rostro como una vieja meretriz y, hasta yendo con su hija, presumía de hermosa. Perversa y dominante, tenía al pobre inglés metido en un puño y sólo guardaba sus ternuras—ternuras de vieja cortesana—para la hija, para la amazona de los ojos de tigre.

Vivía aquella original familia como si tuviera grande caudal; es decir, la madre y la hija, pues Míster Taylor hacía gala de una extremada sobriedad en todas sus cosas. Habían alquilado por una temporada la quinta de las Palomas, no lejos de mi casa, y nadie sabía a punto fijo de dónde venía la fortuna de aquel extraño hogar. Algunos murmuradores decían que en todo ello andaba la liberalidad de un potentado, antiguo amante de doña Rita; otros aseguraban que Míster Taylor tenía negocios de minas en el Transvaal, y no faltaba quien, puesto a soñar fantasías, hablaba de no sé qué asuntos de espionaje, del *oro inglés* y de la *pérfida Albión*.

La soledad en que yo vivía; la vecindad de aquella mujer tan hermosa, a quien encontraba casi todas las tardes; la curiosidad que sen-

tía de conocerla, y aun cierta irresistible afición que se había apoderado de mí, fueron parte a romper todos mis propósitos de aislamiento y llegué a abrir las puertas de mi torre de marfil a aquella amistad peligrosa. La familia de Taylor, apenas tenía trato con nadie; rodeábales un ambiente de recelo y curiosidad malsana, y eran el pasto y comidilla de toda la colonia alegre de los montes. Quizá debido a esto, fuí recibido en la hacienda de las Palomas con grande honor y fineza. Al pronto parecíame de perlas la amable compañía de doña Rita y de Clara, que se desvivían por agradarme; Míster Taylor hacía todo lo posible por evitarnos el disgusto de su presencia y llegué a tener con la madre y con la hija una considerable intimidad.

Yo pensaba, oyéndolas hablar con tanta finura y donaire, en la maldad de las gentes que a tal punto las había calumniado. Jamás pude ver en aquella casa indicio o prueba de las cosas que las malas lenguas habían echado a volar. Cada vez más prendado de la hermosura de Clara, parecíame una mujer de extraordinario talento, sin las hipocresías que las mujeres tener suelen. Alababa su desenfado, su

educación varonil, su carácter franco, enérgico, impetuoso. Y sobre todo, gustábame por linda y por alegre. Puesto ya en camino de disculparlo todo, juzgaba que doña Rita era una excelente señora, algo dominante nada más, y el inglés un pobre hombre de poco meollo y bonísimo corazón. Hasta llegó a parecerme bien que doña Rita se pintase, pues veía muy en su punto que pretendiese ocultar los estragos del tiempo para agradar a su marido y aun por un espíritu de urbanidad delicada. Si hasta la naturaleza gusta de vestir la triste vejez de las cosas con yedras y pátinas gentiles, ¿por qué las ruinas humanas, que son las más tristes de todas las ruinas, no han de envolverse también con sobrios y delicados artificios?

VII

—Acabo de leer—me dijo un día Clara Taylor—algunos de sus libros: *Luzbel y otros Poemas* (¡oh, qué precioso!); *Finis Hispaniæ* (¡qué pesimista!); *Las tablas de los nuevos valores* (eso ya lo leí en otra parte); *La tristeza española* (pero, hijo, ¿qué me dice usted?); *Aires de París* (¡vaya unos aires colados!)...

—Muchas gracias, mi encantadora crítica.

—¿No le dije a usted que yo leo todos los libros para meterme con el autor?

—Ya, ya se ve...

—No, no se enfade. Soy una admiradora de su talento, de su cultura, de su estilo, de su agudeza intelectual... ¿Son flores o no son flores?... Ya había yo leído alguna de sus obras, pero no le creía autor de tantas campanillas... Es usted un pequeño filósofo, un pequeño poeta, un pequeño crítico, un pequeño rebelde...

¡Vamos, eso de pequeño es usted quien lo dice! A mí me parece usted un grandísimo...

—No, no vacile; acabe de soltar la flor.

—Usted, que todo se lo dice, ponga la flor que prefiera...

—Es una delicia tener admiradoras como usted... y como su señora madre... ¡Siempre me están poniendo como un trapo!

—¿Yo? Dios me libre. Aunque usted me moteje de guasona, yo le tengo por un excelente poeta, por un excelentísimo filósofo... En serio, amigo Salazar...

—Pero, ¿habla usted en serio alguna vez...? No, yo no tengo la pretensión de ser un filósofo, pero el dolor y la lucha me hicieron ahondar en la vida y adquirir mucha experiencia de las cosas...

Clara rompió a reir al oirme.

—¿De qué se ríe usted?—la dije, ya picado.

—De su experiencia, de sus humos... Pero, ¿cómo y dónde ha luchado usted? ¡Miren el luchador, el superhombre! ¿Dónde y cómo profundizó en la vida y en las cosas? ¿De qué le viene la experiencia si, como dijo más de una vez, vivió siempre en su torre de marfil, con las narices pegadas a los libros, sin correr por el

mundo, sin tratar a las mujeres, sin hacer otra cosa que darle a la pluma y al magín? Eduardo: es usted un niño; es usted un ingenuo; usted no sabe nada de la vida...

Decirme tal era entonces para mí, lector de Nietzsche a toda vela, como un agravio imperdonable.

—¿Que yo no soy un luchador? ¿Que no sé nada de la vida? ¡Y esto se atreve a decírmelo una mocita de pocos abriles, que sólo ha leído unas cuantas novelas y no ha visto el mundo más que por un agujero!

—¡Alto ahí, señor mío!—repuso Clara, torciendo la boca con un gracioso mohín—. Yo he viajado más que usted y he leído casi tantos librotes como usted y, además, soy, como usted, una "pequeña filósofa"...

—Sí; pero usted no ha sufrido; no ha llorado jamás.

—¿Cómo que no he llorado? ¿Pero usted piensa que yo no tengo mi corazoncito?

—Sí; ya lo creo, un "pequeño corazón", un corazón muy chiquitín, como los corazoncitos de los ruiseñores y de las alondras...

—¡Miren el águila de los Alpes!

—Cuando usted sufra lo que yo he sufrido,

y Dios quiera que ello no sea jamás, entonces aprenderá usted muchas cosas que usted no sabe y yo sé...

—¿Pero usted opina que para saber es preciso sufrir?

—Nada se alcanza sin el dolor. "Aquel que no pasó dolor, no tiene derecho a decir que ha vivido"...

—¿Es de usted ese pensamiento?

—No, señorita; es de Séneca.

—Pero, ¿ahora salimos con Séneca? Pues ¿qué hizo usted del famoso y antipático Zarathustra?

—Yo creo en la virtud del dolor; pero no como fuente de piedad, sino como escuela de egoísmo y de fuerza.

—¡Vamos! Pero ¿también da usted en la flor de juzgarse fuerte?

—¿Quién lo duda?

—Yo lo dudo. Yo, que le miro al fondo de su alma y le veo tan débil, tan voluble, tan caprichito... ¡Por Dios, no se enfade usted!—y me tomaba las manos y me decía unas cosas con los ojos...—Yo soy así; digo cuanto se me ocurre; hay que aceptarme como soy o dejarme en paz y para siempre... Usted se juz-

ga un corazón de león porque a costa ajena logró usted salud y fortuna, y vive ahora, solo como un ermitaño, leyendo a Nietzsche y regando, como el héroe de Voltaire, las flores de su jardín... ¡Vaya un superhombrecito! Se cree usted fuerte, invulnerable, y es usted un infeliz, un pobre hombre... débil como una mujer... débil.

—Sí, porque las hay de armas tomar, de pelo en pecho...

—Templadas, como yo. ¿No es eso lo que quería usted decir?

—¡Me gusta la franqueza!

—Pues ¡claro!, como mi nombre. No como usted, que se quiebra de oscuro, de almidonado y fantasmón, sobre todo cuando toma la pluma, cuando siente los "aires colados de París"... Como que yo, con haber nacido en Gibraltar y ser hija de inglés, soy más española, más castiza, más de la tierra, que usted...

Confieso que aquellas discusiones, con tanta sal y pimienta, me hacían muy poca gracia, concluían por impacientarme como a un niño. Clara Taylor, tan socarrona como su mamá, gozaba, como ella, tomándome el pelo, con su donaire andaluz y siempre con la

perversa manía de juzgarme un pobrecillo, un infeliz, un poquita cosa... Y este afán de humillarme, de rendirme a sus pies, me sacaba de quicio.

—Pero, ¡qué empeño el suyo, amiga Clara, en ponerme cual no digan dueñas! Cualquiera diría que soy su marido de usted...

—¡Ay, Dios me libre!

—Muchas gracias. ¿Tan mal le parezco?

—Verdaderamente desastroso. ¿Quiere usted que le haga su retrato... al carbón? Verá usted: voy a ponerle su "vera efigies" delante de sí mismo, como en un espejo. Pero ha de prometerme, con toda solemnidad, no enfadarse conmigo, ni rompérmelo: "arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué". No voy a pintar su cara exterior; esa no me parece mal, por aquello de que "el hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso..." Voy a reproducir su estampa interior, con todas sus luces y sombras... He aquí el dibujo en un santiamén: lo primero que se advierte es admirable: sentimientos delicados, amorosas inclinaciones, ternuras infantiles, virtudes caballerescas... No dirá usted que no le echo requiebros...

—Eso se llama dorar la píldora.

—No, hijo, no. Es sencillamente iluminar el fondo de su alma, donde está lo mejor que todos tenemos, lo que sembraron en usted las manos de su madre, los sueños y las penas de su niñez y su juventud... ¿No es eso lo que usted mismo y casi con las mismas palabras me ha dicho algunas veces?... Pero, ya viene lo malo; junto a eso están el pícaro egoísmo, la vanidad, la presunción, la poca fe, las muchas cavilaciones... Y, por encima de todo, en el último piso de su alma, está lo peor: una multitud de cosas revueltas y en desorden, como trastos viejos e inútiles en lo alto del desván... Libracos, ideas, que ha tragado usted con ansia y que no ha digerido aún..., cosas de aquí y de allá, "tablas de viejos y de nuevos valores", "aires y modas de París"... En resumen: que hay en usted un buen corazón, pero demasiadas literaturas. Sus primeros ímpetus son de muy buena ley, pero en vez de obedecer a esos buenos repentes, a esas nobles corazonadas, empieza usted a darle vueltas al magín, a revolver libracos en su memoria, a desvirtuar sus primeros propósitos y, como de nada está seguro, ni siquiera de sí mismo,

no sabe usted, hecho un mar de confusiones, a qué carta quedarse. Y concluye por no hacer nada, o por hacer alguna tontería...

—Gracias mil, amable psicóloga. Gracias por su retrato... al carbón. Dibuja usted las almas asombrosamente. Cualquiera diría que para hacer mi semblante tomó usted rasgos del suyo. ¡Como en tantas cosas nos parecemos usted y yo!

—Claro que sí. Sólo es buen sastre el que conoce el paño. Y de ese paño me corto yo tantos vestidos... Yo también, aunque en mi vida escribí una cuartilla, soy unas miajas intelectual y cavilosa; yo también me atraqué de librotes y me dí a pensar en las musarañas... Pero, en este punto, yo soy una ermita, y usted es la catedral de Colonia... Además, a mí me absuelven mis veinticinco años (año más o menos), mi salud, mi franqueza, mi alegría, mi buen humor, mi palmito (dicho sea inmodestamente), mi sencillez, mi falta absoluta de gazmoñerías y melindres... En cambio, usted, mariposón, está lleno de canas, de alifafes, de afectaciones, de hipocresías, de artilugios... En esto parece usted una damisela. ¡Vaya un partido para una mocita co-

mo yo! Por fuera, feo como un oso; por dentro... el arca de Noé.

—Pues si tan mal le parezco—repuse impaciente—, ¿por qué no huye de mí? ¿Por qué prefiere tan mala compañía, tan desapacible amistad, a la conversación y al cortejo de tantos como la siguen y pretenden, buenos mozos, hombres de pro, caballeros sin tachas ni melindres, más advertidos y capaces para contentar y divertir a una mujer de tantas virtudes y de tan pocos años?

—Voy a decírselo ahora mismo. Yo no me ando con tapujos. Pienso una cosa... y agua va. Soy más clara y más fresca que mi nombre. Pues le prefiero a usted, sí señor, dicho está, le prefiero, porque con todas sus faltas garrafales, me es usted, amigo mío, atrozmente simpático. Y, además, porque esos caballeros de la Mesa Redonda, a que usted se refiere, valen, por dentro y por fuera, todavía menos que usted. El género masculino, a pesar de sus muchas presunciones, con venderse tan caro, con estar por las nubes, cada día es peor.

—Pues ¿no decía usted antes que eran peores las mujeres?

—Ahí está el quid, amigo mío. Hubo una edad de oro en que los hombres lo eran de verdad. Hoy, cada vez se parecen más a nosotras; cada vez son más tímidos, más ruines, más falsos y gazmoños, más al ras de la tierra, más llenos de prejuicios, de suspicacias, de recelos, de vanidades y codicias... Cada vez se parecen menos al león, al gallo, al perro y al corcel, al animal valiente y noble; cada día se parecen más al gato y a la zorra. Tienen las garras del tigre, pero no su gallardía. Todo lo tienen del toro, menos el ímpetu leal, la bella estampa y la nobleza... Perdone usted los símiles, si alguna parte le toca.

—Yo estoy resignado, hace tiempo, a ocupar modestamente la jaula que usted me designe en esa *menagerie*...

—¿Lo ve usted? Resignado, siempre resignado. ¿Y por qué resignarse, hombre de Dios? ¡Cuando yo digo que es usted un infeliz!

—Manos blancas no ofenden... más que a los novios, a los amantes y maridos... Y si las manos no ofenden, ¿cómo ha de ofender el ingenio? ¡Tiene usted un donaire para dar bofetadas a los amigos a quienes prefiere! ¿Qué no hará usted con quien odie?

—Pues, para indemnizarle, voy a hacerle una confesión. De tal manera le prefiero, amigo mío, que si yo no hubiese hecho voto de no casarme jamás, usted sería el único hombre con quien yo me casaría a gusto... No, no sonría, no cante victoria. Esto que dije parece un magnífico piropo, una lisonja enorme, capaz de derretir la enorme vanidad de usted. Parece una declaración amorosa, pero en el fondo es otra bofetada.

—No me lo explico.

—¿No? ¿No recuerda usted lo que me acaba de decir? Si a usted que no es mi novio ni mi dueño y solamente un amigo de mi mayor predilección, le doy tan lindos remoquetes, ¿qué no le daría si cayese usted bajo mi férula?

—Bueno es saberlo, por si acaso... Afortunadamente...

—Sobra el acaso. Ni usted ni yo nos casaremos jamás.

—¿Quién puede decir: de este agua no beberé?

—Ya se desdice el muy... guasón. Yo, por mi parte, no he de beberla nunca.

—Lo creo. De otra suerte no se gozaría usted enturbiándola.

—¡Quia! Por eso no. Precisamente los buenos y sutiles bebedores suelen mirar el vaso al trasluz y aun agitarle, para ver el fondo. Si el fondo no está limpio ¿qué mucho que se enturbie el agua?

VIII

Poco a poco fuí leyendo claro, si no en sus páginas secretas, en lo exterior y visible de aquel hogar, hasta comprender cuán incautamente me había en él introducido. Llegué a sentir un miedo sutil de tan extraña familia y, sin embargo, una afición irresistible, una especie de hechizo misterioso me ligaba a ella cada vez más. Tal vez mi carácter irresoluto, vacilante y muelle, enervado por la vida quieta, intelectual y solitaria, sentía la atracción de aquellas hembras varoniles, el imperio de sus dos firmes voluntades, como una íntima necesidad, más honda todavía que los estímulos del amor y la hermosura.

¿No estaba allí precisamente Míster Taylor, como un ejemplo curioso y lastimoso de cómo atraen a ciertos caracteres el yugo y las argollas, y cómo la flaqueza y la costumbre rema-

chan el hierro mejor que todos los martillos?

Aquel pobre hombre me inspiraba a la vez lástima y curiosidad. No concebía yo sino el tipo legendario del inglés, duro, arrogante, imperioso, lleno de orgullo y de confianza en sí mismo, con esa glacial cortesía que usan los ciudadanos de la Gran Bretaña—igual que los antiguos de Roma—por dondequiera que van, como si el mundo entero fuese colonia suya y obediente regazo de sus naves. Acostumbrado a envidiar a esos aventureros de la casta aguileña de Cecil Rhodes, Dick Seddon, Rudyard Kypling, soberbios hijos de una raza de dominación y de fuerza, causábame gran maravilla contemplar a este otro inglés tan dulce, tímido y tembloroso, tan pobre de voluntad y de espíritu, enfrascado siempre en la lectura de la Biblia, teniendo sólo para el desorden de su hogar una mirada amorosa, resignada y triste de sus ojos zarcos y melancólicos.

Era de estatura elevada, pero muy flaco, macilento y convulso. Tenía los cabellos grises, el rostro afeitado y vestía siempre de negro, como un pastor protestante, con una levita de color de ala de mosca y un recio y ancho sombrero que parecía una reliquia del propio Fox,

el viejo y loco puritano. A pesar de los muchos lustros que llevaba en tierra española, hablaba el castellano muy torpemente y descubría en todos sus hechos y sus dichos igual flaqueza de voluntad que de memoria y entendimiento.

Su conversación favorita, por no decir única, era la de religión y moral. Descendiente de antiguos puritanos, hacía gala de su austeridad de costumbres. El contraste de ellas con las de su mujer y su hija, daba al propio tiempo risa y compasión. ¿Cómo aquel triste cuáquero había venido a casarse con una medio gitana del Perchel?

Muchas tardes veía yo pasar a Clara con su madre, muy tocadas de plumas y terciopelos, camino de la ciudad en un coche de lujo, y poco después pasaba también el pobre señor Taylor con su levita parda, su sombrero raído y sus malparadas botas, con las manos metidas en los bolsillos, tomando el sol humildemente.

Sentábase en mi jardín algunos ratos. No fumaba, no bebía como no fuese agua pura, no comía ni siquiera lo preciso para el sustento, dormía sobre un jergón, no reía jamás y a tal punto llevaba la rigidez y las privaciones, que

aun sus paseos solitarios, sus breves charlas conmigo, el caminar al sol, el respirar el aire y hasta el vivir como vivía, triste, encogido, absorto, como si ya estuviera al pie de la sepultura, debían de parecerle cosas desatentadas y pecaminosas.

Imagínese la vacuidad, el desamparo interior de aquel pobre hombre, ya de por sí tan huero y tan cobarde, nacido y educado en una secta de fanatismo seco y tenebroso, que rechaza como pecados de impureza las más naturales alegrías, los más humanos sentimientos, que ni aun le permite al corazón las emociones y las ternuras del culto, las prácticas religiosas, el rezo en común, los cantos litúrgicos, la música sagrada, la poesía y el arte de los templos, y reduce la fe de Cristo, del Dios-Hombre, a una glacial abstracción, a una espera angustiosa de la gracia, a una moral sin albedrío, a un vivir en tinieblas y terrores, bajo la hoz de la Muerte, bajo la obsesión de la culpa, del fuego eterno, de la eterna condenación.

Así el marido de doña Rita andaba siempre como una sombra del otro mundo, sin atreverse a levantar los ojos ni aun para mirar al cielo. Ganas me dieron, en más de una ocasión, de sa-

cudirle el alma, como quien sacude ropa vieja, y hacerle ver lo insensato de su conducta y de su vida, suicidio lento, fúnebre responso, acompañado por las risas, las burlas y remoquetes de sus festivos y socarrones familiares, por la cruel indiferencia de su hija, por el profundo desprecio de su mujer. Y aunque yo entonces, como ellas, vivía más como gentil que como cristiano, viendo al inglés se me ocurría decirle que de meterse en una religión, cosa a mi parecer, entonces, irrazonable y absurda, fuera a lo menos a la gloriosa y luminosa religión de mis mayores y no en aquel extravagante fanatismo, caricatura lúgubre de la fe católica.

Pero al ir a decírselo me miraba el pobre con una dulzura, con una humildad inefables. Sentía yo entonces mucha compasión y no poco desdén; mirábale como se mira a un perro triste acurrucado a nuestras plantas, y oía con la mayor paciencia sus tétricos y ridículos sermones, en un castellano pésimamente traducido del inglés. Porque el papá de Clara, cuando tenía la suerte de tropezar con alguien como yo, que no se le riese en sus propias narices, rompía un poco su habitual silencio, y le colocaba una especie de sermoncito, siempre igual, siem-

pre a manera de responso, plática incoherente, zurcida con versículos del Viejo Testamento y con algunas frases atormentadas y terribles de las que había leído en las obras de los antiguos puritanos, de aquellos "ángeles" sombríos y exterminadores; en los discursos de aquel su homónimo Jeremías Taylor y de aquel otro Juan Bunyan, poeta y calderero, en las arengas de Oliverio Cromwell y de sus fieros y alucinados capitanes...

—¡Ay, señor de Salasar!—solía decirme, sin mirarme nunca a los ojos, clavados siempre los suyos en las botas muertas de risa—. Usted, que es hombre espirituoso, comprenderme bien... Las gentes de esta tierra plasen más reir, cantar, dansar, burlarse de toda cosa divina sin miedo a las cadenas eternas... ¡Oh, todo abominasión y pecado! El demonio en la silla del hogar... Lumbre infernal en las casas de los hombres... Los gusanos comer en vida a los hijos de la cólera... ¿Cómo se puede reir, señor de Salasar, en este mundo que todo es irse como la flor de la campaña, como las olas de las mares, y el Tiempo, ansiano sepultador, abre nuestro foso y nos echa en cara los puñados de arsilla?... Vivir, morir poco a poco, cada día un

poquito más... Y no poderse dar un paseo por la tierra sin pisar los huesos de un muerto. Nosotros, mismamente, muertos somos que andamos, que soñamos vivir... Un instante, y después... la eternidad, el infierno... ¡Despierta, hija de Sión, despierta, hija mía, de tus pecados y abominasiones!...

Yo le dejaba despacharse a su gusto, no sin reirme por dentro, imaginando que todas aquellas cosas se las decía in mente el pobre hombre a su mujer y a su hija, a aquellas dos simpáticas diablesas, damas de honor en la corte de Lucifer...

Y cuando al día siguiente, muy temprano, pasaba yo, como solía, junto a la quinta del inglés, debajo de los balcones de Clara, que a pierna suelta dormía a tales horas, sentía unos deseos locos, recordando las pláticas de su padre, de llamarla a voces, diciendo:

—¡Despierta, hija de Sión!

IX

—Dígame, Eduardo: ¿cómo quisiera usted morir?

—¿Yo? Igual que Matusalén: de puro viejo. Pasar de los cien años y quedarme un día, de pronto, lo mismo que un pajarito...

—Pero, ¿le tiene usted miedo a la muerte?

—¡Ay, amiga Clara! Un miedo pánico, un miedo irresistible, un terror escondido que algunas noches me sacude como las garras de una fiera...

—Miedo al amor, miedo al dolor, miedo a la vida, miedo a la muerte... ¡Vaya una glosa para el Cantar de Mío Cid!

—Ya empezamos a desbarrar... ¿Acaso a usted no le importa morirse?

—¿A mí? Yo tengo el presentimiento de que he de morir joven...

Y al decir tal ponía Clara los ojos extraviados como una actriz de tragedia.

—¿Tal vez en un lecho de flores, envenenada por el perfume de las rosas?... Sería muy novelesco...

—Eso se queda para los poetas como usted. Yo preferiría, en todo caso, abrirme las venas como los antiguos estoicos. ¡Qué gran placer el de morir en un baño, sintiendo cómo huye la vida poco a poco, saboreando la muerte!... *To die to sleep*...—susurró con los ojos en blanco, fingiendo una expresión de suprema voluptuosidad.

—¡Hable usted mal ahora de los poetas!—dije, resistiendo la empecatada seducción.

—Amigo mío, la flaqueza de usted es contagiosa. Ya me sentía morir... Es usted peor que la morfina...

Y viendo el efecto que sus ojos diabólicos producían en mí, añadió, riendo desaforadamente:

—Ahora me explico la razón de su pánico... El día que usted se enamore de veras, aquel día, mi amigo, la *diña* usted... las paga todas juntas... se muere de amor, si antes no se muere del susto...

—¿Enamorarme yo?—dije con torpe enojo—. ¡Está usted más fresca que una lechuga! A mí las mujeres me parecen peores que a usted... A mí las mujeres me parecen buenas para engañarlas, para jugar con ellas al amor, para arrancarles el corazón, su corazón tamaño como una almendra, y prendérmelo aquí, en el pjal, como una florecilla...

Dije esto con tal brío, que Clara se puso seria. Dudó antes de contestarme. Después, rompió a reir con toda el alma.

—A pesar de sus aires de león—dijo al cabo con perversa burla—ni siente usted lo que dice. ¡Pobre de usted, señor filósofo, el día en que el aroma de esa florecilla le embriague el alma y los sentidos!... ¡Cómo gozaré yo entonces, viendo al león convertido en un pobre perrito de lanas! Le prometo a usted hacerle un lacito muy coquetón para que se lo ponga en el cuello. No faltará quien le adorne a usted más primorosamente todavía...

Aquella alegre damisela me tenía embrujado. La belleza picante de su rostro, la perfección elegantísima de su cuerpo, su audacia, su desenfado, su coquetería, su ingenio, eran como acicates de mi mal contenida madurez. To-

dos mis humos de hombre fuerte se desvanecían en la presencia de Clara. Ella sabía el dominio que sobre mí ejercía y se gozaba atormentándome.

Una vez, hallándonos como casi siempre, a solas, espoleado por una conversación libre y atrevida que sosteníamos, ardiendo en mi sangre el sol y el deseo, prendí a Clara por el talle con violento ardor y robé a sus labios un beso. Apenas había gustado el sabor de su boca, cuando sentí en la frente un dolor agudísimo: me llevé la mano a la sien y me manché los dedos de sangre. Habíame dado un golpe cruel con el puño de acero del quitasol. Quedé clavado en el suelo, lleno de vergüenza y de dolor. Clara, a pocos pasos de mí, en guardia, como una amazona, reía a carcajadas.

—*¡All right!* He aquí una lucha de abejas—decía bromeando—. Usted me quiso picar en los labios y yo le he picado a usted en la frente.

Y viéndome tan humillado, se acercó, mansa y mimosa, y me dijo, acariciándome con la voz y con los ojos:

—Esto no es nada, pobrecito; yo le curaré a usted.

Y mojando su pañuelo de batista en el agua

de un arroyo que corría por allí cerca, me lo aplicó a la frente. Y yo la dejaba hacer, sin saber qué decirle.

Tenía razón la pícara; yo era, completamente, un infeliz...

Algún tiempo después paseábamos, juntos y solos, por el monte, y, parándose de pronto, me dijo riendo:

—¿Quiere usted que echemos un pulso?

—¿Un pulso?—dije pasmado, sin comprender su intención.

—Sí—contestó ella, extendiendo el brazo en ademán de reto.

—¿Para qué?—la dije, cada vez más sorprendido.

—Para que se convenza usted de que tengo más fuerza.

La miré asombrado. Ella se alzó la falda, sentóse en el suelo, quitóse el guante de la mano derecha y apoyó el brazo en una roca. Sentí un voraz deseo de aquella mujer acurrucada como una gata en la tierra y temí, al propio tiempo, ser vencido otra vez.

—¡No quiero!—la dije con aspereza.

—¿No quiere usted estrechar mi mano?—dijo tendiendo sobre la roca el brazo medio

desnudo, un brazo redondo de fuertes músculos, más blanco que la leche, surcado de gruesas venas azules—. ¡Cuántos le envidiarían semejante *sport!*

Sentí la atracción de aquella mano. Rojo como una cereza me arrodillé en el suelo y apoyé mi codo en la roca.

—¡Vaya un brazo!—me dijo Clara, riendo cruelmente—. ¡Vaya un brazo de superhombre! ¡Haríale temblar el peso de una espada!

Me alcé irritado.

—¡No consiento más burlas!—dije mirándola con un rencor infantil. Clara me clavó los ojos con imperio.

—¡Por última vez! ¿Quiere usted?

Aquel *quiere usted* me picó en la sangre y caí en tierra, otra vez, de rodillas. Apoyé el codo en la piedra, sentí el calor ardiente de su mano en la mía, que me subió hasta el corazón. Comenzó a apretar suavemente, como burlándose de mí, y, poco a poco, fué poniendo en tensión los músculos, encajando su mano en la mía, clavándome en el dorso su pulgar de acero; sentía la presión de aquella diestra viril, la fuerza irresistible de aquel brazo de mujer más duro que el mío. Hubo un instante de va-

cilación; nuestros rostros se acercaban inflamados; ardía en mi cara el aliento de su boca. La miré al rostro y me pareció el semblante de una fiera salvaje y hermosísima. Hice un esfuerzo supremo, pero la mano implacable se inclinó de nuevo, torció la mía y la tendí inerte sobre la roca.

Me levanté furioso, dolido de haberme prestado a aquel juego humillante. Ella me miró con una expresión diabólica, de lástima y de burla. Se levantó del suelo ágilmente, se arregló la falda, se calzó el guante con refinada coquetería y se limpió con el pañuelo—aquel pañuelo que se había manchado con mi sangre—el sudor copioso que bañaba sus mejillas.

—Ya ve usted—dijo al cabo—que soy aquí la más fuerte. No lo olvide usted jamás.

Y al poco rato, despidiéndose de mí, añadió con sorna:

—Le advierto a usted que también conozco los secretos del boxeo y del *jiu-jitsu*.

¿Qué se proponía aquella mujer?—meditaba yo entonces, desorientado y perplejo, sin lograr, con todo, sustraerme a la invencible sugestión. Su monstruosa coquetería me inspiraba a la vez recelo y curiosidad, temor e intrepidez, ciego y rabioso apetito.

¿Qué esperaba de mí? Si me quería, ¿por qué se gozaba al verme padecer? Si me aborrecía, ¿por qué me buscaba con tanto afán? Si pretendió ser mi esposa, ¿por qué no escondía sus uñas de tigre? Si procuró ser mi amante, ¿por qué respondía con golpes a mis besos?

Jamás supe ver claro en el fondo de su corazón. Acaso ella misma se ignoraba también. Quizá en los adentros de su naturaleza misteriosa, el principal resorte era el instinto, un instinto salvaje de fierecilla no domada, ese im-

pulso común al hombre y a los brutos en que algunos filósofos modernos pretenden asentar las nuevas tablas de los novísimos valores; filosofía de la edad de piedra, en cuyo nombre muchas personas refinadas, hombres y mujeres de nuestros siglos áureos, quieren "vivir su vida" esto es, ponerse el mundo por montera y hacer su santa voluntad. Bajo el fino barniz de su educación cosmopolita, bajo el bello esplendor de la cultura y del ingenio, bajo el disfraz de las ideas y de las modas más peregrinas, hay hogaño no pocas gentes—y así pienso que era Clara Taylor—enteramente salvajes, dispuestas a convertir en seductores dogmas filosóficos, en teorías éticas o estéticas, en normas civiles o en gracia y mérito personal, sus más selváticos instintos.

Y aunque yo, por entonces, en teoría a lo menos, de un modo platónico y literario, tiraba también hacia la selva oscura, llegué a sentir un miedo cerval de la amazona de los ojos de tigre. Aquel juego de amor y de guerra me estaba ya quemando las entrañas. Presentía el peligro de caer para siempre en los brazos duros y dominadores de la terrible coqueta; miraba el cuadro de su hogar, el semblante socarrón de do-

ña Rita, la triste figura del inglés, y me aterraba imaginar que yo pudiese precipitarme en aquel abismo. Veía en Clara el vivo retrato de su madre; los ojos burlones y crueles, la boca sensual, los gitanescos aladares, los movimientos felinos, la astucia, la seducción y el ingenio; mirábame ya en las garras de aquellas dos encantadoras diablesas, cautiva mi libertad debajo de un yugo insoportable, vencido al cabo —yo que triunfé del dolor, de la pobreza, de la enfermedad y de la muerte—por las manos hermosas y victoriosas de aquella bárbara y hechicerísima mujer. Hasta me pareció advertir que el propio Míster Taylor me miraba con ojos de profunda compasión...

Pues sucedió otra tarde, ya para colmo de mi cobarde esclavitud, que paseando con Clara, según solíamos, después de charlar y de reir a mi costa, subiendo de punto en su extremada bizarría, conforme estábamos a solas, se me quedó mirando frente a frente, con una expresión indefinible, se me acercó de pronto... Y fué ella, entonces, la que me dió un beso, un beso de vampiro... Mas cuando fuí a estrecharla entre mis brazos, me dió, a renglón seguido de aquel beso, la más terrible y sonora bofeta-

da que manos de mujer pusieron nunca en el rostro de un hombre. Me revolví como un león, echó a correr a campo traviesa, riendo a carcajadas; corrí detrás y cuando estuve a punto de asirla, sacó su pistola de salón y me obligó a detenerme.

Todo aquello era ya para mí tan extraño, tan humillante y ridículo, que volví a mi apesento jurando no volver más a la quinta de las Palomas. Dióme el orgullo un latigazo en el rostro, más fuerte aún que la famosa bofetada, y me encerré en mi habitación, dispuesto a clavar sus puertas para siempre y aun a marcharme al cabo del mundo con tal de no ver en mi vida a semejante mujer.

Pero, aun así, temía tropezar con ella si, de algún modo, que le doliese mucho, yo no daba por rota para siempre nuestra amistad. No acertaba con ningún arbitrio razonable. Tan perdido estaba, en el fondo, por aquella loca de atar, que el recurso mejor que yo discurría para evitarla era el recurso de los cobardes: la fuga. Pero después de cavilarlo mucho, de la manera desatinada y pueril con que solía resolver todas mis cosas, acabé por escribirle esta epístola singular, que debió de producir

en la quinta de las Palomas un borbotón de nuevas y alegres carcajadas:

"Mi hermosa y pérfida enemiga: Manos blancas no ofenden, pero sellan agravios irreparables que no se perdonan jamás. Si usted fuese un hombre yo respondería a la afrenta como caballero que soy. Pero aunque usted blasona de viril, es, al cabo, por mucho qüe le pese, una mujer, y con las hembras, en semejantes ocasiones, la valentía es dejar el campo libre. Eso hago yo; huir de usted para siempre... Pues aunque en lances y monterías de amor no huye el que se siente herido, sino que sigue con vivas ansias a quien le hiere, yo, menos insensato que usted, aun con estar herido por su hermosura y por su ultraje, huyo con la doble saeta clavada en el corazón. Ya ve usted, mi bella y valiente cazadora, que soy galante y generoso hasta para despedirme de usted, pues todavía me confieso enamorado y cautivo de sus gracias, arrojos y majezas, aunque, por su conducta incomprensible, yo tendría derecho a decir que tanto valen y tanto me importan sus bofetadas como sus besos. Pero no: que de unos y de otras guardaré en mi vida un recuerdo a la vez amargo y delicioso. Adiós: sea us-

ted muy feliz, aunque ello habrá de ser a costa de algún desventurado que no sepa huir a tiempo como yo... Suyo, hasta nunca, *Eduardo Salazar.*"

Luego de escribir esta carta, que a mí me pareció de perlas, púseme a leer a Nietzsche con verdadera furia, atizando así en mi corazón las brasas del orgullo para raer y purificar el alma de aquella peste amorosa que la había inficionado.

Pasaron algunos días y ya me juzgaba sano y salvo de aquella peligrosa aventura: afrontaba sin grande turbación el recuerdo de la mestiza y aun me atreví a desafiar su presencia. Salí al campo una tarde; pasé junto a la quinta de las Palomas; vi llegar por un sendero a Clara con doña Rita; las saludé sin detenerme, haciendo alarde—¡qué bien me salió!—de una glacial indiferencia y cortesía; continué mi camino sin volver el rostro. Hirióles sin duda mi altivez en el suyo; Clara me respondió con una mirada de cólera, y aun escuché a su madre motejarme de grosero y mal nacido.

Sonreí, juzgándome victorioso; pero, otros días después, en la soledad de mi aposento, en

aquella vana torre de marfil donde yo vivía, soltero, casto y petulante, presa de mis confusas imaginaciones, tornó a asaltarme el recuerdo de las dos mujeres; vi, en la sombra de mi habitación, los ojos pérfidos de Clara, voluptuosos y encendidos como dos alegres candelas. Y una noche de fiebre y de inquietud, de voraces y rabiosos deseos, volví a tirar los libros de Nietzsche a un rincón y me acosté llorando, rendida otra vez la voluntad a los pies de la gentil amazona de los ojos de tigre...

Al día siguiente, hallándome en tan flaca disposición de espíritu, recibí una visita providencial. Estaba yo considerando de cuán poco sirven literaturas ni filosofías para curar males de amor, pues casi todos los libros, aun los más graves y huraños, vienen a ser encubridores y terceros suyos, cuando entró un criado a decirme que me aguardaban en el jardín dos señoras.

Sin esperar a saber quiénes eran y juzgando que fuesen Clara y su madre—tan perdido tenía yo el seso—corrí al jardín, resuelto a echarme a los pies de aquellas dos encantadoras sirenas y pedirles mil perdones y hacerme su esclavo por toda la vida, a su talante y sa-

bor. Quedé pasmado al ver que aquellas dos señoras no eran ni Clara ni doña Rita.

Eran una anciana y una joven, muy envueltas en sendos mantos y en actitud de timidez y tristeza. Me incliné desencantado y respetuoso, y les pregunté qué deseaban de mí.

JORNADA SEGUNDA

I

A no se acordará usted de nosotras—dijo la anciana, mirándome con afán y melancolía—. Han pasado muchos años... Pero esta carta, que traemos para usted de su amigo Castilla, le dirá quiénes somos...

Tomé el papel con despego, recelando hallar bajo aquellas tocas negras una mendicidad vergonzante. Pero apenas puse los ojos en la carta, se iluminó mi alma de repente y estreché conmovido las manos de la anciana.

—¡Quién pensara, señora, que fuese usted! —la dije lleno de asombro y de efusión—. ¿Cómo no la conocí al llegar? ¡Doña Araceli, la mejor amiga de mi madre!

—¿Te acuerdas, Eduardo?—me dijo ella, echándome los brazos al cuello y sin poder atajar las lágrimas.

—¿Y ésta es su hija? ¿Esta es Angeles?—pregunté mirando a la joven, que me sonreía tímidamente.

Le tendí la mano, y al estrechar la suya sentí que temblaba como la hoja de un árbol.

—¡Qué emoción más honda y más dulce!—exclamé con sincero júbilo—. Paréceme que al verlas a ustedes vuelvo a ver a mi madre, vuelvo a mirarme niño y torno a vivir en el hogar lejano, donde pasamos juntos muchas horas. ¿Te acuerdas tú, Angelines? ¿Te acuerdas de aquel aposento, de aquella ventana donde charlábamos los dos, junto a las ramas del naranjo?... Todo el ayer viene de pronto a mi memoria: las penas de nuestras familias, la dulzura de nuestra amistad, la guerra, la muerte de mi padre... ¡Qué consuelo nos prestaron ustedes entonces!

Una niebla de ternura y de melancolía nos

envolvió a los tres. Hubo una pausa dolorosa. En el silencio manso del monte y del jardín parecían haberse quebrado las palabras. El fresco oreo de la tarde traía, con el murmullo de las olas, el hervor más lejano de la ciudad, los silbidos de un tren, el doble de una campana.

Angeles, muda y pensativa, como absorta, alzaba los ojos, unos ojos suavísimos, al cielo; gentil, esbelta, recatada, ceñida severamente por el luto, me pareció una imagen de retablo. Mas con estar en plena madurez, todavía el semblante, de expresión aniñada y humilde, las pupilas de color de miel, la nariz graciosa y aguda, los labios finos y bermejos, la frente ingenua, coronada de rizos castaños, el aire, a la par austero y pueril, de toda su persona, recordaban al punto su antiguo retrato de la infancia, su linda y primorosa adolescencia.

Hice entrar a mis amigas en la casa. Nos sentamos en mi despacho, lleno de cuartillas y librotes, junto al balcón, mirando hacia la mar.

—Todo es nuevo aquí—dije observando la curiosidad con que miraban la habitación—. Todo es nuevo en mi casa y en mi espíritu. A fuerza de sufrimiento, de altivez y de refle-

xión—añadí con petulancia inoportuna—he logrado rehacerme, vivir mi vida, cerrar los viejos sepulcros, romper todas las cadenas del pasado. Soy libre, y no digo feliz, porque un hombre consciente, un espíritu crítico, lleno de avidez intelectual, no pueden ser nunca felices. Pero esta misma inquietud, esa lucha interior, nacida de mi propia libertad—concluí, echando la llave a mi presuntuoso discurso—hacen que me sienta al cabo más orgulloso de mí mismo...

Callaron doña Araceli y su hija, no sin mirarse y mirarme con natural extrañeza.

—Sin embargo—rectifiqué un poco—al verlas a ustedes, el alma antigua, el niño triste y desgraciado que ustedes conocieron, llora como entonces. Llora y se alegra a la vez al estrechar sus manos, al acercar mi corazón a los suyos... Pero no hablemos más de mí. Ya conocen mi historia...

—Sí, ya sabemos—recalcó doña Araceli con una sonrisa—que eres un hombre de letras, un escritor famoso...

—¿Y ustedes?—repuse—. ¿Qué ha sido de ustedes en tantos años?

Me contó sus cuitas, largas y lastimosas, todo

un calvario de adversidades y humillaciones, soportadas con heroico sufrimiento: la ruina de su casa, la viudez, el hambre, la enfermedad, el desamparo, una de esas tragedias íntimas y silenciosas, tan frecuentes en sociedades que se dicen cultas y cristianas, en donde el hombre es un lobo para el hombre y, sobre todo, para la mujer.

Miraba yo escrito cuanto la pobre doña Araceli me refería entre lágrimas, con su rostro pálido y señoril, cincelado de arrugas dolorosas, ultrajes más que del tiempo de las penas; en sus manos deformes, todas huesos y piel, seco dibujo de la Muerte; en su cuerpo marchito y vacilante, inclinado con pesadumbre hacia la tierra; y veía a la par, sobre la tez dorada y mate de su hija, mirándola más despacio; en sus ojos acariciadores y dulcísimos, en la boca plegada con tristeza, en toda su expresión, a un tiempo majestuosa y pueril, una sombra interior, una profunda palidez, una huella inefable de contenido sufrimiento.

Y en tanto hablaba su madre, rota la voz por los sollozos, sentía yo como un eco de la voz y las penas de la mía; tornaba a padecer los infortunios de mi propio hogar, a vivir las luchas

heroicas de mis padres, a verlos delante de mis ojos, llenos de lágrimas también, como si todo el pasado surgiera del presente, sobre el haz de los abiertos sepulcros...

—No quiero apenarte más, Eduardo—concluyó doña Araceli—, con el cuento de nuestras largas desventuras. Ultimamente caí enferma en Madrid. Angeles tuvo que apelar a trabajos superiores a sus fuerzas. ¡Pobre hija mía!... Recobré por ella la salud, logramos al fin hacer unos ahorros, quitándonos hasta el pan de la boca... Me decían los médicos que buscase un clima apacible, que viniese junto al mar, que necesito aire puro, mucho sol y mucho reposo. Tu amigo Víctor Castilla, que fué más de una vez nuestra providencia, sabiendo que estabas aquí, me dijo: "Lleven esta carta para Eduardo Salazar, que es un hombre de corazón, un poeta, ya le conocen ustedes, y, como tal, sensible y afectuoso; él las buscará alojamiento en aquella tierra y las dará el calor de su amistad y compaña". Y aquí llegamos, hijo mío, sacando fuerzas de nuestra flaqueza, buscando un poco de reposo, de cariño y de sol...

II

La llegada de las dos forasteras parecía providencial. Sus almas delicadas y amorosas venían a traerme como un dulce mensaje de mis muertos: el aroma desvanecido de la infancia, la ternura exquisita del pasado penetraba con ellas en mi vacío hogar de solterón. Y este profundo y melancólico sentimiento era más eficaz que todos los libros y todas las filosofías para curarme la torpe afición de Clara Taylor.

Movido a piedad por aquellas dos peregrinas que llegaban a pedir refugio a las puertas de mi corazón, las acogí con grande solicitud, les hallé buen acomodo en una casita cercana y llené mis horas de egoísta soledad con su dulce trato y amable compañía. Puse a sus órdenes a Lucas, mi criado más fiel; les dí algunos de mis muebles y sentábalas a mi mesa de cuan-

do en cuando, gozoso al compartir con ellas el pan y la sal.

Tanto por olvidar a la mestiza como por la vehemencia de mis primeros impulsos, ciegos y fuertes cuanto desordenados y fugaces, procuraba con excesivo afán la dulce presencia de la joven; charlábamos a solas como en otros días metiéndome poco a poco sin darnos cuenta, ni ella ni yo, en los cerrados aposentos de su alma; venciendo su reserva y timidez con esos "fuegos de artificio", con esos mismos arranques generosos, que, como decía Clara Taylor, con su agudo ingenio, con su admirable intuición femenina, brotan del corazón como cohetes, y al llegar a lo alto, a la cabeza, saltan en chispas de muchos colores y caen al fin convertidos en lágrimas y pavesas.

El tipo de la amiga de mi infancia, tipo aniñado y humilde, angelical como su nombre—reverso de la medalla de "la otra"—inspirábame una delicadeza suma, un romántico ardor. Recreábase ella en el jardín, buscábame también a todas horas, oíame callando, casi siempre con tácita y fervorosa ternura, mas no sin delatar en los ojos, en sus ojos de color de miel, grandes, rasgados y mansísimos, la muda elocuencia

de su alma, el sordo y profundo oleaje de sus amores y dolores en silencio. Viéndonos juntos de esta suerte, paseando, como dos novios, por el jardín, bajo el dosel de las palmeras, doña Araceli sentía, sin duda, una santa felicidad.

Todos mis planes de egoísmo y de orgullo se habían transformado súbitamente en una ardorosa compasión. Juzgaba ahora como un dulce y sagrado deber el de amparar la desventura de aquellas dos tristes mujeres, y agradecíanlo ellas con un sentimiento delicadísimo de amor y timidez. En más de una ocasión sorprendí los ojos de Angelines clavados en mí con tan honda ternura, que me dieron ganas de estrecharla en mis brazos, contra mi corazón, y besarla en la frente, como cuando éramos niños...

Una mañana de fiesta salía de mi casa, como tenía por costumbre todos los días, para dar un paseo por los montes, cuando al llegar al camino, junto a la Ermita de la Victoria, me hallé con Angeles y su madre.

—¿Adónde bueno tan de mañana?—les pregunté sorprendido, pues acababa de salir el sol.

—Vamos a misa—me contestó doña Araceli—. ¿Quieres venir con nosotras?

—¿A misa?—repuse perplejo—. Bien, no ten-

go inconveniente—añadí persuadido por la mirada de Angeles—. Con tal de acompañar a ustedes...

—Pero, hombre—replicó la anciana—, ¿sólo por acompañarnos? ¿Tú no vas nunca a la iglesia?

—Psé...—respondí con un gesto indiferente—. Ya hace tiempo que perdí la costumbre...

—¡Por Dios, Eduardo!—exclamó doña Araceli, con severidad cariñosa—. Perdiste la costumbre... ¿No será que perdiste la fe?

No me atreví a contestar. Doña Araceli, discretamente, mudó la conversación y echamos a andar los tres hacia la Ermita de la Victoria.

Pocos días más tarde, no recuerdo por qué, suscitóse de nuevo el tema religioso. No eran la buena anciana ni su hija de esas hembras ociosas, intransigentes y parleras que, al tropezar con un escéptico, le hacen la cruz, como al diablo, o le traen al punto a singular inquisición y disputa.

Cristianas fervorosas y prudentísimas, llenas de caridad, lo mismo que mi madre, apenas me dijeron sino unas palabras cariñosas, que trascendían a maternal reproche. Pero bastó lo poco y muy en su punto que me dijeron,

para soliviantar mi "espíritu crítico", mi presunción y pedantería; para romper en un instante, por ventura pasajero, nuestra apacible convivencia.

—Haga usted el favor, doña Araceli—dije con tono doctoral—, de eludir el tema. Las mujeres no saben de esas cosas...

—¡Ay, hijo mío!—repuso la anciana llenos de lágrimas los ojos—. Yo soy una ignorante, dices bien. Tú, en cambio, sabes mucho; eres un hombre de letras, un escritor insigne. Pero esas cosas, Eduardo, no se aprenden en los libros; sólo las sabe el corazón... Creer, amar, sufrir, son ciencias de vida que saben mejor que nadie las mujeres... De las mujeres las aprenden los niños, aunque después las olviden los hombres... Perdona, hijo mío, perdona a esta pobre viejecita, que te quiere con todo su corazón, como quiso a tu madre... tu madre, aquella santa que te enseñó a creer, que te enseñó a rezar, que te enseñó a sufrir con alegría, por el amor de Dios y por el tuyo. No olvides nunca esas lecciones de mujer: valen más que todas las lecciones de los sabios...

—¡Sufrir!—exclamé, rechazando el influjo de aquella blanda ternura, pugnando por aho-

gar, como solía entonces, todos los sentimientos del corazón, todas las voces de la sangre, bajo el orgullo de la inteligencia, de una presuntuosa inteligencia henchida de fantasmas librescos—. ¿Y por qué sufrir? La vida no debe ser ni cárcel ni calvario... Yo me rebelo, señora, contra esas falsas ideas que contribuyen a ensombrecer las almas de los hombres, a convertir la tierra en un suplicio y el mundo entero en un valle de lágrimas... El sufrimiento, la resignación, la humildad, son hierros de esclavitud, virtudes enfermizas y mortales... La vida es lucha y agresión, protesta y rebeldía... Yo no quiero las sombras de la fe, las ceguedades del amor, las mansedumbres del esclavo... Busco la luz del conocer, la claridad del pensamiento, las alegrías viriles de la fuerza. Quiero luchar contra el destino, quiero ser libre, quiero ser sano y alegre; hacer del mundo un lugar dichoso, donde nadie sufra, donde nadie suplique, donde nadie llore...

Lágrimas inefables derramaban doña Araceli y su hija cuando yo terminé mi discurso; lágrimas que eran el más dulce y, al mismo tiempo, el más severo mentís a mis crueles y sofísticas razones. ¿Acaso fueron nunca piadosas,

justas ni verdaderas las que hicieron llorar a una madre?

—¡Dios mío!—clamó doña Araceli con angustiosa pesadumbre—. ¿Quién lo dijera, Señor? ¿Quién dijera que aquel niño tan dulce y tan hermoso, que se dormía por las noches con la oración en los labios, hubiese de decir ahora lo que dice? ¡Ay, si sus padres levantaran la cabeza!... Pero ven aquí, Eduardo de mi alma: ¿es eso lo que aprendes en los libros?... Perdona a una triste viejecilla, que no conoce más que el libro de los años, la amarga experiencia del dolor... su pobre libro, ya en las últimas hojas, cerca ya de la muerte... Perdóname que te diga... lo mismo que te diría tu madre, si viviera... El mundo no se mejora con razones, sino a fuerza de caridad y amor. Eduardo: ¿no tienes la prueba en ti mismo? El amor de aquella que te dió la vida, te dió también la salud, te dió, con sus oraciones y sus lágrimas, con su paciencia y su ternura, todo lo bueno que hay en ti. No reniegues de esas virtudes; sin ellas, el mundo sería una jaula de fieras, acosadas por el hambre y la sed... ¿Qué sería de ti, si tus padres hubieran pensado como tú? Afortunadamente, aun tú mismo, pensando como piensas, obras como

pensaron ellos. ¿No estamos aquí nosotras como testigos de tu ternura y caridad? Hijo mío: tú eres muy bueno y generoso; tienes el mismo corazón de tu madre; fué la más rica de tus herencias; consérvala con amor hasta la muerte... Y oye, por fin, un consejo, un consejo que sólo sirve para los hombres de buen fondo como tú: son palabras que le oí decir, ¿sabes a quién?, a tu padre, que tenía mucho talento natural: procura poner de acuerdo en tus palabras y acciones el corazón y la cabeza, y si no pudieses, habla con la cabeza, pero obra siempre con el corazón...

III

A pesar del influjo creciente que sobre mí ejercían estas dos buenas amigas de mi alma, el recuerdo de "la otra" todavía me hurgaba muy adentro, me escocía muy hondo, como herida entreabierta, sensible al más leve roce.

No había vuelto a ver a Clara ni a tener noticias de la quinta de las Palomas. Extrañábame no haber encontrado nunca más en mis paseos por el monte a Míster Taylor ni a Clara ni a doña Rita. Me aventuré una tarde, cerca del hotel, con ciego, irresistible impulso, hasta asomarme a la cerrada verja del jardín. Me dió un vuelco el corazón. En las ventanas de la casa, desierta, vi blanquear unos albaranes. La puerta estaba cerrada también; todo era allí soledad y silencio.

—Se han marchado—me dijo un cabrerillo

que solía sestear por aquellos vericuetos—. Se han marchado a América, según dicen...

La brusca nueva me produjo una impresión desoladora, un desconsuelo infantil. Apenas pude contener el llanto. Se fué...—pensaba con profunda emoción—. Se fué por mi culpa... La ofendí con mi carta... La empujé a marchar...

Ante la triste evidencia, comprendí que la amorosa herida, lejos de estar cicatrizada, vertía sangre a borbotones, más abierta que nunca.

Mientras tuve a mi alcance el fruto peregrino y delicioso; ante la viva presencia de aquella singular y encantadora criatura, cuyos audaces coqueteos, burlas y mofas, alegrías y donaires, aderezados con la sal del diablo, eran, sin duda, otras tantas maneras de ofrecérseme, anduve distrayendo el apetito, pesando el pro y el contra, refrenando mis impulsos juveniles con la más despierta y vigilante reflexión. Pero así que adquirí la certidumbre de su ausencia, de su partida irreparable; cuando vi que la había perdido para siempre, entones supe, no sin dolor y pesadumbre, cuán de veras estaba enamorado.

Pude, por razón de mi orgullo, de mi petulancia intelectual, desconocerlo hasta entonces y aun apartarme con egoísta prudencia de tan pe-

ligroso rumbo; pude también divertir la imaginación y el sentimiento, más todavía que con los libros, con el nuevo y dulcísimo trato de mis amigas de la infancia; mas, siendo achaque de todos los hombres, y singularmente de los hombres como yo, desconocer o desdeñar las cosas cuando están al alcance de la mano, para querer y perseguir desaforadamente las fugaces o inasequibles, ante el mudo jardín de Clara Taylor, ante la casa desierta, se encendió con nuevos y maravillosos resplandores la imagen de la mestiza, depurada por el recuerdo, engrandecida y sublimada por la ausencia, más codiciable cuanto más lejana, convertida por fin en amorosa y dolorosa obsesión.

Todas sus gentilezas, sus donosuras, sus atractivos, tomaron en mi ardiente fantasía desmesuradas proporciones; aun sus defectos, como graciosos lunares, se me antojaban dignos de admiración y de perpetua memoria. Recordaba con tristeza y deleite los rasgos peculiares de su hermosura lucentísima, de su genio festivo, impetuoso, franco, dominador; los claroscuros y contrastes de su rostro y de su alma: los ojos acerados, felinos y alegres bajo las ondas negras de los cabellos caudalosos; los labios húmedos, berme-

jos y sensuales, llenos de risa y de sal, de besos latentes y de atrevidos decires; el cuerpo duro y vigoroso de un púgil con la nerviosa elegancia de una figura de salón; la actitud indómita, resuelta y varonil de una mujer del Norte, con toda la gracia y la molicie de la mujer del Mediodía; el corazón osado, la voluntad imperiosa, el entendimiento sutil, henchido de ambiciones y deseos, de curiosidades y avideces, debajo de un disfraz exótico y deslumbrador de ligereza infantil, de ironía andaluza, de *flirt* inglés, de loca, universal y desbordante alegría... Y al recordarla así, tan extremadamente fascinadora y codiciable, puesta en las nubes de la imaginación y del deseo, hubiera dado entonces mi libertad y mi fortuna por encontrarla allí otra vez, para arrojarme en sus brazos, hermosos y peligrosos, como quien se arroja a una hoguera, como quien se arroja al mar...

De tal suerte, a pesar de mis humos intelectuales, piafaban los instintos y las pasiones, igual que potros cerriles, dentro del corazón, tan pronto esclavo de los ciegos impulsos de la carne como pechero servil de las ideas postizas. ¡Y aún me juzgaba libre, orgulloso y fuerte cuando al romper los vínculos de toda autoridad y tradi-

ción vivía a merced de los vientos y de las olas, en el mar tenebroso, como nave sin rumbo ni gobierno, rotos el timón y la aguja, perdida en la noche, lejos de la ensenada familiar!

Cuando volví a mi casa aquel día, luego de llorar a las puertas de la cerrada quinta de las Palomas, entró mi criado a decirme que doña Araceli estaba enferma, que le había dado un ataque y se hallaba a punto de morir.

Alcé los ojos, húmedos todavía, y... ¿podrá creerse?... abrumado por el recuerdo de Clara, lleno yo aún del violento y malsano perfume de esta mujer, sonaron en mis oídos el nombre de doña Araceli, el nombre de Angeles, como nombres extraños que nada decían a mi pensamiento ni a mi corazón...

IV

—Señorito—me decía el buen Lucas, entrando en mi aposento una mañana—. ¿Sabe usted que pienso que doña Araceli no tiene ninguna de esas cosas que dicen los médicos que tiene?

—¡Hombre!—exclamé, con la sorpresa de ver a mi criado metido en tales honduras—. ¿Eres, quizá, curandero?

—Jamás lo fuí, señorito, ni sé palabra de esas artes. Pero tengo alguna experiencia por mis años y, sobre todo, sé por desgracia el mal que padece doña Araceli, por haberlo yo padecido más de una vez en este pícaro mundo...

—¿Qué me cuentas, Lucas?

—Como usted lo oye. A doña Araceli la están matando a fuerza de drogas. Y doña Araceli lo que tiene es...

—¡Dilo, hombre!

—Me da un gran sentimiento decirlo... Y, además, pudiera usted pensar que yo...

—¿Acabarás de una vez?

—Mire usted, señorito; yo voy todos los días, por mandado suyo, a la casa de esa señora, y he visto cosas que me han dado mucha compasión. Aquella cocina no se enciende casi nunca... Allí donde tanto abundan las medicinas que usted manda a manos llenas, no hay señal de esas otras medicinas... que... ¡vamos!... a mí me parecen mejores... Un buen hogar, un buen puchero, la carne, el vino...

—Luego, ¿tú crees?

—Creo, señorito, que esa pobre gente se está muriendo de hambre. Las pobrecitas creo que no comen más que cuando vienen aquí...

—¿Es posible?

—Ellas, como son tan delicadas, no lo dicen... Pero yo lo he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra... Capaces son las infelices de morir entrambas, sin decir esta boca es mía. Ya sabe usted que les mandaban una pequeña pensión de América; pues hace ya tiempo que no reciben la pensión... Doña Araceli no quería tocar los ahorros que tiene, porque esos dineros dice que son para su hija el día de mañana... La se-

ñorita Angeles se pasa las noches en vela junto a la máquina de coser, pero el trabajo de las pobres mujeres, cuando son honradas, apenas da para vivir... Y doña Araceli se quita el pan de la boca para dárselo a la señorita Angeles... Al fin la pobre señora no ha tenido más remedio que pellizcar lo que guarda en la alcancía, y está la infeliz comiéndose por dentro al ver que ese dinero, que es sagrado, se le va. Y cada moneda que cambia le cuesta una calentura... Eso es lo que tiene, y no lo que dice el médico. Los médicos no saben de estas cosas...

Al oir tal, sentí un remordimiento vehementísimo. ¡Cómo yo, criado en esta escuela de pobreza y de dolor, no había comprendido la triste certidumbre! Allí, al lado de mi hogar, bien abastado, aquellas almas fraternales estaban sufriendo semejantes tribulaciones... ¡Otra vez, ante mis ojos indiferentes, llenos todavía de la imagen de la mestiza, se estaba repitiendo el viejo drama, el drama de mi casa, aquel dolor de mi madre enferma, de mi madre olvidada, de mi madre sufriendo hambre y angustia!

Corrí a la casa de doña Araceli. La dije, ocultando la verdad, que el médico consideraba malsana aquella vivienda y que era preciso trasladar-

se a mi carmen, el mejor de aquellos montes. Vencí su resistencia delicada; le pinté los peligros de vivir solas en medio del campo; llamé aparte a su hija, la encarecí que su madre podía morir una noche en aquella casa sin auxilio humano. Les hablé con todo mi corazón: era preciso dominar el pudor de la adversidad, esa timidez que los tristes sienten ante las dádivas, la vergüenza de aceptar la compasión ajena... Doña Araceli quiso asirse a un último escrúpulo... En mi casa no había más que hombres; las gentes dirían que...—Usted, señora, que tanto valor tiene—repuse—¿ha de sacrificar su salud y la de su hija, por el miedo de una dudosa calumnia?... Y si una calumnia llegase hasta nosotros, yo soy un hombre de honor y sabría repararla...

Hablaba yo con mucha gallardía, poniendo en las palabras el alma entera. Sentía un fuego íntimo de caridad. Olvidado de mis viejas filosofías del egoísmo, mirábame capaz de las más altas abnegaciones.

—¡Qué bueno eres!—balbució la triste señora. Y queriendo expresar en una sola frase toda su inmensa gratitud, no hacía más que repetir: ¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga!

Vinieron al cabo a mi casa. Las aposenté en

las mejores habitaciones; me complací en rodearlas de toda suerte de comodidades y regalos, envolviéndolas en una atmósfera de solicitud y cariño. Una lástima desgarradora se había apoderado de mi corazón; todo me parecía poco para endulzar las horas de aquellas dos tristes mujeres. Doña Araceli lloraba de emoción y gratitud: mirando su rostro doliente y estragado, estrechando sus manos sarmentosas, se encendía más viva en mí aquella lumbre de caridad. Y en los ojos de Angeles, más elocuentes que sus labios, en aquellos ojos hermosos y tristes, leía yo un amor profundo, una gratitud tan honda, que me ponía a punto de decirle:—¡Yo también te quiero con toda mi alma!

Pero un impulso más fuerte me sellaba entonces los labios y el corazón...

V

A pesar de mis cuidados, doña Araceli hallábase cada vez peor. Hacía ya tiempo que no podía levantarse del lecho. Era aquel un derrumbamiento triste y definitivo de su naturaleza, tan duramente castigada.

Angeles, abrumada también por el presentimiento de aquella fatalidad, parecía un alma en pena. Sentíala yo pasar por las estancias pisando quedo, con el temor de hacer ruido, llena de dolor y timidez, evitando encontrarme por la vergüenza y el recelo de serme gravosa; adivinaba su semblante al escuchar sus tímidos pasos, y veía su rostro de niña teñido de pena y de rubor, sus ojos acariciadores empañados por las lágrimas, todo su cuerpo gentil y gracioso, de natural elegancia, temblando, como el de una corza, al pasar por la puerta de mi aposento. Quería huir de mí y esto me atraía hacia ella

más y más. Sentía una necesidad imperiosa de verla, de escuchar su voz dulcísima, de contemplar sus ojos grandes, profundos y pensativos, de escrutar en su semblante fatigado las huellas del dolor, los surcos de las lágrimas, la delicada palidez que en él habían puesto la zozobra y las vigilias. A su lado despertaban todas mis antiguas penas, se abrían todas mis viejas llagas; sentía en el corazón el suave derretimiento del llanto.

En su madre contemplaba yo la imagen de la mía; consideraba que en su callado y mansísimo dolor resucitaba el dolor añejo que había puesto una veladura de amor y melancolía sobre mis primeros años, y miraba en la lumbre de aquellos ojos tristes, encendidos por la fiebre, la lumbre, no apagada aún, de los ojos de mi madre. Y con todo esto, sufría yo, calladamente también, aceptando aquel dolor ajeno como un eco del propio, metiéndome cada vez más adentro de aquel drama humano que había entrado por mis puertas, como una nueva fatalidad...

Pero pasó mucho tiempo y sentí, al cabo, una reacción en mi espíritu contra aquel dolor forastero que había llegado a serme propio.

—Bien que yo las socorra y las ampare y les dé cuanto hayan menester para aliviar su desventura — decía yo reflexionando con acritud—, pero no hay razón para que me interese por el pesar ajeno, al punto de aceptarlo en mi hogar para siempre y tenerlo clavado en mi alma a toda hora. Esto pasa ya los límites de la caridad.

Como si Angeles adivinase mis duros pensamientos, escondíase en su estancia o en la de su madre y cuando se hallaba en mi presencia subíale la vergüenza hasta los ojos y le temblaban las palabras en los labios.

Rebelábame, cuando me hallaba solo, contra la crueldad inconsciente de aquella pena extraña que había plantado sus reales en mi hogar; me alzaba colérico, lleno de indignación, pensando, con helado egoísmo, que aquella gente triste no tenía derecho a encarcelar mi juventud, redimida a tan duro precio, ni a tender de nuevo sobre mi lecho las negras colgaduras que el tiempo piadoso había rasgado. Encerrábame en mi cuarto, pensando en tan extraña situación, resentido contra aquellas dos imprudentes mujeres que habían caído sobre mí, que habían hecho presa en mi corazón. Dábanme

crueles impulsos de echarles en cara su imprudencia, de cerrar mi puerta a sus gemidos y tapiar mi alma a toda luz de compasión. Pero al pensar de esta suerte, ponísaseme delante de los ojos el rostro de Angeles, sonriendo con triste y callado amor, y veía también a su madre, juntando sus manos en ademán de súplica y diciéndome a todas horas:

—¡Dios te bendiga! ¡Dios te bendiga!

Y parecíame entonces que era mi propia madre que resucitaba, pidiendo un poco del dulce amor de caridad. Y la lucha de todos estos sentimientos, que se adueñaban de mí como una obsesión, traíame inquieto y dolorido, quebrada la color, perdido el sueño, llorando la muerte de mi egoísta libertad.

—No podemos seguir así, Eduardo—resolvió Angeles un día, como si hubiera escuchado la voz de mi pensamiento—. Es preciso que nos marchemos de esta casa. Estamos abusando de ti... y yo me voy a morir de vergüenza...—Y se tapaba el rostro deshecho en lágrimas.

—¿Qué es lo que dices, Angeles?—la contesté yo, sintiendo en lo hondo de la conciencia la puñalada de un remordimiento—. ¿Qué es lo

que estás diciendo? ¿Tan poca ley me tienes que piensar huir de mí?

—¡Huir de ti, Eduardo!—y al decir así mirábame con tal expresión de amor y de ternura, que me llegó al corazón—. Es que no tenemos derecho a entristecer tu vida, a amargar tu juventud... Es que estamos haciendo contigo una infamia... Es que yo no puedo vivir de esta manera ni un día más...

—Pero... piensa que tu madre está enferma.

—La llevaré a un hospital.

—¿Qué dices, por Dios?... ¡Angeles! — pronuncié con energía—. No hables más de eso... ¡te lo prohibo!... Antes que vosotras, me iría yo de esta casa... ¿Lo oyes?

Los sollozos la impedían hablar. Pude entonces, con unas pocas palabras, hacer feliz a aquella angelical criatura. ¿Podía yo dudar que ella me amaba? Harto me lo decían sus ojos; yo había leído el dulce secreto, muchas veces, en sus hermosos ojos tristes... Y sin embargo, ahora, viéndola llorar así, viéndola retorcerse en un temblor de angustia y de vergüenza, no tuve la caballerosidad, la fácil resolución de abrir mis brazos a aquella mujer que tan dulce y calladamente se me ofrecía...

VI

Media noche era por filo... Revolvíame en mi lecho sin poder conciliar el sueño, escuchando en el silencio grave de la casa el gemido lejano de la enferma. De repente se iluminó mi estancia con un resplandor vivísimo, semejante a una llama de azufre. Me incorporé aterrado, y vi surgir de los muros a un hombre de extraña catadura, vestido con larga hopalanda. Sus ojuelos grises, de color de acero, mirábanme con expresión penetrante y glacial. Parecióme una sombra de ultratumba; quise huir y no pude; acercóse lentamente a mi lecho y apoyó la mano hirsuta y recia en mi hombro. Su rostro huraño y amarillo que parecía despertar del sueño de la muerte, iluminado por aquella luz siniestra, tenía, sin embargo, cierta hermosura, una hermosura trágica, semejante a la del Angel del Mal. Sus miradas tenían la fijeza y el brillo

extraño de la mirada de un loco. Temblábale la mandíbula inferior y todo su semblante ardía con el fuego de una calentura espiritual.

De pronto habló y sus palabras vibraron profundas y tonantes con un extraño timbre metálico.

—¡Yo soy el Anticristo!—dijo sentenciosamente—. Yo soy Federico Nietzsche, el hiperbóreo...

Temblé al oir aquel nombre familiar. Una curiosidad trágica me hizo clavar los ojos en el espectro.

—¿Por qué tan blando, amigo mío?—siguió diciendo la sombra, con voz más dulce—. Hazte duro, como el pedernal. Mírame cara a cara. Yo soy aquel que ha descubierto el camino. *Primum inter omnes.* Yo estoy más allá del bien y del mal... Vengo a traerte las tablas de los nuevos valores; no la paz, sino la lucha, no la virtud, sino el valor, no la piedad, sino la fuerza...

Confieso que al escuchar estas palabras, a pesar de lo extraño de mi situación, me sentí confortado y valiente.

—La piedad es depresiva—volvió a decirme el Anticristo—, la piedad es una virtud de es-

clavos. Compadecer es sentirse débil, es perder energía, es renegar de la vida y de la fuerza. El sufrimiento es contagioso como la piedad: el débil consuelo que podemos prestar a nuestros semejantes, no compensa la pérdida de las energías vitales que en el acto de la compasión se pierden. La caridad es una virtud nihilista, un sentimiento enfermizo que las razas antiguas, las razas hermosas y fuertes no conocieron. Veinte siglos de caridad corrosiva nos han traído a este punto de decadencia, de miseria moral; el mundo es hoy una clínica en vez de ser un vasto circo, un palenque, un hermoso anfiteatro...

Quise hablar yo, a mi vez, agitado por extraños pensamientos, pero la mano imperiosa del Anticristo asió la mía.

—Te veo humano, demasiado humano, amigo mío... Yo quiero salvarte. Arroja de tu corazón esas semillas de caridad. Que en tus entrañas se cuaje el superhombre... Yo soy la verdad y la fuerza...

Calló el espectro y su sombra se evaporó prestamente. Quedó en tinieblas mi aposento. Volví a escuchar en el silencio de la casa los quejidos débiles de la enferma... Quise dormir,

pero el recuerdo terrible de la extraña pesadilla y los gemidos de doña Araceli, espantaban el sueño de mis párpados. Al fin logré cerrar los ojos y aletargarme un poco, mas otra vez se iluminó mi estancia y desperté sobresaltado.

Una luz blanca, seráfica, suavísima, luz de crepúsculo, bañaba la habitación. Vi el balcón abierto, de par en par, y afuera un monte que se perdía en los cielos, y en el monte un áspero camino lleno de malezas, y en el camino un fraile que subía trabajosamente. Llevaba los pies heridos, a juzgar por las huellas de sangre que en la penosa breña iba dejando; y a pesar de sus heridas el frailecico cantaba alegremente, con voz dulcísima que parecía rumor de fuentes y gorjeo de ruiseñores. Aquel monte y aquel camino estaban muy lejos de mí; mirábalos a través del balcón abierto, a la luz de la tarde que caía, allá, en lontananza; y, sin embargo de esto, veía yo y escuchaba al peregrino divinamente, como si mis sentidos se hallasen dotados de maravillosa claridad.

Vestía el peregrino hábitos del Carmelo: era bajo de estatura, delgado de cuerpo, pálido de rostro, y, a pesar de su enfermiza apariencia, andaba, andaba, sin señal de fatiga, con los

pies heridos y la frente bañada de sudor, riendo y cantando. Al volver un recodo del camino, le vi mejor el rostro y admiróme la peregrina belleza de su semblante, delicado como el de una mujer.

Maravillado de todas aquellas apariciones, salté del lecho y, como un sonámbulo, me arrebujé en mi capa y me asomé al balcón. Debió de verme el peregrino, porque suspendió sus canciones y paró, breve rato, en la áspera subida. Yo le llamé sin darme cuenta de lo que hacía ni decía. Y vino a mí, velozmente, como si volase. Y al parar su vuelo de paloma, le miré al pie de mi balcón.

—¡Hermano!—le dije—. Perdonad si, indiscreto, interrumpí vuestro camino. Vuestros pies están manchados de sangre. ¿Estáis herido? Yo puedo daros posada y medicina... ¿Quién sois y adónde vais?

—Me llaman Juan de Yepes—contestó con voz angélica—y soy natural de la villa de Ontiveros. Hice ha poco profesión en la Orden del Carmelo y desde entonces he tomado por nombre Juan de la Cruz...

Y, como si no hablara conmigo, siguió di-

ciendo, clavando en la altura los ojos hermosísimos:

—¡Oh, dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar! ¡Oh, venturosa y muy dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo y deleite del alma! ¡Oh, fuego de amor infinito! ¡Oh, dulcísimo cauterio de amor y caridad! ¡Oh, mano blanda! ¡Oh, toque delicado!...

Al oir estas palabras inmortales, caí de rodillas. Turbáronse mis ojos, vaciló la tierra, desaparecieron de mi vista el cielo, el monte, el camino, la imagen del santo carmelita. Vime de nuevo en mi lecho, en la sombra. Pensé que todo había sido sueño, pero en mis oídos sonaban como una canción de los ángeles las palabras del peregrino, cantando esta dulcísima pastorela:

Un pastorcico solo está penado,
ajeno de placer y de contento,
y en su pastora puesto el pensamiento
y el pecho del amor muy lastimado.
No llora por haberle amor llagado,
que no le pena verse así afligido
vor más que sienta el corazón herido;
llora porque le tienen olvidado.
Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena,
el pecho del amor muy lastimado.

Y dice el pastorcico: ¡Ay, desdichado
de aquel que de mi Amor vive en ausencia
y no quiere gozar la mi presencia
ni el pecho, por su amor, tan lastimado!
El divino pastor ya se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y muerto se ha quedado, asido de ellos,
el pecho del amor muy lastimado...

VII

Comenzaba otra vez a conciliar el sueño cuando escuché unos golpes a la puerta de mi estancia.

Oí también el rumor de un sollozo. Me eché fuera de la cama, me vestí aceleradamente y al abrir la puerta se me ofreció la imagen desolada de Angeles, mal ceñidas las ropas, sueltos los cabellos, ronca la voz en la garganta.

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi madre se muere!... ¡Ven, Eduardo, por caridad!...—Y se agarraba a mi brazo, llorando y temblando al mismo tiempo.

Me lancé a la alcoba de doña Araceli. Me acerqué a su lecho y no pude reprimir un movimiento de terror. El semblante de la enferma, desencajado y lívido, revelaba una insufrible angustia. Convulso todo el cuerpo, crispados los puños, muy abiertos los ojos y la

boca, sofocada por el dolor y la disnea, parecía a punto de morir.

Perdida el habla, pero harto cabal y lúcido el pensamiento, fijo y absorto en las pupilas, entre la niebla azul de la cianosis, apenas me vió junto a sí, tomándole el pulso, me asió la mano con fuerza, para estrecharla contra su adolecido y amoroso corazón.

Al sentir las violentas vibraciones, las sacudidas fugaces de aquella piadosa y maternal entraña, ya sin medida ni ritmo; al percibir la suma gravedad de la enferma, estuve a punto de desfallecer. La idea de la Muerte, clavada en mí desde niño como una obsesión, la vecindad de la implacable Segadora, en las tinieblas de la noche sin fe, de la noche del alma sin estrellas, me infundía un espanto irresistible. Veía yo además en el rostro de doña Araceli, en la expresión de agudo sufrimiento, mezcla de lucidez y de sombra, de tortura física y de energía moral, el lúgubre y pavoroso retrato de mi madre moribunda (perenne en los ojos de mi alma) cuando sin habla ya, mirándome ansiosamente con las pupilas absortas, pugnaba también por asirme la mano para apercársela al corazón...

Llamaron al sacerdote y al médico. La pobre Angeles, con una entereza maravillosa, lo dispuso todo, reprimiendo sus lágrimas, harto más serena y valiente que yo.

Pasada la media noche se advirtió una considerable mejoría. Recobró la enferma la palabra y el espíritu. Fué una pausa apacible de grandísimo provecho para el alma de la piadosa doña Araceli. Desde que recibió al Señor, sintió un descanso muy dulce. Durmióse blandamente y al despertar, poco después, no hacía sino repetir las palabras del Salmo:

—Dispuesto está mi corazón, Dios mío... Dispuesto está...

Luego, como viese llorar a su hija, la reprendió mirándonos a ella y a mí.

—¿Por qué lloras? Ya veis, hijos míos, que yo estoy contenta... Dicen que el dolor es una cosa insufrible... Eso lo dicen los cobardes... No temáis vosotros al dolor ni a la muerte... ni a nada de este mundo... Sólo a Dios hay que temer...

Era la noche de otoño, clara y dulce. Desde la alcoba en silencio se oyó el gemido amoroso de una copla que cantaban afuera, en el camino de la ciudad.

—Dios da cantares para la noche—murmuró la enferma al oir la dulcísima copla—. Recemos nosotros, hijos...

Próximo ya el amanecer, solos allí Angeles y yo, tornaron las angustias de la cruel dolencia, de tal suerte que concluyó toda esperanza.

Los ojos de doña Araceli, hundidos y nublados, miráronme por última vez con horrible ansiedad; la lengua se le salía de la boca; los labios, azules y contraídos, temblaban con violento espasmo; bajo las ropas del lecho dibujábase el pobre cuerpo convulso, agitado por fuertes sacudidas; un leve estertor comenzó a hervir en su garganta...

Hice salir a Angeles de la habitación, a viva fuerza. Y me encerré en aquella lúgubre alcoba, solo con la moribunda, refrenando con ímpetu viril mi torpe miedo.

La tomé el pulso; corría la sangre al galope, desbocada, estremeciendo el vaso como un furioso torrente. Después calmáronse las convulsiones y empezó el delirio, un delirio trágico, que me crispaba los nervios. Llamaba a su hija, me llamaba a mí; mezclaba nuestros nombres, nuestros recuerdos, nuestras pasadas desventuras: todo salía a pedazos de su boca sombría, como

un vómito del alma... La idea de abandonar a su hija y dejarla sola en el mundo se atravesaba en su delirio, aún más aguda que la guadaña de la Muerte...

Al oir las voces de su madre, Angeles pugnaba por entrar, golpeando la puerta, pidiendo, entre sollozos, que la abrieran. Sufría yo un tormento indecible.

Al fin cesó el delirio. Las últimas palabras se evaporaron en finos estertores. Parpadearon sus ojos por última vez y cayó en el síncope mortal.

Cuando volvió el médico todo había concluído. Angeles comprendió la terrible verdad y se abrazó sollozando al cadáver de su madre.

VIII

La muerte de doña Araceli me produjo una impresión desgarradora. Pasé unos días de estupor, sin fuerzas ni luces para consolar a la pobre huérfana. Volví a *vivir* la *muerte* de mi madre, a sentir, hondo y reciente, aquel hachazo brutal. Por la noche, al retirarme a mi alcoba, al apagar la lámpara, veía en las tinieblas dibujarse el fúnebre lecho, y sobre el lecho, debajo del sudario, la rígida silueta del triste cuerpo yacente. Medroso, febril, insomne, tornaba yo a contemplar y a padecer, con nuevas y sutiles congojas, la enfermedad de mi madre, su larga y cruel agonía, la heroica lucha de su naturaleza de hierro, la ternura desesperada con que me asía las manos y abría los nublados ojos, ya con las ansias de la muerte, para despedirse de mí...

Angeles apenas se daba cuenta de sí misma. Sin pronunciar una palabra, sin comer apenas,

seco el llanto en los ojos, entregada a una desesperación silenciosa y patética, mirábame sin verme, como si sus pupilas se hubiesen cerrado a la luz de este mundo.

Su presencia, su soledad, su dolor, me despertaron al fin a la realidad. ¿Qué iba a ser de aquella pobre criatura? ¿Qué iba yo a hacer de ella? Yo tenía la obligación moral, imperiosa, ineludible, de ampararla, de darle mi nombre, de hacerla mi esposa, para que, dignamente, pudiera seguir viviendo en mi hogar. Pero... ¿la amaba yo a tal punto?

Una dulce ternura me ligaba a ella desde la niñez; la muerte, ahora, el común dolor, su desamparo, su pobreza, consagraban, fortalecían el vínculo: era como un mandato providencial, confirmado por todos los sucesos. Al morir doña Araceli, al juntar nuestros nombres en sus labios, al partir de este mundo desde mi hogar, dejándome en él a su hija, ¿no la fiaba, tácitamente, si no a mi amor, a mi caballerosidad?

Pensando de esta suerte, viendo a la triste huérfana, sentía impulsos de estrecharla en mis brazos, de hacerla mía, de borrar con mis besos los surcos de sus lágrimas; pero a la par me revolvía contra la idea de casarme, de rendirme a

la fuerza de las cosas, perder para siempre mi libertad y doblarme, al cabo, a las imposiciones del Destino. ¿Por qué someterme a una mujer en nombre de una enfermiza compasión y poner mi vida, mi inteligencia, mi albedrío, a los pies de la ciega Fatalidad?

Desvelado, impaciente, lleno de incertidumbres y de tinieblas, pugnaba por rehuir el cumplimiento de aquella sagrada obligación.

—En vano—decía colérico—pretendí redimirme de los viejos sollozos, de las antiguas cadenas, y echar siete llaves a las tumbas. Lo pasado vuelve, la esclavitud retorna, los muertos se alzan de sus sepulcros y vienen a sentarse junto a mi lecho, imponiéndome su ley... Pues ¡no! ¡No quiero servidumbres, no quiero obligaciones, no quiero atar mi vida al destino de esa mujer, triste y llorosa, que parece la imagen del Dolor! ¡Yo quiero la salud, la libertad y la fuerza!

Mas así que pasaban estas ráfagas y veía delante de mis ojos la esbelta y seductora figura de Angeles, más bella y más dulce que nunca, ungida de lágrimas silenciosas, llena de espíritu, de elegancia y de armonía interior, como una imagen de la Dolorosa, volvía yo a sentir, en lo más profundo y sensible de mi naturaleza, una ter-

nura irresistible, un deseo vivísimo de estrecharla en mis brazos, de secar con mis besos el manso rocío de sus ojos...

Y vacilando así, cobardemente, con la perpetua veleidad y contradicción de todos mis pensamientos y emociones, dejaba pasar los días, hurtándome a la presencia de Angeles, aguardando yo no sé qué, frío, perplejo, irresoluto, en aquel extravagante hogar donde sonaban a un tiempo la voz metálica y siniestra de Nietzsche y las divinas querellas del Pastor que busca a sus perdidas ovejuelas

el pecho del amor muy lastimado...

IX

"Eduardo de mi alma: No he tenido valor para despedirme de ti. Me marcho furtivamente de esta casa, donde no debo permanecer ni un día más. Harto sufriste con nuestras desventuras, y sería un abuso intolerable que yo pretendiera seguir viviendo al amparo de tu compasión y a costa de tu libertad. ¿No comprendes y sufres también la violencia de nuestra situación? Soy joven, tengo salud, puedo y quiero vivir de mi trabajo, pobre y honradamente como antes viví.

"Pero al marcharme de tu casa me dejo en ella el corazón. Te quiero, siempre te quise, como tú no lo puedes sospechar. Tú has sido el único amor de mi vida, después del santo amor de mi madre. Ahora, que me voy para siempre, bien puedo decírtelo como un desahogo de mi alma.

"Eduardo: Dios te pague con creces todo el bien que nos hiciste, el generoso afecto con que

tu caridad iluminó los últimos días de mi madre. Ella te bendecirá desde el cielo; yo rogaré a Dios por ti desde la tierra mientras me dure la vida. Sé libre, sé feliz, vive colmado de salud y de gloria. Tuya, con eterno recuerdo, con eterna gratitud,

ANGELES."

Leí esta carta conmovedora, puesta encima de la mesa de mi despacho, y sentí de repente un dolor agudísimo, como si unas manos invisibles me desgarrasen el corazón.

Movido entonces de un doble y soberano impulso de pena y de hidalguía, corrí aceleradamente al aposento de Angeles. Todo estaba allí, como siempre, limpio y en orden, pero triste y vacío, semejante a la alcoba de doña Araceli. Sobre el lecho, que parecía intacto, flotaba el sutilísimo perfume de aquella pobre y amorosa juventud, a la que hurté el refugio de mis brazos, regateándole, fría y mezquinamente, amor y caridad.

Llamé a Lucas.

—La señorita—dijo—salió esta mañana con el sol. Me figuré que iba a misa...

—Huyó...—repuse consternado—. Voy en su busca. No pararé hasta encontrarla...

Fuíme corriendo a la ciudad, resuelto a no volver sin la triste, determinado a casarme con ella y reparar así mi ingrato desamor. De pronto, bajo las vivas emociones del momento y a merced de los ímpetus cordiales, me pareció que con ella se me escapaba también el corazón, y que de hallarla estaban pendientes la vida, la salud, la felicidad...

Muchos días anduve fuera de casa, pero sin lograr mi propósito. Las más sagaces y discretas indagaciones fueron inútiles para dar con el rastro de aquella pobre criatura. Parecía que al huir de mí no había dejado más huellas que las alas de una paloma en el aire. Llegué a pensar que estaba ya muy lejos, acaso en Madrid, tal vez fuera de España, por los caminos de la mar, con rumbo a países remotos.

Hube de volver a mi casa, rendido, desesperado, con aquella pena, cada vez más fuerte, clavada como un hierro en el corazón. Nunca hasta entonces sentí el vacío y la soledad de mi vida con tan abrumadora pesadumbre, el tedio y el frío de mi orgullosa torre de marfil, la profunda tristeza de mi inútil libertad. Niño y cobarde en el fondo de mi alma; hecho a vivir, desde mis primeros años, entre faldas y ternuras de mujer, parecía-

me ya imposible, con todas mis vanaglorias de superhombre, volver a mis callados aposentos, a mi huraña existencia de solterón y de sofista, metido entre libros y falacias...

Ya por dos veces le había cerrado la puerta al amor que llegaba a mis umbrales; una por miedo de sus risas, otra por miedo de sus lágrimas. ¿Qué me restaba, pues, sino morir? Cerrar la puerta al amor, ¿no era cerrar la puerta a la vida, hecha de carcajadas y sollozos? ¿Qué eran, al fin, mi presuntuosa esquivez, mis humos intelectuales, mis perpetuas indecisiones, todas mis vanas paradojas, sino flaqueza y miedo, miedo al amor, miedo al dolor, miedo a la vida, miedo a la muerte, según me dijo con agudeza singular quien supo conocerme bien?

Y al meditar así, juzgando al amor ya lejos, como una ventura inaccesible, más vivamente lo deseaba yo, con más fuerza y virtud se me imponía, mirándome y encendiéndome con los ojos mansos y dulcísimos de Angelines, llenos de luz y de tristeza, perdidos ya para siempre y para siempre también grabados a fuego en mis entrañas...

X

—¡Vete, Eduardo, vete; déjame, por Dios!— decíame entre sollozos, arrodillándose a mis pies, retorciendo sus manos pequeñitas, cruzadas en ademán de súplica ardorosa, con el rostro mojado y encendido, lleno de rubor y de lágrimas—. Déjame en paz aquí... Sigue, sigue tu camino; que yo ya encontré mi refugio, mi verdadera vocación.

Por una extraña y feliz casualidad, cuando menos imaginaba conocer el paradero de Angeles, habíala encontrado al fin, lejos de mi tierra, en una ciudad levantina, ejerciendo el áspero noviciado de la Caridad y dispuesta a ceñir la toca de las benditas Hermanas en un hospital de incurables.

Al verme allí, de súbito, cuando ya se creía segura y libre para siempre de todo lazo profano, fué tan aguda su emoción, que, al entrar en la sa-

la de visitas, donde yo la aguardaba, previamente anunciado como deudo suyo, tuve que sostenerla para que no cayese al suelo. Muda, pasmada, temblorosa, cubierto el rostro con una palidez mortal, me miró con los ojos muy abiertos, con un mirar indefinible, absorto, henchido de sorpresa, de azoramiento, de ansiedad, de júbilo, de angustia, de muchos sentimientos juntos, mal avenidos y contrarios. Todo en ella decía la lucha heroica, el oleaje interior que mi presencia había levantado en su pecho.

Mas sus primeras palabras, al recobrarse un poco, fueron para decirme:

—¡Vete, vete, por Dios!

—¡Te quiero! ¡Te quiero!—repuse, levantándola en mis brazos y repitiendo apasionadamente, con un arranque de suprema sinceridad:—¡Te quiero con toda mi alma!

Estábamos solos a la sazón, solos y como fuera de este mundo, en aquella estancia severa y espaciosa, de anchura y silencio monacales. Por la ancha puerta del fondo se veía un gran patio de columnas, lleno de arbustos y de flores, un viejo y primoroso claustro conventual y, entre las flores, como una paloma al emprender el vuelo, las alas blancas de una toca monjil.

—No es amor, Eduardo—me respondía la pobre Angeles, sin atajar el lloro, mas sonriendo al través de sus lágrimas con ironía desgarradora, con desolada convicción—. ¿No lo comprendes, tú también? Es compasión lo que sientes por mí. Es lástima, es misericordia, es amor de caridad...

—¡Te juro, te juro que te quiero! ¡Yo te lo juro por la memoria de nuestras madres!

Díjelo así en un rapto de inmensa ternura, sintiéndolo entonces muy hondo, "con toda mi alma", sin la menor reserva, húmedos los ojos también, absolutamente abandonado a los impulsos de la emoción.

—¡Eduardo, qué sabes tú!—me replicó la triste, con un tono de amargo desaliento, con unas palabras sutiles que no he podido olvidar—. Hoy lo crees así... Yo lo creo también... Eres sensible, tierno y generoso; me quieres ahora con todo tu corazón; lo adivino... Pero ¿y después? ¿y mañana? Soy una pobrecilla, una infeliz; sin embargo, veo en tu corazón tantas cosas...

—¿Aún dudas de mí, tontuela?—dije, queriendo bromear—. ¿Tan veleidoso me juzgas?

—Las mujeres, como vivimos del sentimien-

to, como juzgamos por intuición, vemos estas cosas muy claras. Perdóname, Eduardo, pero es cierto: dudo mucho de ti. Nadie mejor que yo conoce tu bondad, tu nobleza... Pero...

—¡Yo te querré siempre, yo te querré siempre con toda mi alma!

—Siempre... siempre... — murmuró Angeles como en sueños—. ¿Hay algo que dure siempre en este mundo?

Tomé sus manos trémulas en mis manos; las apreté con ímpetu.

—Sí; el amor, cuando el amor sabe elevarse por encima del mundo y de la muerte. ¡El amor que es eterno como la vida!

—Eduardo...

La vehemencia de los afectos que ambos sentíamos, al encender nuestros corazones, apagaba la luz de la reflexión. Angeles enmudeció desfallecida. Las palabras se le quebraron al nacer. Al fin, pugnó por desasirse; yo la estreché en mis brazos; puse mi boca en la suya fría y dulce.

—¡Eres mía—pronuncié con orgullo—, mía para siempre!

Irguióse, rechazándome con fuerza, toda encendida como un ascua.

—¡Vete!—repitió—. ¿Por qué viniste?, ¿por qué te escuché, faltando a todos mis deberes?

Y recobrando su energía interior, deslizándose hacia la puerta del claustro, donde revolaban las blancas tocas, añadió con firmeza y con dulzura:

—Yo me quedo aquí; me quedo con los míos, con los enfermos, con los tristes, con mis hermanos en el dolor y la pobreza, en el amor de Cristo, el solo amor que va más allá del mundo y de la muerte. No soy una mujer; soy una hermana de la Caridad...

—Pues ¿quién más pobre, más triste, más desamparado que yo?—clamé, con lágrimas en los ojos, descubriendo, ya sin disfraces, con nueva y vehemente sinceridad, el fondo nativo de mi alma, de mi alma de niño, llena de sombras, de contradicciones y flaquezas—. ¡Angeles! Si buscas amores y dolores, ¿por qué huyes de los míos? Si tantas cosas ves en mi corazón que te den pena, ¿por qué no vienes a remediarlas? Yo ya no puedo vivir sin ti. He cambiado mucho... La soledad me es insoportable... ¡Sólo cuando te fuiste comprendí que tu amor me es absolutamente necesario!

—No—repuso, queriendo disimular su pesadumbre, ya en el umbral de la puerta—. Eres hombre, eres rico y eres libre. No necesitas de mí. Yo sería en tu hogar una sombra, la sombra de los muertos amados, y los muertos, según tú dices, pesan como una carga sobre el corazón... Hay que cerrar con siete llaves los sepulcros... Yo, en el fondo de mi carácter, no soy triste, pero llevo conmigo la tristeza de tantas memorias... Tú persigues eso que llamas "alegría de vivir" y que yo no te puedo dar, porque no sé lo que es... Yo sería el vivo recuerdo de lo pasado... ¡Y tú prefieres olvidar!... ¡Adiós!—dijo por fin, conteniendo un sollozo—, ¡te quiero y me muero!... Adiós... Rezaré por ti a todas horas. Ofreceré mi sacrificio por tu felicidad... ¡Que Dios te bendiga, como te decía mi madre!... Adiós...

Y echó a correr, pálida como la cera, transida, vacilante. Su esbelta y graciosa figura se perdió en el fondo del claustro, como una sombra entre las flores.

TERCERA JORNADA

I

EL mundo parecía otro, más claro, más apacible, más risueño, cual si tornase a las fuentes de la vida, a su primera y graciosa juventud. Las cosas exteriores, puros y fidelísimos espejos de las sensibles del alma, que con ella se avivan u oscurecen, mudan de semblante y de luz, vestidas de su tristeza o de su júbilo; el mar, el cielo, el sol, el paisaje, tenían un reposo, una suavidad, un resplandor como de templadísimo alborecer ante los pechos sosegados, ante los ojos serenos de las primeras criaturas.

Yo también parecía otro. Hechas las paces entre el ayer y hoy; dada tregua a mis muchos y sutiles enemigos interiores; juntos en un abrazo estrechísimo el pensar, el sentir y el querer, tal como suelen, siquiera por breve tiempo, cuando al Amor le place, yo me juzgaba feliz, satisfecho y seguro de mí mismo, lleno, como las cosas exteriores, de claridad y de calma.

Al fin había logrado traer, con la ovejuela escondida, el manso amor a mi redil, la dulce compañera a mi casa, la luz del cielo a mis ojos, la felicidad a mi corazón. Tras lucha heroica entre el amor divino y el humano, y a pesar de su firme actitud, de su sincero propósito, Angeles—sin duda estaba de Dios—se había casado conmigo.

Embelesada, suspensa, más todavía que yo, ante la peregrina realidad, fruto para ella tan nuevo, desconocido y sabroso, tantas veces soñado y rehusado, se abandonaba también al fácil curso de las horas presentes, pero con una especie de turbación y deslumbramiento, con esa felicidad contenida, un poco temerosa y apocada de aquellos que amaron y padecieron mucho.

Desde el primer día de nuestras bodas nos

tróme Angeles una conmovedora gratitud, una vivísima adoración, un verdadero culto manifestado con inefables delicadezas, exquisitos fervores, solicitudes y desvelos maternales; mas todo ello como empalidecido por aquella profunda cortedad, mezclada de mansedumbre y de melancolía.

Era el suyo uno de esos caracteres tímidos, reconcentrados y sensibles, de honda vida interior, sedientos de ternura, mudos y absortos por de fuera, que necesitan para revelarse calor y ambiente propicios, hallar quien poco a poco sepa ganar su intimidad y confianza, romper el hielo que los defiende y los oprime al dulce contacto de unas entrañas amorosas. La adversidad, la humillación y la pobreza, soportadas con admirable sufrimiento, redoblaron en la triste joven su natural reserva y timidez, a la par que afinaron y enriquecieron las virtudes ocultas en lo secreto del corazón, fuente sellada, henchida y caudalosa bajo apariencias de humildad.

¿Podía yo ser el hombre que, a fuerza de discreción y prudencia, de solicitud y constancia, de respeto y cariño amparadores, llegase al fondo de su carácter hasta comprenderla bien? ¿Era yo capaz de introducirme en los últimos

aposentos de su alma, sin herir su pudorosa delicadeza, sin profanar el sagrado de su vida interior, y granjearme su intimidad, su confianza, y romper el hielo de la sellada fuente para descubrir su caudal?

Yo, al principio, no paraba mientes en ello. Teníame entonces por dichoso, y la dicha, es sabido, no se razona; se siente. A la luz romántica de mi luna de miel todo a mis ojos era noche apacible, suave penumbra, cielo estrellado y azul. Vivía del corazón, distraído el pensamiento, cerrados los libros, ausentes las memorias, apaciguadas las inquietudes con la ilusión y la dulzura de mi nueva existencia, resuelto a ser feliz, a procurar ante todo que lo fuese mi esposa. Cuanto hay en mí de niño y de poeta, de tierno y de sensible, de generoso, de hidalgo y aun de trivial e imprevisor, manifestábase entonces por encima de mi segunda y cruel naturaleza—como alegre espuma sobre las ondas amargas—con el ímpetu y facilidad que siempre tuve para dejarme arrebatar y aturdir por las impresiones del momento.

Durante algunos meses viajamos a placer con el despejo y bizarría de dos novios de veinte años, esparcidos en caminatas y solaces, curio-

sos de la vida exterior, de las tierras ilustres y peregrinas por donde paseábamos nuestra común embriaguez. Y en tales recreos y deleites, más que de mi propio gusto me holgaba de la felicidad de Angelines, de sus agudas emociones, de los regalos y alegrías con que yo procuraba resarcir mis egoísmos y sus adversidades.

Pero así que tornamos a la quietud de nuestro hogar, lleno de sombras y de recuerdos; así que a las ciegas y fáciles satisfacciones de la luna de miel se impuso la vida cotidiana, la humilde prosa de la vida común; llegado el momento crítico y difícil del matrimonio, con todos sus riesgos, sus desencantos, sus duras pruebas, sus imperiosos deberes, comencé a sentir en el fondo de mi felicidad un no sé qué indefinible, un extraño vacío, una secreta depresión.

Quise al punto sobreponerme a tan importunas flaquezas, mas avezado ya desde mi primera juventud al análisis destructor y cruel de todos mis sentimientos, díme a inquirir los motivos de aquellas declinaciones y menguantes. De esta suerte me puse a celar los tímidos pasos del Amor, cercándole de espías y de escuchas; le abrí la puerta a las ociosas cavilaciones, al vano orgullo, a todos los monstruos de mi triste ma-

gín; hice experiencia y anatomía de nuestra felicidad, escudriñando y desmenuzando pensamientos, acciones y palabras, siempre cauteloso de mi mujer y de mí mismo, hasta convertirme en áspero juez, en esbirro implacable de mi corazón y del suyo.

¡Cuán ajena estaba entonces mi esposa de todo aquello que se cocía dentro de mí, tan contrario a su noble sinceridad, a su ingenua sencillez, a su abnegación y ternura! Mas, ¿podría tardar en advertirlo con la natural agudeza, con la intuición sutil que en su espíritu de mujer enamorada y fervorosa compensaban harto la falta de experiencia y de malicia, de cultura intelectual?

No era Angeles precisamente una "mujer culta", como suele decirse de las marisabidillas y pedantes, confundiendo en tal caso la cultura (que es ante todo cultivo y educación de la sensibilidad y no plenitud de la inteligencia, ni menos embarazo de la memoria), con el orgullo presuntuoso de quien tragó muchos libros sin asimilárselos bien. Era instruída, sí, en las cosas necesarias; mas, sobre todo, tenía una exquisita discreción, un juicio muy recto, pocas ideas, pero justas, y una absoluta lealtad, un

claro sentido de la vida, una singular nobleza y elevación de sentimientos. Sana, apacible, equilibrada, veraz, exenta de artificios y melindres, sencilla en sus razones, en sus costumbres, en sus gustos, firme y transparente como el cristal de roca, era, en suma, lo más opuesto a mí que pudiera imaginarse.

Yo, entonces, no veía esto bien; no conocía el fondo de su alma. Fué mi desgracia y la suya que, a pesar de mis humos de intelectual o, mejor dicho, a causa de esos humos, ignorase tan rudamente a mi mujer—con tenerla tan cerca desde niña, con ser su pecho de cristal—y la juzgase a través de mis ruines pensamientos, de mis fatuas imaginaciones, una criatura inferior, una hembra vulgar "que no sabía comprenderme"...

Desatinando así acabé por achacarle mi propio error y ceguera, por atribuirle a ella sola todas las culpas de aquella extraña inquietud, de aquel vacío interior que ya empezaba a dolerme. ¿Cómo, sin conocer a mi esposa; cómo, ignorándome a mí mismo, era posible que yo supiera ni midiera la distancia que había de su alma, toda ternura y abnegación y claridad, a la mía, llena de sombras y veleidades y preocu-

paciones, ahita de presunción y de soberbia? ¿Cómo había yo de advertir que en esa distancia precisamente estaba la razón de aquello que comenzaba a separarnos de un modo sutil, a poner como un muro invisible entre los dos?

Pero aún existían otras razones de creciente vacío y frialdad. La timidez y pulcritud de Angeles, el predominio del sentimiento sobre todos los demás impulsos de su naturaleza, su grave honestidad, su mansa vida interior, eran como recios escudos en que chocaban y se rompían mis arrebatos sensuales, mis apetitos licenciosos, mi concepto, nada cristiano ni espiritual, de la vida y del amor. Ante aquella actitud, fría y dulce a la par, dócil y complaciente, pero a la vez pasiva y resignada, yo me sentía cohibido y triste, defraudado y hostil, sin la ilusión, la intimidad, la mutua franqueza del matrimonio entre iguales. Todo el fervor espiritual de mi esposa, cada día más dulce, más patente, más desvelado por mí; la sumisión y ternura de su pecho, su maternal solicitud, no eran bastantes a llenar aquel vacío.

Finalmente, sus convicciones religiosas, las virtudes íntimas de caridad y oración, que yo tampoco sabía discernir sino en sus apariencias

superficiales, pugnaban con todas mis ideas y opiniones, con todos mis hábitos de escéptico, de escritor a la última moda intelectual, discípulo de Nietzsche, comentador de Zarathustra, alabardero de Anatolio France, pregonero de los ya rotos bordoncillos del "superhombre", de "vivir mi vida", los "valores nuevos" y la "alegría de vivir"... Y aunque sólo con mucha delicadeza y timidez había procurado mi esposa "convertirme", yo la juzgaba en este punto aún menos "comprensiva" que en los otros, aún más inferior y vulgar.

Procuré, no obstante, disimular mis decepciones, encubrir mis pensamientos, retener en mis brazos al Amor que huía. Pero a la aguda penetración de Angeles no pudo escapar, al fin, esta mansa y creciente divergencia. Tal vez la vió surgir antes que yo. ¿No la había predicho en cierto modo al despedirme en los umbrales del claustro, con la desgarradora elocuencia de sus adioses y sus lágrimas? ¿Acaso podía, conociéndome y conociéndose, fiar sin riesgo su ventura a semejantes bodas? ¿No vino a mi hogar después de cruel incertidumbre entre el amor divino y el humano, arrastrada por mí, pero sabiendo, como ella misma decía, que el escoger

amores era escoger sacrificios? ¿No rehusó, desde el primer instante, aquel apasionado *siempre* con que yo quise desmentir la fuga del tiempo y de las cosas? ¿No mostró, aun en los días más dulces de nuestra luna de miel, una reserva interior, una felicidad contenida, un mudo presentimiento del porvenir? ¿No fué ella quien dijo: "¿Qué sabes tú? Hoy, sí; pero, ¿y después? ¿Y mañana?"

II

Una vez, tornando a casa, después de breve excursión a la ciudad, donde solía ir más a menudo, me sorprendió al cruzar el jardín que no saliese Angeles, como tenía por costumbre, a recibirme.

Subí a su aposento, sin hacer ruido, lleno de inquietud y zozobra; mas como vi la puerta cerrada y todo en grande silencio, me puse a mirar por el ojo de la cerradura. Sentada en su sillón, delante de un lienzo de la Dolorosa, Angeles estaba llorando.

Dí un leve golpe en la puerta, y al sentir mi voz, Angeles corrió a abrir.

—¿Qué tienes?—le pregunté con dulzura—. ¿Por qué lloras?

—Si no lloro...—respondió intentando sonreir—. Es que estuve leyendo... y era lo que leía tan triste...

De repente se me echó en los brazos con nervioso afán, juntó a mi cara la suya y rompió en un sollozo.

—Por Dios, Angeles—exclamé—. ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Qué es lo que te hace sufrir?

—¡Si no es que sufro... es que te quiero!—añadió con voz desesperada—. ¡Es que te quiero como tú nunca lo sabrás!

—¡Yo también!—repuse enternecido. Pero mi voz me sonó en la conciencia como la voz de un extraño—. ¡Yo también te quiero con toda mi alma! ¡Soy tuyo, ¿te acuerdas?, tuyo para siempre!

—Para siempre...—repitió Angeles como un eco. Y la palabra *siempre* se le quebró en la garganta.

Estas crisis, frecuentes al principio, me llenaron a la par de compasión, de remordimiento y de angustia. Al verla en mis brazos, temblorosa, inerme, rota la voz por los sollozos, sentía una lástima corrosiva, un violento afán de hacerla feliz, pero en lo oscuro de mi alma cada vez me sentía más distante, cada vez era más hondo el vacío, cada vez más flaco el amor. Y, al comprobarlo, al padecerlo así, bajo los tácitos

reproches de mi esposa, cuya vehemencia de espíritu contrastaba con la timidez de su carácter, con la frialdad de su naturaleza, pasiva siempre a mis deseos, me embargaba una sorda irritación, como si ella tuviese la culpa de que ambos fuésemos tan diferentes y contrarios, y aun de que yo no acertase a conocerla bien.

Cuanto más comprendía mi desamor, más humilde se mostraba conmigo, más desvelada y afanosa; me miraba en silencio, con la mirada triste y leal, llena de mansedumbre, de un lebrel; muy abiertos los ojos para adivinarme, pero sellados los labios por una timidez invencible, y acaso por el miedo de romper a llorar.

Todo esto se me hacía insoportable. Yo quería un amor de otra suerte: un amor jubiloso, dionisíaco, lleno de alegres coqueterías, de pasión y de fuerza, que saciase mis hondos apetitos, que estremeciese hasta las últimas raíces del árbol robusto de la Vida (tal escribí una vez, recordando a Nietzsche); yo quería una esposa que supiera ser mi amante, en cuyas fértiles entrañas se pudiese engendrar el "superhombre"...

Huyendo de mi casa, íbame a la ciudad con frecuencia, y allí buscaba a todo trance la tris-

te "alegría de vivir". Con varios pretextos ausentábame de mi hogar; cuando volvía me entraba un gran remordimiento; conforme veía a mi mujer, muda, sumisa, con su aire de soledad y mansedumbre, sin preguntarme nada, con las ojeras del llanto y del insomnio, sentía yo al propio tiempo una protesta sorda por aquella actitud, por aquel dulcísimo reproche de los ojos de color de miel.

Yo, orgulloso; yo, egoísta y cobarde, sensual con pujos de intelectual, asno con pieles de león, hubiera querido hallar frente a mí, en vez de aquellos ojos dulces y tristes, una mirada de cólera, una voz enérgica, algo, en fin, que me aliviase de la compasión y el remordimiento. Me acordaba entonces de Clara Taylor y prefería, en lo íntimo de mi voluntad miserable, aquella mujer varonil que se gozaba hiriéndome, que dejaba en mi mano vencida la huella de sus uñas de tigre, a esta criatura angelical, toda fervor del espíritu, que había nacido, sin duda, para querer y sufrir en silencio. ¿No hay muchos hombres como yo?

Durante aquellas ausencias, cada vez más largas y frecuentes, con que yo pretendía volver por los antiguos fueros de mi egoísmo y libertad,

Angeles se entregaba al ardentísimo culto de sus creencias y memorias, resarciéndose de mi abandono en el constante ejercicio de la caridad y la oración. El santo recuerdo de su madre, unido al de la mía, era en su pecho solitario una fuente de lágrimas piadosas, de sufrimiento heroico, de cristiana virtud.

Aun esto me producía enojo, me inspiraba un desprecio singular.

—Yo pensé—decía para mí—casarme con una mujer y heme aquí con una monja; quise un hogar y me metí en un claustro...

Disimulando mi acritud con aires de regocijo y de ironía, se lo dí a entender no pocas veces, cuando al entrar en su aposento la sorprendía de hinojos y revolviendo entre sus dedos de marfil las cuentas del rosario.

Yo no podía comprender entonces el consuelo inefable de la oración ni hasta qué punto la caridad y la fe nutren, iluminan y alegran a las almas sin ventura, a aquellas que padecen males de soledad y abandono; yo no podía ni quería saber que la felicidad, como no es de este munro, no hay que buscarla fuera de nosotros, sino muy adentro, en esas moradas interiores ador-

de llega con la fe la luz del sol que no se pone jamás.

Y yo, que por ello, por no saber estas cosas, las únicas necesarias para vivir y para ser dichoso, vivía ignorante y fallido, sin otras luces que las visibles y exteriores del mundo, las aborrecía en mi hogar, las despreciaba en mi mujer, creyéndome, precisamente por ignorarlas, por despreciarlas y aborrecerlas, un hombre superior, un espíritu fuerte y comprensivo.

Así, en mis conversaciones con Angeles, en nuestros diálogos mustios, cada vez más difíciles por su timidez y mi acritud, no consentía que aludiese a tales cosas, y aun me irritaba cuando su amorosa ternura las traía envueltas en nuestros vivos recuerdos familiares, de los que huía también, armado siempre de ingratitud y de egoísmo, siempre afanoso de olvidar, de romper con todo lo pretérito, destruir hasta los sepulcros y hacer tabla rasa del corazón...

—¿Para qué—solía decir, con mis habituales bordoncillos—, para qué torturarse con las tristes memorias, con los recuerdos crueles, con todo aquello que fué, que ya no existe? Lo pasado es una carga intolerable que debemos sacudir de nuestros hombros. Hay que sepultar los recuer-

dos, como se entierra a los difuntos, y echar muchas llaves a sus tumbas...

—¡Por Dios, Eduardo!—replicaba mi esposa con timidez—. Recordar es tan dulce y tan piadoso... Es como volver a vivir... En cambio el olvido es peor que la muerte.

—Pues yo—le decía con mal refrenada cólera—quiero a todo trance olvidar... Nuestro ayer es un campo lleno de ataúdes... y a mí no me atraen los cementerios... Odio el dolor, me repugna la tristeza, me enojan los lutos y las lágrimas, me llena de terror la muerte... Yo amo la vida, la felicidad, el placer...

—¡Ay, Eduardo!... Lo que yo siento es que, a pesar de tus teorías, no eres feliz... ¡Eduardo de mi alma!—concluyó con desesperada actitud, rompiendo, como solía en estas ocasiones, su habitual reserva—. ¡No eres feliz! ¿Por qué no quieres serlo?

—¿Y tú?—dije, esquivando responder, con un dejo de mofa y de ironía.

—¿Yo? No me siento desgraciada. *Casi* me siento dichosa...—contestó sonriendo levemente.

—Entonces, ¿por qué lloras tanto?

—Las lágrimas no siempre significan pena.

También se llora de gozo. Dios da lágrimas a los suyos...

—Pues yo prefiero la risa: la risa es sagrada también.

—Eso — respondió agudamente — es según se ría o se llore... Pero, ven acá—me dijo después acariciándome como a un niño—, ¿por qué no quieres ser feliz?

—¿Pues no he de querer?—repuse con forzada galantería, dándole un beso, un beso triste, de caridad sin amor—. Yo quiero ser muy dichoso... quiero que lo seas tú... Pero no a fuerza de sacrificios, de renunciamientos y de lágrimas, sino de placer y alegría, con el orgullo y la embriaguez de vivir y olvidar... ¿A qué amargarse la existencia con preocupaciones de ultratumba, con el recuerdo de los antiguos dolores? Deja a los santos en sus altares y a los muertos en sus sepulcros... Para ser felices hay que amar, ante todo, la vida, amar las cosas, y sentir la ambición de poseerlas...

—¿Y qué valen las cosas de este mundo? Poseerlas es aprender a despreciarlas. ¿No es el amor la más sublime? Pues en el amor ¿qué vale poseer? Para quien ama de veras la felicidad consiste en entregarse... Por eso, Eduardo,

yo soy feliz, más feliz que tú... a pesar de todo... ¿Por qué no aprendes tú a serlo?

Hablaba mi esposa en delicado tono y recogida actitud, mas con el íntimo fervor de sus profundas convicciones. Replicábala yo al principio queriendo desviar la plática y prevenir sus riesgos, mas, poco a poco, sentía dentro de mí, aguijados por la mansa contradicción, levantarse el orgullo, el menosprecio y la cólera.

—En fin — pronuncié, con ademán autoritario—, dejemos esta conversación. ¿Por ventura pretendes enseñarme a vivir? ¿Qué sabes tú de la vida, qué sabes tú de esas cosas? Eres una infeliz, llena de prejuicios, de ideas falsas, de escrúpulos monjiles... ¿Qué sabes tú de este mundo... ni del otro?

—Yo no sé nada...—murmuró humildemente—. ¡Sólo sé que te quiero—añadió con súbita vehemencia—, que daría mi vida por la tuya, mi alma por tu eterna felicidad!

—Sólo aspiro—repuse, con frío sarcasmo—a la felicidad de este mundo... Soy más modesto y más razonable que tú... Esa es la dicha que puedes y debes procurar. Mas para esa dicha no basta el corazón... y a veces sobra... Es preciso exaltar la inteligencia, esgrimir los aceros

de la voluntad, deleitarse a la vez con las alegrías del alma y de la carne; huir de los sentimientos deprimentes: la compasión, la tristeza, la melancolía, la ternura, la gratitud; sepultar en nosotros los recuerdos, los seres idos, las pasiones muertas, las horas fenecidas y pasadas; castigar, en fin, al corazón, como a una criatura rebelde, para que no grite, para que no llore...

—¿Por qué dices esas cosas tan duras—me replicó Angeles—si no las sientes de veras, si tú, en el fondo, eres tierno y sensible como un niño?

Era verdad: yo no *sentía* aquellas cosas, pero las *pensaba,* las repetía a cada instante como una torpe lección aprendida de memoria, empeñado en sustituir mi natural afectuoso y benévolo por una discorde multitud de ideas falsas y contrahechas. Y a fuerza de pensarlas y repetirlas a todas horas las iba incorporando poco a poco a mi voluntad y a mis acciones, en contra de mis más hondos y espontáneos sentimientos, hasta crearme una segunda naturaleza, extraña, despótica y cruel...

III

Por fin un día estalló, con toda su refrenada violencia, el agudo conflicto de nuestra vida conyugal. Bastó un liviano motivo, ni aun recuerdo cuál fuese, y una aspereza de Angeles, que hasta los más pacientes y humildes tienen sus horas de acritud, para que yo, de súbito, desatara mi enojo y con altivo menosprecio, con palabras irreparables y ruines, descubriese cuanto había disimulado hasta entonces, y declarase la quiebra de nuestra pobre felicidad, la ruptura de nuestro malaventurado matrimonio, el divorcio moral en que vivíamos, con toda la ingratitud, la fealdad y la miseria que en mí habían suplantado a los impulsos generosos del Amor, ya muerto.

Al escuchar mis sinrazones, al advertir la hostilidad, el rencor, el fondo amarguísimo y cruel de mis bellacos pensamientos, cayó des-

fallecida en una butaca, presa de horrible angustia, rota la voz por los sollozos.

Cuando la vi de esta suerte, ya desfogada mi cólera y satisfecho mi orgullo, sentí en la conciencia un latigazo, un remordimiento agudísimo, una entrañable contrición.

Me acerqué a mi esposa, la levanté en mis brazos, la estreché en ellos con fuerza, pidiéndole con lágrimas en los ojos que me perdonase, haciéndole juramento de que, a pesar de cuanto dije, yo la quería, yo la quería con todo mi corazón.

Y en aquel instante ello era verdad: yo lo *sentía* junto con el dolor de mi conciencia, con toda la pesadumbre de mi alma, al estrechar en mis brazos a la infeliz criatura. Contra mis vanos pensamientos, contra mis malas razones, se levantaba el corazón y con él las memorias más vivas y más dulces, el recuerdo de nuestras madres, la tronchada ilusión de nuestras bodas, y contemplándola a mi merced, tan débil y tan triste, con más tristeza aún del desamor que del ultraje, me derretía de lástima, dolíame su dolor inmenso como duelen sin duda en la otra vida los dolores que causamos aquí.

Mas no hay remordimiento que pueda repa-

rar en este mundo el daño de palabras y acciones que hieren a un alma para siempre, que rompen y destruyen las raíces de su amor y felicidad.

—Yo te perdono el mal que me has hecho... —dijo al fin, ya un poco más serena, con una voz muy feble, con un aire de infinita desolación—. Yo te perdono... Que Dios te perdone también...

Pero a partir de aquel día, los últimos aposentos de su alma se me cerraron definitivamente. No por su voluntad, sino por la mía, quedé condenado desde entonces a no conocer ya nunca lo más hondo y precioso de su espíritu, a ignorar para siempre las facetas de aquel purísimo diamante, su maravillosa diafanidad y tersura, la claridad y limpieza de sus aguas y luces, vivos reflejos de los eternos resplandores.

Viviendo a ciegas, como siempre viví; desapacible y turbio por la perenne contradicción de mis ideas y sentimientos, de mis propósitos y emociones; iracundo ahora, arrepentido más tarde, perplejo después, nunca feliz, desconcertado siempre, concluí por hacer de mi hogar y matrimonio un insufrible cautiverio.

Sufrílo, con todo, mi esposa calladamente,

ya sin reproches y sin lágrimas, resuelta a llevar la cruz de su dolor y de su amor hasta la cumbre del calvario.

Yo hubiera preferido, ¡necio y triste de mí!, ver en ella una actitud de rebeldía, un gesto de altivez, una palabra de enojo, que de alguna manera justificase mi crueldad; pero su eterna mansedumbre, su resignada tribulación, su inagotable ternura, me sacaban de quicio. ¿No eran, acaso, el más agudo reproche que yo podía sentir? Jamás volvió a dar en mi presencia señales de dolor o sobresalto; usaba siempre conmigo de una afectuosa naturalidad, encerrándose en un heroico silencio cuando la nube de mis cóleras rompía sobre su frente serena. Todos mis ímpetus se estrellaban en vano contra la roca viva de aquella paciencia formidable.

¡Pobres mujeres!, ¡cuánto las hacemos sufrir! Contra el orgullo, la dureza, la brutalidad masculina, ellas, las buenas, las amorosas y pacientes, no tienen más arma ni escudo que el corazón. El corazón es el centro y el eje de su vida; por él viven y sufren; él es su reino y su cadalso, su gloria y su martirio. Nacidas para el sentimiento, para la fe, el amor y la ternura, ¡qué crueles desengaños, qué de infortunios y

pesadumbres les reservan la infidelidad y el egoísmo viriles, el desamor, la doblez, la intemperancia y la crudeza de los hombres! ¿Cuál de nosotros podrá ufanarse de no haber hecho llorar a una mujer, si aun el más noble y caballeroso ya le costó a su madre no pocas lágrimas?

¡Pobres mujeres, tristes criaturas, tiernos recentales destinados al apetito de los hombres, peores a veces que los lobos; graciosas y amorosas ninfas lanzadas como fácil presa al antojo grosero de los faunos! ¿Qué madre no temblará de inquietud, de incertidumbre, de lástima, al dar a la luz de este mundo, lleno de iniquidad y violencia, el flaco y desnudo cuerpo de una hija, si aun la que fuere más dichosa, la que halle refugio en los brazos de amante y fervoroso dueño, no estará libre de traición y de angustia?

Cada vez más distante, más apartado yo de mi esposa, cada día más lejos de su alma, torné a "vivir mi vida", buscando inútilmente la felicidad en los libros, en mis añejas ambiciones intelectuales. Me puse a trabajar con vehemencia, mas como siempre, sin fruto, en un "ensayo" — tal le llamaba al modo inglés — acerca

"del amor y las mujeres"... Yo que apenas sabía del amor, yo que ignoraba a las mujeres, empezando por la propia, díme a filosofar sobre ambos temas, con la mayor petulancia, trayendo al magín y a la pluma cuantos lugares comunes corrían entonces por libros y revistas, fáciles tópicos y estribillos que, como las frases de Nietzsche, ya comenzaban a pasar de moda fuera del vulgo intelectual.

Y cuando la tensión de aquel trabajo tan estéril me fatigaba con exceso; cuando el ímpetu de la sangre me estremecía los pulsos, partíame del hogar y sacudía el fastidio, la pesadumbre de mi vida inútil y sedentaria, en viajes y devaneos por la ciudad y por el campo, mas sin placer ni alegría, ya a punto de frustrarse en mí para siempre la voluntad, el corazón y la inteligencia.

Un día de invierno, de júbilo, de sol, paseando mi hastío, mi petulancia y desabrimiento por la calle mayor de la ciudad, sentí en el alma su súbito golpazo. Envuelta en una suntuosa capa de armiño, que parecía un manto real, no muy lejos de mí, por la misma acera de la calle, vi de repente a Clara Taylor...

IV

Sola, muy elegante, arrogantísima, Clara Taylor venía lentamente por la ancha vía, llena de tiendas, curioseando los escaparates, moviendo al pasar un sordo runrún de admiraciones, de comentarios y piropos. Desenfadada como siempre, más hermosa que nunca, tocada con una especie de chambergo, de grandes y blanquísimas plumas, iba como en triunfo, envuelta en su manto de armiño con la majestad de una emperatriz.

Apenas la vieron mis ojos me dió un vuelco terrible el corazón. Puse entonces los pasos a compás de sus fuertes latidos y corrí al encuentro de la dama, no sin vencer la timidez que me imponía un lugar tan público, tan lleno de gentes ociosas, harto soliviantadas ante la maravillosa aparición de aquella realísima hembra.

La cual, sin responder a mis saludos fervien-

tes, me miró de alto a bajo con fría y desdeñosa altivez, fingiendo que no se acordaba de mí.

—Pero, Clara, por Dios—la dije, con mezcla de pesadumbre y despecho—. ¿Es posible que ya no se acuerde usted? Yo soy Eduardo Salazar, su amigo de antaño, *casi* su novio, aquel poeta...

—Eduardo Salazar...—repuso ella, entornando los hermosísimos ojos, con muchos melindres, como quien hace un gran esfuerzo—. Eduardo Salazar... ¡Ah, sí! Ya voy recordando... Uno que fué vecino del jardín de las Palomas... Uno que me hacía el amor... ¡Sí, sí! Ya me acuerdo perfectamente. Un pobre señor con humos de superhombre...

Y al decir tal, me tendía su mano, riendo como una loca.

—Perdone, amigo Salazar. Francamente: me había olvidado de usted. Cómo ha pasado algún tiempo desde entonces... Como he corrido muchas tierras y he conocido muchas gentes y he vivido tan al galope en estos años...

—Yo también, y con todo no pude olvidarla nunca. Pero, ¿qué digo olvidarla? ¡Si es usted mi obsesión, mi pesadilla, mi tormento, la luz y la sombra de mis días lúgubres, de mis noches eternas! ¡Si es usted el único amor de mi vida!

—Hijo, por Dios; lo dice usted como si fuera verdad...

—Se lo digo con toda mi alma. ¡El único amor, el único amor de mi vida!

—¡Hombre, cállese usted, hable más bajo, que nos está oyendo la gente!

—¿Qué me importa la gente? ¿Qué me importa el mundo entero? Sólo me importa usted en el mundo.

—¡Qué atrocidad! Pues no se le había conocido hasta ahora... ¡Vaya, vaya! Estos poetas son terribles...

—¿Se burla usted de mí? ¿No me quiere usted creer?

—Pero, ¿cómo voy a creerle, hombre de Dios? Hubo un tiempo... ¡ahora sí que lo recuerdo bien!... un tiempo delicioso en que yo le tenía, amigo Eduardo, un poco de voluntad... acaso un mucho. Pero usted, que era un terrible mariposón, me huía lindamente... Y entonces supe, gracias a usted, que la coquetería, la veleidad, la inconstancia, todos esos defectos que dicen femeninos, son tan comunes a los hombres como a las hembras... Yo me marché de allí, sin otro recuerdo de usted que unas hermosas calabazas, envueltas bonitamente en divagaciones filosófi-

cas. Pues cuando yo me marché, ¿qué hizo el poeta chirle, el trapacero galán, el remilgado superhombre, sino olvidarme y divertirse para ofrecer al fin su blanca mano a otra mujer? Harto lo dice esa alianza que le brilla en el dedo del corazón... Ahora mismo iba usted por la calle, tranquilamente, muy satisfecho de haber nacido... ¡Si yo le *guipé* hace media hora!... Iba usted hecho un brazo de mar (ojos que no ven, corazón que no siente); pero, de súbito, al verme venir, al tenerme delante de sus ojos y persuadirse de que no me he muerto ni me han estropeado las viruelas, ni me ha faltado por ahí quien me engarce en oro y en platino, se acuerda usted de repente... ¡oh, poeta romántico!, ¡oh, filósofo idealista!... de que yo soy el único amor, la única mujer que le importa en el mundo... ¡Quite allá, so farsante, so embustero!

—Clara—le dije, lleno de aviesa compunción, miserablemente fascinado por su hermosura y mi avidez—. No me juzgue tan mal... Tiene usted razón al reprochar mi conducta. ¡Merecía que usted me aborreciese! Mas yo repito, yo juro, que, en el fondo de mi alma, la he querido a usted siempre, la he deseado con verdadero frenesí; más de una vez su recuerdo me llenó de lá-

grimas los ojos. En aquel tiempo felicísimo, cuando pasábamos juntos aquellas horas inolvidables, yo sentía por usted una pasión inmensa; yo veía en usted, hecho alma y carne, juventud y hermosura, cuanto más amaba y codiciaba en el mundo: la libertad, la salud, la fuerza, el ingenio, el placer y la alegría de vivir; era usted la Venus de la Edad futura, la encarnación de todas mis ideas, la mujer redimida del pasado, libre de los prejuicios seculares; la musa del genio de la especie, el dulce espíritu de la risa, la embriaguez del deseo iluminado por un resplandor intelectual...

—¡Vamos, una superhembra con toda la barba!

—¡Clarita! No se burle usted de mí... Yo la quiero apasionadamente desde el punto y hora de conocerla, desde que vi en sus ojos claros resplandecer todas las lumbres y las fruiciones de la Vida... Yo la amaba como a mi propio ser, como a mi propio vivir, con hambre de amor y felicidad... Pero al mismo tiempo, se lo digo sinceramente, yo le tenía a usted, como al amor y a la vida, un poco de miedo... Usted se gozaba atormentándome, me buscaba y me huía, tan pronto amorosa como huraña y soberbia...

—Pero, hombre, ¿no comprendía usted que todo ello era amor, que todos eran lazos y redes y artilugios para cazarle? ¿No hacen lo mismo, unas veces mejor, otras peor, todas las mujeres? Pero usted era tan tímido, tan irresoluto y cobarde... Yo quería amar y ser amada, no como todas, sino de un modo nuevo y original... a la manera de Nietzsche, pero llevando yo el látigo... Y usted, que no es precisamente el Cid Campeador, se moría de miedo al amenazarle con la fusta o la pistola... ¿Cabe algo más ridículo? Si usted sentía esa pasión tan terrible, ese culto al amor, a la vida y a la fuerza, ¿por qué no luchaba usted conmigo; por qué no hacía por vencerme, si no por fuerza, con maña? Yo no lo había de hacer todo...

—Tiene usted razón, amiga mía: fuí un mentecato, un cobarde... Pero harto lo lloré luego, cuando usted se marchó... ¡Cómo me arrepentí de haber dejado escapar la felicidad! ¡Cuántas lágrimas, cuántas amarguras desde entonces!

—Por eso, sin duda, para consolarse... ¡pobrecito!, se casó usted...

—¡Ay, Clara!—repuse con innoble tristeza, queriendo justificar así mi infame deslealtad—. Soy un desventurado... Yo me casé sin amor; yo

arrastro la cadena del matrimonio como un galeote: ni enteramente malo para romperla ni enteramente bueno para sufrirla, vivo en una infernal esclavitud, martirizando a mi mujer y atormentándome a mí mismo... *Ella*—añadí, sintiendo la baja necesidad, el vil deseo de zaherir a mi esposa, de menospreciarla delante de *otra* mujer—es incapaz de comprenderme; es una infeliz, llena de prejuicios, de escrúpulos monjiles, hecha a pasar la vida rezando y llorando, más bien educada para la penitencia que para el amor...

—¡Pobrecilla!—exclamó la superhembra, con un irónico mohín—. Pues métala usted en un convento...

—¿Qué más convento que mi casa?—continué con la secreta y miserable satisfacción de aquellas felonías—. Allí se está con el alma en un puño, como en esos refectorios donde, a la hora de comer, ponen junto a la pitanza una cruz y una calavera... Mi hogar es "la casa de los muertos"...

—¡Pues sí que vive usted divertido!...—interrumpió la "Venus de la Edad futura" con una alegre carcajada—. ¡Bien empleado le está por imbécil, por no hacerme caso, por huir de mí, que soy el reverso de la medalla, por huir de la quin-

ta de las Palomas, que era "la casa de los vivos"...

—No haga usted remoquete de mis penas. Usted no sabe lo desventurado que soy...

—¡Vaya, no se aflija! No hay mal ni bien que cien años dure. ¿Quién es siempre dichoso en este mundo? Eso de la alegría de vivir es un cuento de las mil y pico de noches... Aquí donde usted me ve, también paso mis *ducas* y mis *achares*... ¡Yo también soy muy desgraciada!

—¿Usted?

—Sí—repuso con los ojos en blanco—. Desde mi primer matrimonio...

—Pero, ¡cómo! ¿También usted se casó?

—Sí, amigo mío: me casé... dos veces nada menos. Por fortuna para mí... me quedé viuda... las dos veces.

—Y en tan pocos años...

—Me quedé sola... *Walk over*...

—Pero, ¿no decía usted que no había de casarse nunca?

—Sí, lo mismo que usted. Ambos tenemos el valor de nuestras convicciones... Pero, después de todo, la vida es una perpetua contradicción. Deseamos las cosas para darnos después, cuando ya las tenemos, el *postín* de despreciarlas. Amamos la vida, la libertad, para perderlas en

un momento de embriaguez. Al cabo y a la postre, como yo me digo, ¿para qué sirven todas esas cosas sino para darse el gusto o el disgusto de perderlas?... En fin, amigo mío—concluyó la "Musa del genio de la especie"—somos dos filósofos de la vida y del amor... Cuando usted quiera filosofaremos juntos... como antaño...

Al decir así, con una sonrisa inefable, terció su capa de armiño, y abriendo el bolso con las preciosas manos enguantadas, me dió una tarjeta.

—Ya sabe usted dónde vivo... ¡Eduardo, *for ever!*

Se alejó de prisa por la calle adelante, mientras yo me quedaba con los pies clavados en el suelo, fuera de mí mismo, triste y alegre, humilde y orgulloso, presa a la vez de vivas ansias y de profundos remordimientos.

La seguí con los ojos, dudando si correr tras ella o correr al cabo del mundo para escapar al riesgo de tan infame traición, hasta que al fin se perdieron de vista, en el fondo de la calle, las garzotas blancas de su magnífico chambergo...

V

—¡Eduardo, *for ever!*—reiteró la mestiza, cuando al día siguiente, después de una noche de insomnio, de trágica lucha en el fondo de mi conciencia, me presenté en su casa, un hotelito flamante recién construído a la vera del mar.

—*¡For ever!*—repetí yo como un eco, besando su fuerte y primorosa diestra, cuajada de piedras preciosas—. Aún es posible la felicidad—añadí, envalentonado y encendido por la presencia de Clara, por su arrogante hermosura, por su *toilette* provocativa y elegante, por los íntimos refinamientos de su alegre y deliciosa mansión.

—Alquilé este retiro para descansar una temporada—me dijo sonriendo al advertir mi admiración y sorpresa—. Es más pequeño, pero más lindo que el de las Palomas. El jardín, sobre todo, es una preciosidad. Luego comeremos

en la terraza, si a usted le place... Como le esperaba a usted hoy... todo lo tengo dispuesto...

—Pero, ¿me esperaba usted hoy?—repuse maravillado.

—¡Naturalmente! Aunque usted no lo dijo, yo me conozco a mis clásicos... Tenía por seguro que vendría... ¿cómo no? Si hasta adivino que ha pasado usted una noche toledana... Sin duda, ayer, cuando me vió, tan de súbito, se le revolvieron en el alma y en la sangre todos los recuerdos... ¡Ay, amigo Eduardo!—añadió con un suspiro muy hondo—. Y a mí, también... Los recuerdos, aunque usted no lo crea, tiran mucho del corazón... Y nosotros tenemos tanto que recordar... Al verle a usted aquí, todo se me figura un sueño; vuelven las cosas que pasaron y se deshacen como la espuma estos últimos años de mi vida... Imagino que torno a mis tiempos de soltera, en la quinta de las Palomas... Parece que fué ayer...

—El tiempo no existe...—encarecí, trémulo de emoción—. ¿Qué importan los años, qué importan todas las cosas del mundo, si al fin logramos hacer esclava nuestra a la felicidad?... Pero cuénteme usted, Clarísima, ¿qué fué de su persona lejos de mí? ¿Dónde estuvo? ¿Cómo y

cuándo se casó? Ayer me dijo usted que había sido muy desgraciada...

—Sí, amigo mío; aunque no he perdido el humor, pues tengo el genio alegre y lo tendré hasta morir, he perdido casi todas mis ilusiones... Yo quise hacer de mi vida una novela... ¿se acuerda usted?... y, en efecto, la hice, pero resultó una novela disparatada, un poco triste, un mucho aburrida, como lo son la mayor parte de las que se viven y se escriben... Escuche usted... Yo, que era, como usted sabe, muy *filósofa*, me declaré emancipada, independiente, dueña de mí, antes de casarme. Fiel a mi voto de seguir soltera, sin ley ni amo, anduve sola por esos mundos, luego de perder a mis padres, viviendo mi vida, haciendo mi santa voluntad, hoy aquí, mañana allí, puestos los pantalones, verdaderamente encantada de haber nacido... Me paseé por toda Europa; hice mil correrías por América; también estuve en Oriente; fuí periodista, viajante de comercio, actriz, maestra de equitación y hasta domadora de leones... Pero, ¿se ríe usted? Pues todo ello es verdad como el sol que nos alumbra. Todo lo vi y lo gusté con una curiosidad devoradora. Tras mucho discurrir por bibliotecas y museos, luego de engullir libros y libros, de ensayar

no pocas profesiones, me dió por la vida salvaje; a punto estuve de convertirme en piel roja... Desgraciadamente, el amor, el pícaro amor me trajo de nuevo a la vida civilizada, que es la vida más absurda, la más cursi, la más despreciable de todas las vidas posibles. En una de mis excursiones por América tropecé con un joven doctor, medio alemán, medio yanqui, un hombre guapísimo, riquísimo, eruditísimo, correspondiente de no sé cuántas Academias, y del cual me enamoré como una loca. ¡Ay, amigo mío! Yo no había vuelto a amar desde que a usted, *in illo tempore*, le quise unas *miajitas*. Mi buen doctor, con todas sus prendas exteriores, también tenía en el fondo una invencible timidez; pero yo entonces, con más experiencia de la vida, le fuí camelando poco a poco hasta que le hice hincar el pico... *¡All right!* Concluyó por ofrecerme su blanca mano, sus dólares, sus títulos académicos... Total: que nos casamos al fin. ¡Oh, qué equivocación más espantosa! Mi marido no era un hombre: era un... intelectual. ¡Un intelectual! ¿Hay algo más aburrido, más despreciable en el mundo? (No, no se ofenda usted; los intelectuales de por acá son mucho más divertidos que los *otros*.) Afortunadamente, mi buen doc-

tor, que con todas sus palmas académicas, su erudición, su timidez, era un glotón incorregible, se murió el pobrecito de un cólico miserere... Quedé viuda por primera vez; mucho más libre que antes; joven, rica, feliz, independiente... ¿Feliz? No, por cierto; yo no era feliz. ¡Ay, amigo mío! El corazón del hombre es una selva oscura, un abismo de paradojas, ridiculeces y tinieblas. Pues ¿qué decir del corazón de la mujer? Yo había realizado entonces todos los ideales, todas las ventajas del más exaltado feminismo. Libertad absoluta, independencia económica, horizontes intelectuales, honda experiencia de la vida, voto de calidad para elegir... no a un candidato cualquiera, sino a un bajá de siete colas... Pero con todo esto y mucho más, yo me aburría soberanamente... yo no era feliz... yo padecía un tedio horrible de mi albedrío, de mi juventud, de mi belleza, de mi sexo... un desencanto cruel de todas las cosas: la libertad, el oro, los viajes, los libros, la inteligencia, la vida... Y es que la mujer ha nacido para el amor, para ser reina y esclava del amor, para vivir, para morir de amor... Me daban envidia todas las otras mujeres, las pobres, las ignorantes, las siervas, las que pasaban junto a mí,

harto más dichosas que yo, cautivas de un brazo fuerte y viril, agobiadas algunas por el dulce peso de la maternidad... ¡Oh, no se ría usted, no sea imbécil; que ahora sí que le hablo en serio! ¿Cree usted acaso que yo no tengo corazón, que no soy en el fondo *muy mujer?*... Tanto, que, muchas veces, yo maldecía mi educación libre y sin rienda, mi juventud emancipada y varonil, mis fueros, mis bríos, mi carácter. Piafando como un potro en tan espléndido y aburrido aislamiento, yo hubiera preferido entonces ser una hembra *como las demás*, dócil, cobarde, infantil; chiquita, para meterme toda en un corazón; débil, para rendirme al imperio de otros brazos; yo padecía en lo más íntimo al verme tratada como "una mujer excepcional", a quien se admira a ratos, a quien se teme siempre, a quien no se ama nunca; yo estaba dispuesta a perder cuanto poseía, todas mis "excepciones", mi libertad, mi posición, mis privilegios, con tal de enamorarme, con tal de ser amada "como una mujer cualquiera", por un hombre de verdad y de pro, que no fuese como mi primer marido, como tantos hombres de ahora, un despreciable muñeco... ¡Dios mío! ¿Qué no hubiese dado por un amor de corazón, único, firme, leal,

de esos que duran toda la vida y van más allá de la muerte? ¡Qué no sacrificara yo con tal de sentir en mis entrañas el dulce latido de una vida nueva, de una vida en la que yo pusiese lo mejor de mi carne y de mi espíritu!... Sí, amigo Eduardo; no se pasme usted... Veo su cara de asombro, de extrañeza, tal vez de incredulidad; le parece imposible que yo hable de esta suerte; yo, tan libre, tan bachillera, tan filósofa; yo, la altiva, la alegre, la veleta... No, no me diga nada... ¿Para qué se va a molestar? Ustedes, los hombres, no acaban nunca de comprender a las mujeres... Yo valgo más de lo que usted se figura; la peor de nosotras vale harto más que el más presumido caballero, ya sea intelectual o de la clase de tropa... Usted, con todos sus humos de psicólogo, no comprenderá nunca lo desgraciada que yo soy. Escúcheme sin prisa, que hoy es día de confidencias... Y perdone lo descosido de las mías; yo no puedo tener orden ni aun para hablar; todo se atropella en mí: ideas, sentimientos, emociones y palabras... "¡Ay, infeliz de la que nace hermosa"—ya sabe usted que soy harto inmodesta—y, además de hermosa, es inteligente y apasionada y precoz, y siendo así no encuentra un hombre en su ca-

mino, un hombre de veras, que la sepa guiar y comprender! ¡Esta fué mi desgracia, cabalmente! Porque aquí de mi tema: la mujer necesita del hombre por mucho que ella se emancipe y se rebele. ¿Cómo del hombre? Una mujer tiene absoluta necesidad de tres hombres... No, no se alarme usted... Tres hombres son necesarios para que una mujer no sea un demonio con faldas: primero un padre; luego un marido; después un hijo... un hijo varón. Precisamente los tres hombres que me han faltado a mí: por eso yo soy tan desdichada. Mi padre fué el pobrecito un Juan Lanas. Dios le tenga en su santo Limbo, aunque mi madre, que aún era de peor genio que yo, hizo todo lo posible por que él ganase la Gloria... Mi primer marido, ya lo sabe usted, era un intelectual, completamente chirle...

—¿Y el segundo?

—¡Ah, el segundo!... era el reverso del otro... era un francés de músculos de bronce, un bárbaro en toda la extensión de la palabra... Ya sabe usted que los franceses no tienen término medio: o son espirituales como un griego del siglo de Pericles, o son más brutos que Atila. Y mi marido, además de francés, era boxea-

dor... Al casarme con él, dí con la horma de mi zapato. ¡Lo que yo sufrí! Sólo de acordarme se me sube el corazón a la garganta... ¡Si no se muere tan a tiempo yo le hubiera tenido que dar *mulé!*... Como era el campeón del mundo... ¡claro!... *podía* más que yo; tenía unos puños de hierro, y un alma de pedernal; excuso a usted decirle... ¡Qué horror!... ¿Ve usted estos dos dientes y estas tres muelas de oro?, ¿ve usted esta cicatriz en la sien? Pues todas estas señales y otras que no le puedo enseñar, son reliquias de los zarpazos de aquella fiera... Quise escaparme de él, pero no me dejaba ni a sol ni a sombra y cuando salía me encerraba con siete llaves y una docena de cerrojos... Afortunadamente, un día, en Nueva York, un negro de más puños le quitó el campeonato y la cabeza... Quedé viuda por segunda vez, sin acertar adónde iría con mis huesos, desencantada ya de todas las cosas de este mundo... Pero al fin y al cabo sentí de nuevo la querencia de España. Y aunque yo no siento el patriotismo, que es una estupidez... según dicen ustedes los intelectuales... ¿no es así, mi amigo y superhombre?... y aunque por haber nacido yo en Calpe, de un inglés y una gibraltareña, no soy en este pun-

to "ni chicha ni limoná", ¡qué diablo! el sol andaluz y la alegría de esta tierra y los recuerdos del pasado me trajeron aquí... donde usted me ve... cansada de luchar y de vivir, sin más estímulos ya, sin más defensas que mi genio alegre y mi figura gentil. Sobre todo el genio, que vale más que el palmito; antes quisiera morirme que perder mi buen carácter... ¡Alegría!, ¡alegría! Parodiando al rey de Francia, podría yo decir: Todo lo he perdido menos el humor...

VI

Días después tornaba yo a mi hogar por los caminos del monte, nunca para mí tan fatigosos y tan duros como en aquel áspero trance de laxitud, perplejidad y remordimiento. La idea de ver a mi esposa—ya consumada la traición, torpes aún el alma y los sentidos por la reciente embriaguez—me producía una turbación indecible. Yo hubiera preferido entonces que algo, por lúgubre que fuese, me impidiera arrostrar aquel momento. Sentía unos locos impulsos de retroceder en el camino, de abandonar para siempre mi casa, de esconderme, de huir. Ideas y propósitos inconfesables me perseguían como obsesiones, incapaz yo a un tiempo de resistir al mal y de afrontar sus consecuencias.

Ni en el mal ni en el bien hallaba yo descanso. Una inquietud sombría, una ansiedad morbosa, enconaban todos mis deleites. Aun con el gusto

de ellos sentía en los labios el amargor de la tuera. Al furioso apetito de gozar se juntaba en mi corazón la incapacidad para el goce. ¿Puede llegar a más triste punto la miseria humana?

Eran los días cortos del invierno; ya comenzaba a anochecer y en la profunda serenidad del cielo andaluz temblaban las primeras estrellas. Me senté un poco al borde del camino, señoreando el mar que, con blando oleaje, rompía en la graciosa orilla. La hermosura y templanza de la noche, la serenidad del mar, la beatitud y el sosiego de todas las cosas, lejos de apaciguarme el espíritu le colmaban de angustia y de estupor. Pensamientos, emociones, instintos, hervían dentro de mí en la más apretada lobreguez.

Miré al cielo, para mí vacío; miré al paisaje, lleno de sombras enigmáticas; miré al mar, todavía más hondo y misterioso; busqué en las cosas exteriores algo que me aplacase y compusiese, que diera un poco de luz y de concierto al caos de mis fantasmas interiores: mas no hallé voz ni semblante en la naturaleza que no estuviese mudo y cerrado como la boca de la Esfinge. Sentíame descaecido y medroso, ajeno al mundo exterior y ajeno también a mí mismo,

en absoluta soledad, frente al enigma de las cosas.

—¿Dónde está el bien?—me dije, tornando a mis amargas dudas y deseoso al mismo tiempo de justificar mis desórdenes—. ¿Dónde está la verdad?—añadí, clavando los ojos y la inquietud en el abismo del formidable universo—. ¿Dónde hallar una certidumbre en este furioso torbellino de las cosas, en este mar de realidades y apariencias, en este fluir eterno de la Vida, inasequible a la razón? Todo se nos escapa en la naturaleza, todo huye de nosotros, impasible u hostil, convertido para el triste saber de los hombres en un puñado de fenómenos, en otro puñado de símbolos convencionales. ¿Qué son en sí todas las cosas que vemos, las que sentimos y pensamos, todas las que nos hacen vivir, gozar y padecer y morir? ¿Quién podrá saberlo jamás? Conocer se reduce a descubrir de qué manera lo que está en nosotros percibe lo que está fuera de nosotros, lo cual no es conocer lo exterior ni conocernos a nosotros mismos. Saber es comprobar cómo vemos, sentimos y razonamos, y no es otra cosa, y no es nada...

Todo se me volvía ceniza en las manos y en el corazón.

Seguí mi camino y, cerca ya de mi hogar, distinguí en la sombra de la noche, por la ventana abierta, la luz del aposento de Angeles. Aquella tímida luz, que guiaba mis pasos torpes en lo oscuro, como faro constante y apacible, como lumbre amiga y leal, avivó mi remordimiento, mi confusión y mi tristeza.

Penetré en mi casa, mudo turbado, receloso, lo mismo que un ladrón. Crucé el vestíbulo en silencio y al llegar a las habitaciones de Angeles me acerqué de puntillas. La puerta estaba entornada. Desde la penumbra del corredor vi al punto, bajo la suave luz del aposento, la dulce figura de mi mujer, de rodillas, ante su imagen de la Dolorosa, con el rostro escondido entre las manos.

Sentí un impulso repentino de entrar allí, de arrojarme a sus pies, de llorar su infortunio y mi vileza. Pero otro impulso más fuerte me empujó a la vez por el pasillo adelante.

Mas ella, sin duda, oyó el rumor de mis pasos. Corrió a la puerta y al verme, o más bien al adivinarme, se quedó suspensa.

—¡Eduardo!—dijo por fin—. ¿Eres tú?

—Sí...—pronuncié con una voz extraña que no parecía salir de mí mismo.

Y queriendo recobrar mi aplomo me acerqué a mi esposa, en la onda de luz de la puerta.

Callamos los dos sin acertar qué decirnos. Ella mostraba en su semblante un noble y profundo sufrimiento. Yo descubría, en cambio, toda mi ruin turbación.

El silencio pesaba sobre nosotros como la losa de un sepulcro.

—Me sorprendí al verte...—pronunció Angeles, ya dueña de sí, rompiendo con su admirable naturalidad la violencia de aquella situación—. No te sentí llamar; oí tus pasos y como estaba sola... Lucas salió al jardín; las chicas salieron también; las mandé a la capilla de la Virgen... Mañana...—concluyó con desgarradora tristeza—, mañana hará dos años que murió mi madre...

El recuerdo de aquella fecha, que yo tenía olvidada, puso más de relieve a mis propios ojos lo indigno de mi conducta. Pero al mismo tiempo la familiaridad amistosa con que Angeles me recibía, fué parte a serenar la holgada conciencia. Con todo, la humillación y el peso de la culpa me sellaban los labios y me tenían sin sosiego. Harto suponía yo, aunque entonces ignoraba de todo punto a mi mujer,

que su agudeza natural, su clara y viva intuición, me adivinaban los pensamientos y las acciones; que leía en el fondo de mi alma con más lucidez que yo mismo. Y cuando no, mi ausencia, mi abandono, mi semblante empañado y turbio, envejecido prematuramente, las turbaciones íntimas retratadas en él, la descubrieron mi interior. Todo ello hacía más violenta y difícil mi situación en el hogar.

Cenamos juntos aquella noche, dispuesto yo a acompañarla en su triste aniversario. Después de cenar, como la noche era deliciosa, nos salimos al jardín.

Lucas tejía la armazón de una corona que al día siguiente había de llevar al próximo camposanto. En el rostro noble y señoril de mi viejo servidor, al saludarme gravemente, advertí unas lágrimas y un gesto de vivo y callado reproche.

Bajé la cabeza y seguí los pasos de Angeles por las penumbras del jardín. Ibamos los dos silenciosos, mas al poco rato, al llegar a una glorieta, llena de antiguos recuerdos, Angeles se apartó de mí; ocultóse en la sombra, pero no pudo reprimir un sollozo...

—¡Angeles!—clamé, acercándome a ella, mas

sin atreverme a tocarla por un instintivo respeto—. No llores, por Dios... Aunque el recuerdo de tu madre...

—¡Por mi madre, no lloro!—replicó vivamente, mostrando a la luz de las estrellas el bellísimo rostro con el rocío de su llanto—. Por los que son felices no se llora... Por quien lloro es por ti...

Callé miserablemente, sin saber qué contestar.

—Algún día—repuso—llorarás tú también...

Aquella súbita y desesperada ternura me conmovió agudamente, pero no hallé lágrimas en mis ojos ni voces amorosas en mi lengua ni cosa alguna en mi corazón que no fuese oscuridad y desconcierto.

—¡Sí!—dije al cabo, en uno de aquellos ímpetus fugaces que de repente me sacudían como una ráfaga de vendaval—. Te hago sufrir... Soy un miserable... Y, sin embargo, no puedo dejar de ser como soy... Es la fatalidad de mi destino...

—Ya veo que no puedes...—repuso con mortal tristeza—porque no quieres... Harto lo sufro y lo lloro...

—No puedo... no puedo...—repetí como un in-

sensato, mientras sentía en el corazón una dureza creciente—. Nunca acerté a ser feliz ni a hacer felices a los demás... Soy un monstruo... Tienes derecho a despreciarme...

—¿Despreciarte yo?—dijo aquella santa con inmensa dulzura—. ¡Si más te quiero cuanto más me haces sufrir!... A veces me avergüenzo yo misma de esta voluntaria esclavitud... de este amor que se nutre de humillaciones y de lágrimas... Pero ¿qué voy a hacerle? El amor es mucho más grande que todo... más grande todavía que la propia dignidad... Yo nací para esto: para querer con toda mi alma, para querer hasta la muerte, por mucho daño que me hagan... y tú no sospechas el daño que me estás haciendo... aunque es mayor todavía el que te haces a ti mismo... Yo no sé aborrecer, no sé despreciar; no conozco la ira ni el desdén ni siquiera la indiferencia... Nací para sufrir y amar... que es para lo que nacemos casi todas las mujeres... Mi destino fué siempre padecer, padecer en silencio... Ya estoy bien acostumbrada... Pero en medio de mis tribulaciones tengo una hermosa certidumbre, una satisfacción que me consuela: a nadie hice sufrir en este mundo... Soy una pobrecilla, una igno-

rante; sólo sé una cosa: dar bien por mal...

Toda la pena de su vida, todo el amor de su alma, todas las virtudes ocultas en su soledad y desamparo, vibraban con voces tiernas y cordiales rompiendo, a golpes de emoción, el hielo transparente de su dura paciencia, de su constante humildad y timidez.

—¡Ay, si pudiera—concluyó, mirándome con ansia—redimirte a costa de mi vida! ¡Cuántas veces se la ofrezco a Dios por tu felicidad!

¿Qué hice yo entonces, monstruo de mí, al escuchar palabras semejantes, al ver abierto a mis ojos el cielo purísimo de su alma, al ver delante de mi razón tenebrosa la verdad, el bien que en vano buscaba en los abismos de la naturaleza en las ciegas pupilas de los astros, en los mudos misterios del mar y de la noche?

Quise responder con mis lágrimas, abrir para siempre los brazos y el corazón... Mas no sé qué torvo pensamiento, qué tenacísima raíz, qué amargo regosto de mis pasiones traidoras, cerraron las fuentes de mis ojos, me ataron la lengua, el corazón y los brazos. Y respondí con unos tristes balbuceos, con unas razones secas

y triviales. Y entonces se plegó también, como una pobre violeta, el alma de mi esposa, y un gran silencio se abrió de nuevo entre nosotros, como un abismo, en el umbroso jardín, bajo las claras pupilas de las estrellas...

VII

Cuando recuerdo la época de mi vida que os voy a contar (este libro de mis tristes memorias es a la vez confesión y penitencia) siento un profundo bochorno, un áspero remordimiento que, lejos de templarse con los años, perdura en mi corazón como eterno castigo. La pluma tiembla en la mano al manchar el blanco papel con las vergüenzas de aquellos días y toda mi alma se estremece a la par como si oyera la voz acusadora, el reproche sin palabras de los muertos. No sé si ellos me habrán perdonado; de mí sé decir que no me he perdonado todavía...

Sucedió al fin que, prendido en los lazos seductores de aquella mujer, la de los ojos y las uñas de tigre, y en las redes mortales de mi propia sensualidad, caí de bruces en el fango de una pasión afrentosa, de una ciega y cobarde esclavitud. Hundido en él sin remedio, sorda ya

el alma a todas las voces interiores, incapaz también de sufrir la presencia de mi esposa, muda reprobación de mi conducta, acabé por huirme del hogar y echarme definitivamente en los brazos de Clara, que fué despeñarme en la sima de mi oprobio.

Entonces conocí los profundos abismos en que puede caer una hembra sin pudor, sin freno, sin sentido moral, hermosa, inteligente y pervertida, sedienta de goces y de lujos, hambrienta de novedades y emociones, precozmente adulterada por una educación libre, cosmopolita, varonil, por devaneos, cavilaciones y lecturas, presa de todos los apetitos, de todas las curiosidades, siempre voluble entre la pasión y el tedio, la burla y la cólera, la coquetería y la crueldad; entonces supe, a mi costa, de lo que es capaz una mujer cuando rompe con todo lo humano y lo divino, cuando se lanza, llena de locos frenesíes, sin una norma espiritual, a todos los deleites del mundo exterior, ansiosa de "vivir su vida", competir en licencia con los hombres, hacernos sus esclavos y vengar en nosotros ásperamente a todas las mujeres resignadas, honestas y apacibles, víctimas del orgullo masculino, de la brutalidad viril.

Entonces supe también, y fué todavía peor, a qué bajos aguantes, a qué inauditas vilezas puede llegar un hombre cuando, ciegos los ojos de su alma, inficionado el juicio por las ideas más absurdas, torcidos los sentimientos, rotos el corazón y la voluntad por el análisis arbitrario y devastador de las cosas, embotada la sensibilidad por el desorden de la inteligencia y el tumulto de las pasiones, toda su vida la reduce a la bruta satisfacción del instinto, al hambre y al hartazgo de una grosera felicidad, sin fondo y sin objeto, como el tonel de las Danaidas...

Aún me estremece recordar los tajos sombríos en que yo me precipité. Cuanto hice sufrir a mi pobre Angeles, hube de purgarlo entonces, y con hartas creces, bajo la tiranía implacable de aquella terrible vengadora, en cuyos brazos, tan hermosos y tan duros, era yo un triste juguete, un siervo a merced de todas las afrentas, un niño depravado y cobarde a quien se harta de besos y de golpes. Cada vez más hundido en el caliente lodo, disueltas en él la voluntad y la razón, ya todo carne y deleite, vil y gustosa esclavitud, obedecía maquinalmente al menor gesto de mi daifa. Ella, viéndome así, harto pagada de mi debilidad y de su

fuerza, se complacía en humillarme, en abatirme, en hacerme sentir toda la inmensa pesadumbre de su despótica privanza. Su agudo ingenio, su inteligencia sutil, sus donosas burlas, su clara risa de cristal, con todos los resplandores y los brillantes barnices que a su hermosura me tenían cautivo, no se empleaban nunca sino para fustigarme y escarnecerme. ¡Cómo se mofaba de mí; con qué humillaciones y desdenes pagaba todas mis caricias; cómo ponía delante de mis ojos toda mi abyección y servidumbre; con qué descarnada insolencia glosaba las conversaciones de antaño, gozándose, con una risa loca, de ver al *superhombre* convertido a sus pies en un *pelele!*

—Con razón—me decía—te tuve siempre por un infeliz, por un *snob* con puntas y alamares de *chalao*... ¡Y aún te las das con tu mujer de superior y de lince! Pero conmigo no te valen majezas ni posturas... Así sois los hombres: unos pobres diablos, orgullosos y duros con los débiles, pero mansos y humildes con quien os sabe domar. He aquí el sexo fuerte, el *homo sapiens*, el que hizo la ley del embudo, el que nos condenó a perpetua esclavitud. He aquí el león de las selvas, el gallito de todas las mujeres, el

torito furioso y rampante. Ved aquí al *superhombre,* al terrible dominador de las gentes: miradle aquí a cuatro patas delante de una mujer, esclavo de unos ojos gachones, de unos rizos gitanos, de una boquita de fresa, de una cintura juncal... ¡Arre, burro! No te me asustes, rey de la creación; no seas imbécil, rey de los animales... Saca las uñas, alza los cuernos, yergue los espolones, híspete, brama, rozna, crida, muge, rebuzna, gallea... ¡quiquiriquí!

Traigo a las mientes y a la pluma estos "donaires" clavados para siempre en mi memoria, por penitencia de mis antiguos pecados y para que mejor se vea hasta qué punto llegué de postración y rebajamiento. Algunas veces, movido, más que por la dignidad, por la ira, pretendí levantarme de aquella torpe servidumbre. En cierta ocasión, flagelado el rostro por una injuria soez, me erguí con un arranque de locura, resuelto a ahogar entre mis brazos a la pérfida. Mas revolvióse al punto, cual irritada leona, y me sentí de nuevo, como en otros días, manchado de sangre, vencido en lucha vil, derribado a sus pies lo mismo que un fantoche.

—¡Miren el Cid Campeador—exclamaba ella riendo—, y cómo pretendía pegarle a una mu-

jer! Pero aquí se han vuelto las tornas... ¿Acaso no sabes que soy más fuerte que tú? ¡Ah, si yo fuera débil, si yo fuera cobarde, cómo abusarías de mí! ¡Con qué sañuda crueldad me impondrías entonces el derecho del más fuerte! ¡Y que no sabéis vosotros, los caballeros, ser galantes con las señoras! Ya lo decía tu compadre Nietzsche: "¿Vas con las mujeres? Pues no olvides el látigo". ¡Admirable filosofía: para vosotros, los besos; para nosotras, las lágrimas! Para el varón, el orgullo, la libertad y la fuerza; para la mujer, la ternura, la sumisión, la esclavitud... ¿No es así? Pues bien, amiguito: ya es hora de que los hombres den con la horma de su zapato. Y yo, que soy feminista, a mi manera, cumplo con mi deber dándote estas pequeñas lecciones...

Rachas tempestuosas de aborrecimiento y de bochorno me empujaban otras veces a huir de semejante mujer, a matarla o matarme en un acceso de furor; pero el terrible hechizo de su belleza, de su ingenio, de mi profunda sensualidad, que ella sabía encender con todas las artes del deleite; las mil agudas seducciones de tan extraña pasión y hasta los gritos, las burlas y los latigazos con que me hacía sufrir

aquella bárbara domadora, me tenían tan depravado y cautivo, que al fin tornaba a sus pies más dócil, más vil y muelle que nunca, ciego, tembloroso, abúlico, arrastrando conmigo por los suelos los últimos jirones de mi estragada y rota dignidad.

He de abreviar, por fuerza, estos tristes capítulos de mi vida, porque toda el alma se me resiste a seguir publicando los secretos de tan infame afición, cuyas últimas abyecciones, honradamente, no se pueden decir. Y por si todo ello aún fuera poco, sucedió que aquella mujer devoradora hizo presa en mi fortuna con tal arte, que me trajo a las puertas de la ruina. Salud, honra, dinero: todo se me iba en las manos de semejante vampiro.

Y cuando supo que me hallaba así, cuando vió que conmigo estaba ya a punto de perderlo todo, "hasta el humor", huyó de mí, tomó las de Villadiego y fuése de nuevo a América en la rumbosa compañía de un torero mejicano, famoso por sus proezas, sus volapiés y sus amores, tanto en la vieja como en la nueva España.

VIII

Jamás un hombre se vió más triste, más derribado y miserable que yo. Semejante al morfinómano a quien de súbito le quitan su delicioso veneno, sentí una especie de locura, una agitación insufrible, las ansias frenéticas del tósigo, peores que las ansias de la muerte, la avidez morbosa de mi perdida y vil felicidad. Presa de horribles accesos, de extrañas alucinaciones, caí después en un abatimiento absoluto, en un helado estupor.

Ya todo estaba muerto dentro y fuera de mí. La vida interior y la exterior eran como la imagen de la Nada, la noche universal, el hundimiento de todas las cosas en el triple vacío de la materia, del pensamiento y del corazón. Al torpe influjo de mi escepticismo, a la flaqueza de mi carácter, a mi astenia moral, se unió, para

acabar de aniquilarme, la aguda intoxicación de las pasiones.

Durante muchos años, desde mi primera juventud, habíame yo puesto a secar las fuentes de la vida (malavezado por el orgullo intelectual), a romper las tablas de los eternos valores y sofocar mi verdadero ser, hasta consumir aquellos purísimos manantiales de mi infancia, los de la vida afectiva y profunda, y convertirme en un ente ridículo y absurdo, empeñado, según me dijo doña Rita, en amargarse la existencia y hacérsela imposible a los demás.

Las tribulaciones de mi niñez, la acritud de aquellos años, la muerte de mis padres, aguzaron en mí, con ímpetu precoz, la inteligencia y el sentimiento. Lanzado al galope de la primera juventud, solo en el mundo, ignorante de todas las cosas, presa de aguda curiosidad, lleno de confusiones, de avideces y ternuras, dado a la vida sedentaria, a los libros y al pensamiento vagaroso, perdida la fe en lo divino y en lo humano, me refugié en mi "torre de marfil", en mi caverna platónica, en esa especie de agnosticismo intelectual y sentimental por donde se llega fatalmente a la atonía de las fuerzas vitales, a la vejez prematura del corazón, al ener-

vamiento de la voluntad, a la bancarrota de todos nuestros motivos de vivir.

El dolor y la muerte son los dos ojos del alma por donde se asoma a las realidades supremas, a los inmensos horizontes del más allá. Desde que comenzamos a vivir se nos impone a todos, con el dolor y la muerte, esa contemplación a la par elevada y angustiosa. ¿Quién no recuerda su primera desventura, la primera vez que en los años infantiles sintió el latigazo de la adversidad o vió, mudo de asombro y de tristeza, la agonía de un ser querido? En esos lúgubres instantes, cuando se nos revelan y declaran las más hondas razones de la vida, los más oscuros problemas y, sobre todos, el del bien y el mal, nuestros ojos mortales se alzan llenos de lágrimas al cielo, con la inquietud de ese impaciente y afanoso *porqué,* llave y espuela de toda filosofía.

Mas, cuando en tales horas, el que pregunta no halla respuesta en su razón ni en su fe; cuando levanta los ojos al cielo y le cree vacío, mira al sepulcro y sólo ve gusanos, siente el dolor y no conoce su ley, padece el mal y no sabe por qué existe, una de dos: o es un espíritu ramplón y se conforman con negarlo todo, con

cerrar los ojos a todo y se acuesta en el blando cenagal de un sensualismo torpe y egoísta, o, si no es un necio enteramente, vive en perpetua contradicción, condenado a presenciar, con desesperada zozobra, en las tinieblas de sí mismo, cómo luchan y se hacen pedazos entendimiento y corazón.

Ambas cosas me sucedieron a mí, demasiado susceptible para no padecer tales angustias y lo bastante necio para hundirme en el fango hasta los ojos. Y una vez hundido y sepultado, ciego, insensible al fin hasta a mis luchas interiores, me quedó únicamente el hambre grosera del deleite, la sed rabiosa de aquel opio en que buscaba ese falso vivir, esa ficticia voluptuosidad con que los laxos y cobardes se consuelan de su ineptitud para la vida y para el goce.

¿Qué me restaba, pues, al arrancarme, con el amor de mi coima, el último sostén, mi vital y dulcísimo veneno? ¿Qué me restaba ya sino morir?

La idea del suicidio se me clavó en el alma como un remate de mi angustia, como un puñal de misericordia. Solo, arruinado, enfermo, sin más hacienda ya que el triste carmen de los montes; sin esperanza, sin salud, sin un

amigo leal, hubiérame dejado morir de inanición y de tristeza a no venir en mi socorro un pariente de Lucas, del viejo criado de mi casa, patrón de jábega en la costa, hombre acomodado y muy de bien, que me llevó consigo a su barraca playera, cuando en el lindo hotel desamparado, lleno aún de los recuerdos y el perfume enervante de mi cómplice, desfallecía yo a solas, resuelto a morir en el odioso lupanar vacío antes que llevarle a mi esposa los miserables restos de mi abyección y de mi ruina.

La bancarrota moral ya no tenía remedio, mas sí la quiebra económica en tanto se acudiese con urgencia a liquidar los relieves de mi fortuna. Era preciso a todo trance vender mi hacienda de los montes, aquella "quinta de las lágrimas", donde mi pobre esposa lloraba nuestra común adversidad, e imponer un orden nuevo de vida que nos salvase a los dos de la indigencia. Pero incapaz yo también de acudir a tan heroicos arbitrios, languidecía en mi cobarde actitud, reacio a todo esfuerzo vital, a todo instinto de conservación, humillado y enfermo en la noble y sana hospitalidad de la casita playera.

Un día sentí en el corazón el golpe de gracia,

el doble filo de aquel puñal de misericordia con que esperaba rematar mi vida inútil y deshecha. Recibí una carta en cuyo elegante sobre reconocí al punto, con terrible emoción, la letra varonil de Clara Taylor.

"Chiquito — me decía, como solía decirme con una mezcla de cariñosa familiaridad e íntimo desprecio—. Antes de partir para siempre *con rumbo desconocido,* quiero despedirme de ti. Como supongo tu sorpresa, tu desesperación y tu ira; como sospecho también que a estas horas me habrás puesto de pérfida, de ingrata y de otras cosas todavía peores, cual no digan dueñas ni *cañís* (todo de antemano te lo perdono), voy a demostrarte que no soy tan perversa como pudiera creerse, que yo también tengo mi alma en mi almario y mi corazoncito en el pecho. No pienses que mi resolución de abandonarte fué una locura, un acto irreflexivo y desleal; antes bien (¿no se dice así en castizo?), fué una cosa premeditada y consciente, como cumple a una *ultrahembra* como yo, y a un *superhombre* como tú. Créelo, chiquito. Al punto que habían llegado las cosas no había otra solución. Ni tú ni yo éramos felices... felices de verdad. Tú estabas agotado y corrompi-

do hasta los tuétanos. Yo iba a perder contigo lo poco que me queda de alegría, de buen humor y de salud. Esta es la *chipén*... Más pronto o más tarde hubiera reventado la mina y... la *debâcle*. O tú me matas a mí o te mato yo a ti, o nos matamos los dos juntos, como en los folletines y en las crónicas de sucesos... Y, francamente, chiquito, eso de morirse debe dejarse para cuando Dios quiera... Todavía es tiempo de evitar la catástrofe. Tú tienes un hogar y una mujer que, de seguro, te aguarda con los brazos abiertos. A mí me quedan también, como a Don Quijote, *unas camisas limpias y unos pocos dineros*, con más algunas alhajas y, sobre todo, mi persona, que no es grano de anís; mi salud, mi humor y mi palmito... La felicidad, como tú decías, aún es posible para los dos, cada cual con la suya y Dios sobre la de todos... Ya ves que te hablo en cristiano. Yo nunca fuí mora ni judía, aunque me lo llames tú; pero desde que he padecido a tu vera las delicias de no creer en nada ni en nadie, los encantos de tu *superación de la vida*, estoy por hacerme católica, apostólica, romana y aun por meterme en un convento... En fin, chiquito, me da mucha lástima de ti. Yo te quise y todavía te

tengo muy buena voluntad. Perdóname la tristeza que, forzosamente, y no sin pesadumbre mía, habré de causarte. ¡Eduardo, *for ever!* Que seas muy feliz, como lo desea de todo corazón tu amiga,

CLARA."

Las injurias más soeces, los ultrajes más afrentosos, la bofetada más cruel, no me hubiesen dolido tanto como allí me dolieron aquellas irónicas razones. Lloré bárbaramente, estrujé en mis puños el papel, me revolví en el humilde y hospitalario aposento como enjaulada fiera.

Todo había acabado para mí: la juventud, el amor, la felicidad, la esperanza y hasta el orgullo. Me sentía irremisiblemente fallido, en una espantosa ridiculez y miseria, cual si me hallase de bruces en una yacija de estiércol. Lo que no pudo conseguir la dignidad iográbalo ahora la desesperación: el súbito conocimiento de mí mismo, la vergüenza de mi pasada esclavitud, la certidumbre de mi inferioridad, la estupidez grotesca de mi vida de escritor y de hombre.

Este era el único, el verdadero, inestimable

bien que yo debía a mi loca pasión y al menosprecio de Clara. Que al rebajarme, al humillarme, al abatir a sus pies mi orgullo, mi afectación y mi dureza, me enseñó a conocerme y aprendí, poco a poco, de qué ruindades y abyecciones era capaz aquel que se creía un espíritu superior, un revolucionario, un intelectual, un *superhombre* en fin, y no era otra cosa que un vulgar escéptico adulterado por los libros, un solemnísimo pedante, un egoísta feroz, un sensual con humos y presunciones de filósofo...

Al verlo así, entonces más claro que nunca, al verme derrumbado, huero, *chiquito*, despreciable, en trágica parodia, en fraudulenta quiebra, digno de burla y de sarcasmo, convertido a la postre en objeto de lástima y chacota, en el hazmerreir de una mujer, se me hincó de nuevo en el alma la idea de la muerte, con tan ciego y desesperado impulso, que corrí a la puerta para arrojarme de cabeza al mar.

Pero en aquel momento se abrió la puerta y apareció mi esposa.

ULTIMA JORNADA

EMPEZABA a insinuarse la primavera precoz del Mediodía. Cubríanse los huertos de un fonje tapiz, mullido y oloroso; en los naranjos apuntaba el azahar y hasta en los cauces secos de los arroyos invernizos se abrían las primeras hojas: un verde claro, tierno, infantil, asomaba en las copas de los árboles y ponía, sobre el verdor ascético y oscuro de las hojas perennes, de las pinochas norteñas, los risueños matices de un febrerillo loco y andaluz. De los alegres cármenes

subía un denso olor de frutos y de flores, el vaho de las tierras húmedas y calientes, el generoso rezumo de la savia nueva, semejante a la dulce transpiración de un seno maternal.

Yo también comenzaba a revivir. Salvado de la doble muerte, material y moral, merced al amor y al heroísmo de mi esposa; juntos al fin los dos en nuevo y modestísimo hogar, en nueva y humilde existencia, convalecía yo poco a poco de mis pasados males, absorto al sentirme renacer cuando ya me creía definitivamente aniquilado.

Es maravillosa la virtud del cuerpo y del espíritu para sobrevivir a los reveses más hondos, para restituirse y repararse de las lesiones y los quebrantos más duros. Con las angustias de la muerte, con el cuchillo en las entrañas, saliéndose el alma por la boca, ausentes la voluntad y la razón, ya en los umbrales de la eternidad, todavía podemos, cuando Dios lo quiere, levantarnos a la luz del sol y restañar la sangre, cicatrizar las heridas, componer el alma desgarrada, cobrar el sentido, la salud y el deseo, volver a vivir con nueva y delicada fruición.

Tal me ocurría a mí entonces, por la miseri-

cordia de Aquel a quien negué tantas veces; por la piedad y solicitud de mi esposa, que, fiel a su antigua vocación, me sostuvo en sus brazos como a un niño enfermo, curó las llagas de mi espíritu, veló mis noches angustiosas, rezó a mi triste cabecera como una hermana de la Caridad.

¿Quién hubiera creído que esta mujer, que parecía tan poquita cosa, tuviera en el fondo de su timidez y mansedumbre semejante nervio, tal energía interior, una voluntad inflexible y a la par un sentido práctico, una tan fácil aptitud para los negocios de este mundo?

Porque ella fué también la que, resuelta y valerosamente, dejando entonces por ociosas las lágrimas de sus ojos y las cuentas de su rosario, afrontó nuestra crisis económica, mantuvo en sus hombros el hogar, hizo vender la finca de los montes y, liquidando los restos de la desbaratada fortuna, los redujo a fáciles valores que nos bastasen para vivir con modestia. Buscó y halló una casita, cerca de la playa, en aquellos mismos aledaños, y con parte de los antiguos muebles aderezó un nuevo nido que, con ser humilde y pequeño, tenía más gracia y más intimidad que el otro.

En tales milagros anduvieron también, según supe más tarde, aquellos tristes ahorros de doña Araceli, los relieves de la mermada alcancía que la pobre señora dejó al morir, los cuales representaban no pocos años de sacrificios y privaciones.

La actitud de Angeles, aquellos rasgos suyos de abnegación, de valentía, de esforzada prudencia, empezaron a abrirme los ojos y a derretirme el duro corazón. Viendo a mi esposa tan por encima de mí, siempre callando, perdonando siempre, reedificando el hogar después de salvarme la vida y la honra, y todo ello con la mayor sencillez, "como quien no hace nada", como quien cumple una vulgar obligación, sentí amanecer en mi alma, con el asombro, la gratitud y el arrepentimiento, un nuevo mundo de ideas, en cuyos anchos y luminosos horizontes era la vida más dulce, más claro y recto el pensar, más fino y hondo el sentir, más noble y firme el querer, más cierto y seguro el juicio de todas las cosas.

—Cuanto veo en Angeles—consideraba yo, experimentando a cada minuto su caridad, su ternura, su fortaleza, su fe, todas estas virtudes que antes yo no veía, o si las veía las juz-

gaba desatinadamente—son realidades profundas, ciertas e infalibles: aquí no cabe negación, incertidumbre ni sospecha. Una acción generosa, un sacrificio, un rasgo heroico, son hechos de valor absoluto, de inmediata y fecunda verdad. *Ser bueno* es imponer una afirmación, tal vez la más rotunda y verdadera de todas. Sí: el deseo y el acto de hacer bien, la voluntad de hacer felices a nuestros semejantes, constituye la única verdad inconmovible y sólida. No cabe duda. La verdad, la eterna verdad está aquí: en el sentimiento puro, en el amor desinteresado y activo.—Todo está en el corazón—como decía la Santa. Sean cuales fueren el sentido de la vida, nuestra misión en la tierra, un alma llena de amor va derecha a su fin, no se equivoca nunca. Viene a ser el centro de gravedad de todas las cosas... *Pero*—(todavía el demonio de la duda, el Mefistófeles de la razón disecadora y falaz, enemiga a muerte de la vida, me hurgaba en el pícaro magín)—pero el concepto del bien, ¿tiene acaso un sentido absoluto? ¿No varía con los siglos, con los pueblos y con los hombres? Lo que era el bien, lo que era la virtud para un hijo del Atica ¿podía serlo para un cristiano de la Edad Media? El pensamiento

de la felicidad, el sentimiento del amor, ¿no eran harto distintos en el alma de Sócrates y en el alma de San Francisco de Asís? Y aun suponiendo que todos los siglos y los hombres se hallasen de acuerdo en estas cosas, y que los conceptos puros de la virtud y del bien, del amor y la felicidad, fueran siempre en la tierra idénticos e inmutables, ¿quién me asegura que, en lugar de ser un resultado fortuito de las relaciones humanas, tienen un valor absoluto fuera de aquí, en todos los mundos existentes y posibles? ¿Qué importan al cabo las acciones buenas o malas, de toda la humanidad, al formidable juego de la Vida?... Por otra parte, si hacemos del bien la esencia, el eje y el motor del universo, igual razón nos asiste para hacer del mal el principio y el alma del mundo... Pero el mal, como el bien, es cosa de ética humana; ambos son ficciones *nuestras*, concepciones *nuestras*, tan útiles para vivir como el instinto de conservación, e incorporadas a la vida sentimental y a los impulsos naturales... Se es bueno sin razonar el bien, *porque sí*, como se pudiera ser malo, o se es bueno por reflexión, es decir, por interés. Y de todas suertes en el fondo del bien que hacemos late el ansia de nuestra propia felici-

dad, más o menos disimulada; en las raíces del amor al prójimo tiembla el amor de nosotros mismos, más o menos consciente...

Así, *todavía*, con todos los ejemplos y castigos que tenía delante de mis ojos, tornaba en ocasiones a mis ruines hábitos, a este morboso afán de disolver en la conciencia, y en nombre del pensamiento y de la vida, los motivos fundamentales del pensar y el vivir, con la delectación venenosa del escéptico al *creer* que nada es verdad, que todo miente, que ni aun existe el sol que nos alumbra. Y para más horrible paradoja venía a fundar mis negaciones, mis infames dudas, precisamente sobre el *hecho* vivo, inmediato de la virtud de mi Angeles; sobre la afirmación heroica de su amor; sobre la realidad del bien, de las mercedes sumas que yo acababa de recibir por su mano. ¡Maldita contradicción, siniestra paradoja, que parecía forjada en los abismos del *lugar en donde no se ama*, por el odio y la desesperación de Luzbel!

Afortunadamente nada valen sofismas ni paradojas contra la formidable realidad de los hechos. Cuando la razón cree haber destruído al mundo, el mundo subsiste, lo mismo que antes,

todo entero, por encima de la razón. Como decía el Poeta,

De las estrellas blasfemé iracundo,
por blasfemar de Dios hasta en sus huellas;
y, huyendo de El y de ellas,
me arrojé a lo profundo:
¡y ahondé!... ¡y ahondé!... ¡Y, atravesando el mundo
hallé sobre mi frente las estrellas!

¿Cómo dudar del bien si estaba allí presente, en el dulcísimo corazón de Angeles? ¿Cómo pensar que no existía ese bien cuando yo acababa de recibirlo y gozarlo? ¿Dónde otra prueba mejor de su existencia y certidumbre?

—Cuando te fuiste de casa, cuando me abandonaste cruelmente—me había dicho mi esposa—caí en horrible desesperación. Te vi perdido sin remedio para ti y para mí... Llena de indignación y de tristeza, me sentí ofendida y lastimada en lo más hondo y puro de todos mis sentimientos... Y aunque yo no sé odiar, creí que había dejado de amarte para siempre... Pero, después, cuando supe tu situación, cuando supe que estabas humillado y enfermo, poco menos que de limosna en casa del sobrino de Lucas, ¡me dió una lástima tan grande!... Tuve el presentimiento de tu muerte, de la perdición de tu

alma... Y entonces corrí desolada a buscarte y, una vez más, conforme corría hacia ti, yo le ofrecí al Señor mi vida por la tuya...

Tal me había dicho mi esposa, con delicada sencillez, con aquella su activa caridad, su sincera ternura, tan diferentes de mi enfermiza compasión, de mi torpe sensiblería; tal me dijo al rescatarme y volverme al hogar desamparado y en quiebra. Entonces, al oir semejantes palabras, yo, ingrato, cobarde, fementido y ciego, no vi de golpe la verdad, no caí de rodillas a sus pies, no se me hizo pedazos el corazón. Mas poco a poco, las palabras sublimes y, más aún, las eficaces y patentes obras, venían abriéndose camino dentro de mí, penetrando y esclareciendo la cerrazón de mi alma.

—Sí—afirmé al cabo, con íntima y rotunda persuasión—. El *hecho* de la virtud, la *obra* del bien, sean cuales fueren los *conceptos* más o menos relativos en que se apoyen; los *actos* puros de la voluntad que determinan el heroísmo, la abnegación, el rasgo sublime, el sacrificio de sí, no admiten duda ni sospecha: son absolutos y categóricos en el orden del ser trascendental, y en todos los siglos y los pueblos, en todos los mundos existentes y posibles. Dar bien a cambio

de mal, ofrecer la otra mejilla a quien nos da una bofetada, perder la vida, la felicidad o la honra en holocausto del amor al prójimo, no son conceptos artificiales y vacíos, no son la consecuencia fortuita del instinto, del interés o del cálculo: son acciones libres, heroicas y sobrehumanas, las más augustas y culminantes de nuestro ser moral... Cuando mi esposa me dijo: "Yo le ofrecí al Señor mi vida por la tuya", exprimió, sin saberlo, en esta frase, todo el zumo del bien, toda la esencia del amor... que es la verdad.

II

Cundía entretanto la dulce, la impetuosa primavera. El esplendor de la montaña y de la costa, el júbilo del paisaje y la marina, la serenidad de los cielos, la perfumada dulzura del ambiente, la suave respiración del mar, templaban el cuerpo y el espíritu, levantándolos con nueva y desconocida resolución, a los puros deleites de la salud, de la paz, de la buena y amorosa conciencia. Sólo el que aprendió a sufrir, el que aprendió a querer, el que halló base firme en que fundar todos sus pensamientos y emociones, puede gozar de esta suerte la verdadera alegría de vivir.

Caía el sol a plomo sobre la tierra y sobre el mar; bajo el raudal de luz, erguían los montes sus agudos perfiles, de atrevido y gracioso dibujo, sus cimas verdes, rojas, cenicientas,

ocres, blancas algunas con la blancura de la cal. Los más lejanos aparecían en grandes masas de color violeta, embozados en una dorada niebla de sol. Aquí y allá brotaban chispas de luz; todo el paisaje estaba como constelado de un vivo centelleo.

La ensenada, transparente y azul, rizada por intenso hervor, resplandecía como lumbre. Al golpear un remo las ondas hería los ojos la viva centella de aquel agua de sol. Tan aguda y copiosa era la reverberación del mar y del paisaje, que las cosas de la tierra parecían tener luz propia e iluminar el cielo más bien que recibir su luz.

Tumbado yo en la arena, junto a mi nueva casita de la playa, entre los montes y las olas, veía también a lo lejos, en el fondo de la bahía, el apiñamiento gracioso de la ciudad, coronada de sus torres y belvederes, de sus chimeneas humeantes; la blanca mole del faro, los brazos vigorosos del puerto, los mástiles de los buques, todo ello como ceñido por los senos y contrafuertes de la vecina y azulada sierra. Las ráfagas del viento ponentino traían hasta mí los alegres rumores de la urbe, el vocerío de sus mercados, el traqueteo de sus fábricas, el sil-

bato de sus trenes, el tañer de sus campanas, la respiración de sus anchos pulmones sorbiendo las brisas del mar.

Cerca de la ciudad nativa, bajo el cielo azul, purísimo, fulgurante; en aquella tierra cálida y enjuta, enamorada del sol, cubierta de sarmientos, de naranjos y palmeras, sentía el goce de revivir, me asía con avidez a la esperanza de una nueva y mejor felicidad, semejante a uno de aquellos árboles, torcidos y desnudos, pero tenaces y valientes, asidos a los peñascos de los montes, que perforaban con sus raíces la entraña de la roca buscando el agua viva de los profundos manantiales...

¡Con qué delicadeza, con qué suavidad y discreción me ayudaba mi esposa a dar con la fuente de las aguas vivas! ¡Cómo, bajo la blanda tutela de aquella singular criatura, comencé yo (niño cobarde, veleidoso y muelle) a vivir al cabo como un hombre, a refrenar mi adulterada naturaleza, y recobrar mi propio ser, el que forjaron amorosamente las manos y el corazón de mi madre! ¡Cuán claro y justo principiaba yo a ver en las honduras y tumultos de mí mismo; cómo aprendía a conocerme y a conocer a mi no merecida compañera, al ángel de

los cielos que, por misericordia de Dios, vino a las puertas de mi casa, de mi casa adusta, llena de libros y pensamientos extraños, cerrada al aire y a la luz de la vida (de la vida verdadera), cárcel hostil a todo lo que fuese caridad y amor! ¡Cómo empezaba a comprender entonces, analizando las cosas afectuosamente, con humildad y con ternura, sin pedantería ni orgullo, sin violentarlas ni torcerlas, antes amándolas y alumbrándolas con las luces del entendimiento y del corazón; qué agudamente comenzaba a intuir sus esencias, sus realidades profundas, mirando en los espejos de nuestras vidas, el de mi esposa, tan puro y reluciente, el mío, tan turbio, roto el alinde y el cristal!

Si por el fruto se conoce el árbol, si por las obras al hombre, si por la acción al pensamiento, ¿qué frutos, qué obras de verdad y de amor podía yo oponer a las acciones de mi esposa? ¿De dónde nacía en mí tanta flaqueza y oscuridad e incertidumbre, la ansiedad o el hastío, las emociones desordenadas o ficticias, los ensueños vagabundos y estériles, la ineptitud para pensar a derechas, para sentir sinceramente, para querer con rectitud y energía, para vivir como Dios manda? Y ¿de dónde le nacían a mi es-

posa, con ser mujer y no de muchas letras, su claridad de entendimiento, su rectitud de juicio, su maravillosa intuición, la fina y fuerte sensibilidad, la inagotable ternura y todas sus íntimas virtudes, muy hondas, muy recatadas, pero nunca ociosas o inertes, sino fecundas y activas, prestas a derramarse afuera en obras y frutos de bendición?

—El bien, la virtud—me decía al fin, abrazando amorosamente la verdad, viéndola ante mis ojos, como a la luz de un relámpago—, no son vagas ensoñaciones, ni conceptos intelectuales, más o menos firmes y seguros; son fuerza y actividad y energía. Todas esas virtudes se cifran en una sola palabra, en un solo impulso: la caridad. Y la caridad es ante todo acción. Pero la acción, en orden a la virtud, sólo se nutre de la fe. La duda agnóstica, la que nos trae a decir: *todo es nada,* seca las fuentes activas, destruye la voluntad y el corazón sepultándolos bajo un cobarde *para qué.* ¿Para qué vivir en una noche universal en donde todo es nada, en donde todo miente, en donde todo está hueco, aniquilado y vacío? Unicamente la fe mueve con brío la voluntad y la proyecta en la acción. La acción y la fe son el anverso y el reverso de la

misma medalla: creer es, en potencia, obrar, como obrar es, en acto, creer. Así cuando la creencia, sea cual fuere, se agota, el entusiasmo se enfría, se atajan todos los móviles y se detiene la acción, o gira, como una rueda, en las tinieblas de la noche donde todo es nada. ¿No es esto lo que me sucedió a mí?

Pensando de esta suerte—aunque las nuevas persuasiones todavía flotaban perezosas en mi vida interior, sin trascender al orden práctico—iba acercándome, cada vez más, al luminoso espíritu de mi mujer. Conociéndolo ella sentía un gozo inefable, redoblaba su esfuerzo y su ternura, abriéndome y alumbrándome los caminos de amor que conducen al puro conocimiento. Sin nieve ya las cumbres, fundida al claro sol nuestra común reserva, juntos en apacible y más segura intimidad, volvieron a enlazarse nuestros brazos y nuestras almas.

Fué aquella una profunda y silenciosa reconciliación. Tácitamente, yo confesaba mis culpas; mansa y calladamente, Angeles me las perdonaba. Y como si Dios quisiera perdonar también, al poco tiempo escuché de labios de mi esposa una dulcísima confidencia que me llenó de gratitud y de alegría.

La felicidad llamaba al fin con recio golpe, con súbito alborozo, a la puerta de mi humilde casa. El hondo y secreto deseo de los dos, el no logrado afán de tener un hijo, iba a realizarse.

Lloré con lágrimas nuevas que a la par me encendían y purificaban el corazón. El instinto de la paternidad, el misterioso anuncio de aquel cercano amanecer, acabaron de abrir mi alma a la verdad. Yo había yacido hasta entonces a espaldas de ella y de la vida, sin saber lo que fuesen, absorto en simulacros y ficciones, al margen del mundo y de mi propio ser, ajeno a las realidades íntimas y a las realidades exteriores; ignorando, por ignorarlo todo, que quien se aferra al egoísmo, que es el verdugo del amor, y a la duda, que es la ponzoña de la fe, cuando piensa que sabe mucho no sabe nada... Con sencilla evidencia lo veía yo al fin, sintiendo en las entrañas de Angeles el fruto más dulce del amor y de la vida.

¡Cuán activa y sinceramente experimentaba yo entonces la alegría de creer, el gozo de amar y de vivir! ¡Con qué afanosa vehemencia renegaba de mi oscuro ayer y me ponía de hinojos ante el porvenir, cifrado en el tierno fruto!

¡Cómo se esforzaba mi alma por compensar a mi esposa de todo el mal que la hice! Un fuego vivísimo de ternura, de caridad y atrición me transformaba y encandecía. Un hombre nuevo surgía dentro de mí.

Con todo, algunas veces me asaltaba un escondido terror, el miedo crudelísimo de que Dios castigase mis pecados negándome aquella felicidad que Angeles prometía. Me embargaban tenaces presentimientos; veía a mi mujer con un extraño abatimiento, quebrada su salud y fortaleza, vuelto su natural equilibrio en un humor melancólico. Mirábala triste y pensativa, tal vez recelando lo mismo que yo, temiendo lastimar con el más leve roce aquella vida que se cuajaba en sus entrañas maternales.

Pero al cabo, dichosamente, dió a la luz del mundo un niño, rubio como las candelas, sano y hermoso como un angelote de Rubens.

III

Incorporada sobre el lecho, sostenida por las almohadas, satisfecha y gozosa, Angeles sonreía. Sus ojos, mansos y profundos, cercados de un misterioso livor, me miraban como en éxtasis.

Le estreché la mano, le besé la frente y sentí con aguda zozobra que estaban ardiendo.

—¿Qué tal, Angelines?—pregunté lleno de inquietud y de ternura—. Parece que tienes fiebre...

—Estoy mejor... estoy bien...—repuso con voz desfallecida—. ¿Y el niño? ¡Quiero ver al niño!

Se lo trajeron muy aderezado en sus pañales, rubio y hermoso como un sol. Agitaba las sonrosadas piernecitas, los brazos, chiquitines y rollizos, señalados de hoyuelos, y nos miraba fijamente, muy grave y absorto, sin llorar ni reir, abriendo los ojos rasgados y oscuros, hondos y humildes como los de su madre.

—Es un niño triste—dijo la nodriza que le tenía en brazos—. No ríe ni llora... Parece que tiene miedo...

—¡Qué ha de ser triste!—repliqué yo, con íntima ansiedad—. Es un niño de genio dulce y amoroso... un ángel de Dios.

—¡Hijo mío!—exclamó su madre, tendiéndole los brazos en un esfuerzo penoso—. ¿A quién se parece?—preguntó.

—A usted, señorita—replicó el ama.

—Es tu vivo retrato, Angeles—dije yo a mi vez—. Es como tú, hermoso y bueno.

Angeles suspiró entrañablemente.

Una oleada de luz, el claro sol del Año Nuevo, triunfante en la pura y azulada atmósfera, penetraba con ímpetu por los balcones, en la limpia y alegre habitación. Todo era allí blanco y luminoso; todo parecía vestido de júbilo y de fiesta, en los semblantes y en las cosas. Pero en el fondo de mi corazón vagaba la inquietud de aquella fiebre que encendía el rostro y las manos de Angeles. Con oculta ansiedad esperaba al médico, entreteniendo a mi esposa con tiernas caricias y animadoras palabras.

—¡Año nuevo, vida nueva!—exclamé, cuando

se llevaron al niño—. Vida nueva... Nunca se pudo decir con más razón...

—Sí...—murmuró pensativa y melancólica—. Vida nueva para todos...

—Pero ¿por qué te pones triste?—le pregunté, sobresaltado por la extraña melancolía de sus palabras y su voz—. ¿Es que te sientes mal?

—No—repuso—, ¡si me siento mejor! Es que mirando al niño, sin saber por qué, me dió una lástima muy grande... ¡Es tan humilde, tan tierno, tan dulce!... ¡Quién sabe lo que le guarda el porvenir!

—¿Temes acaso que por ser bueno y humilde no sea dichoso?

—¡No, eso no!—replicóme con viveza—. Si la bondad y la dicha fuesen incompatibles, yo preferiría mil veces que fuera desgraciado... No es eso... Es que... ¡pueden ocurrir tantas cosas!...

—Pero Angeles, por Dios; tú siempre tan confiada y optimista, ¿vas a sentir ahora recelos del porvenir? ¿No es el presente felicísimo?

—Pues por eso, Eduardo: le tengo miedo a la felicidad de este mundo... ¡Suele durar tan poco!

A esta sazón llegó el médico.

Hícele entrar y después de reconocer a la pa-

ciente salíme con él afuera para preguntarle con avidez:

—¿Cómo está? ¿qué tiene?

—Su estado es delicadísimo—respondió—. Nos hallamos en presencia de una infección de curso lento, pero de carácter grave... La naturaleza de la enferma está muy agotada... Con todo, aún es posible la curación...

Caí en una silla, descaecido, atónito, como si el mundo entero se hubiese desplomado sobre mí. Para esconder la horrible pena me encerré en mi aposento y allí mezclé las oraciones con los sollozos.

—¡Angeles!—decíame a solas, presa de una ternura lacerante—, ¡qué razón tenías!, ¡qué poco dura la felicidad de este mundo!... ¡Ahora que empezábamos a vivir!

Con un esfuerzo indecible, y asido por fin a la esperanza que el médico dejaba entrever, compuse mi semblante, refrené mi angustia y volví al cuarto de mi esposa.

Entonces, como ya conocía su mal, advertí mejor y con más grave pesadumbre la palidez y turbación de su rostro, la mustia expresión de sus miradas, la sombra y el livor de sus ojeras, todos los síntomas de la cruel enfermedad.

Y tuve que hacer un esfuerzo heroico para no descubrir mi profunda desesperación.

—Eduardo, ¿eres tú?—me dijo, como en otro tiempo, al sentir mis pasos en la estancia, nublos ahora sus ojos, y desfallecida en un principio de sopor—. Tengo sed...—añadió—, tengo mucha sed...

Bebió, ávidamente, una limonada y, como si aquel refrigerio templase la calentura, se animó nuevamente, se incorporó un tanto y me miró, acariciándome con una dulcísima sonrisa.

—Estoy mejor—repuso—, ¿no lo ves?... Ya no tengo recelos del porvenir... Ya estoy segura de la voluntad de Dios...

Dijo estas palabras con grave y extraño acento que me llenó a la par de admiración y de congoja. ¿Qué era lo que quería decir?

—Bendita sea su santa voluntad...—concluyó, haciendo la señal de la cruz.

A la mañana siguiente se atenuaron los síntomas un poco. Remitió la calentura, cobró un tanto sus fuerzas y aprovechó la ocasión para llamar a un sacerdote. Con este aliento moral ella redobló sus bríos y yo mis vivas esperanzas.

Pero al caer la tarde se acentuó la fiebre y

tornaron la sed, la angustia y el abatimiento. Sin apartarme de su cabecera, rezando y llorando en mi corazón, mas sonriendo, cuando ella volvía los ojos hacia mí, para que nada me conociese, vi llegar la noche con medrosa inquietud.

Guardaba yo un gran silencio por no fatigar a mi Angeles. Pero ella, sacudiendo de pronto su morbosa languidez, me habló de esta manera:

—Yo le ofrecí al Señor mi vida por la tuya —dijo blandamente, volviendo hacia mí su rostro palidísimo, iluminándome con una mirada singular que no parecía de este mundo—. Y el Señor me oyó...

—¡Angeles!—clamé conmovido—, ¿qué es lo que estás diciendo? No pienses en cosas tristes... Piensa en el porvenir, en nuestra felicidad... Cuando te pongas buena...

—Pues en el porvenir estoy pensando—me interrumpió con misteriosa dulzura—, en tu porvenir, en tu felicidad..., que es lo que me importa.

—¿Y la tuya?

—La mía...—respondió gravemente—va a cumplirse muy pronto...

Comprendí lo que quería decirme y exclamé, con la voz empapada de llanto:

—¡Amor de mi alma! No digas eso... Ya te pondrás buena... ¡Si ya te sientes mejor! El médico asegura...

—¿Qué saben los médicos de estas cosas? —interrumpióme al punto—. Más sabe el corazón...

—Pues a mí el corazón me dice que vas a recobrar la salud, que vamos a ser muy dichosos.

—No—repuso, estrechándome la mano con la suya ardiente y febril—, no puede ser... Ya es tarde... Mi voto va a cumplirse... Dios lo quiere, Dios lo dispone en su infinita misericordia... para bien tuyo... Ten fortaleza y resignación... Abre tu alma a la fe, abre tus ojos a la verdad... No te olvides nunca de mí... No cierres el corazón a la memoria de los muertos...

Calló, fatigada y exangüe, con invencible languidez, vencida la bella y noble cabeza sobre las almohadas. Pero, al poco rato, como me sintiese llorar, volvió a su idea fija y aseveró, contemplándome con una mirada profunda:

—¡Sí, Eduardo; es preciso que yo muera para que vivas tú!

IV

Era la víspera del Día de los Reyes cuando trajeron a nuestra casa al Señor.

—¡Qué buena estrella!—exclamó Angeles al saberlo—. ¡Qué hermoso día para caminar!...

Inflamado su espíritu por ardor mucho más fuerte que el de la calentura corporal, se impuso entonces con invencible señorío a todas las angustias y las flaquezas de la carne. Su voz tornóse clara y dulce, resplandecieron sus ojos, el alma entera se asomó a las pupilas, bañadas de una luz que yo no había visto jamás.

Y así que llegó el Santísimo la dieron tales ímpetus de amor, que parecía querer saltar del lecho para recibirle. Todo el semblante se le puso encendido como el fuego, más hermoso y luminoso que nunca, lleno a la vez de lágrimas y sonrisas, de ternura y de paz. Como el cisne que canta para morir, cantó suavísima-

mente el fin de sus días, acompañando las oraciones del rito con palabras tan fervorosas, edificantes y sutiles que partían el corazón.

De hinojos en el suelo, puesta también el alma de rodillas, abierta y desbordada la fuente de las lágrimas, desfallecía yo, sostenido por el brazo leal del viejo Lucas, sintiéndome transfigurado y rendido, colmado de fervor y de angustia, como si la vida y la muerte fueran en mí una misma cosa.

—¡Padre y Señor de mi alma!—decía Angeles, en tanto, con inefable dulzura—. Cúmplase vuestra voluntad... Tened compasión de mí en la otra vida... Y que no les falte a quienes amo en la tierra este alimento para el camino...

Después de recibir el Viático, pidió la Extremaunción, con que acabó de prevenirse para el tránsito, desasiéndose y purificándose de la vida mortal. Y luego quedó por mucho espacio como absorta, con una expresión de beatitud y serenísima calma.

¿Cómo tuve yo fuerzas para resistir estas supremas emociones sin que estallasen dentro de mi pecho todo el amor, todo el dolor en él callados y contenidos?

Todo aquel día lo pasó mi esposa en un ali-

vio sorprendente. Llegué a creer con ansia viva que aun se podría salvar. Pero el médico, sin responder, me miraba con pesadumbre, y Angeles, cuando yo la animaba, repetía:

—No, Eduardo; es preciso que yo muera para que vivas tú...

Mandó que trajesen al niño, y al tenerlo junto a sí ya no pudo reprimir la fuerza de sus lágrimas.

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío!

Le besó muchas veces y mirándome luego me dijo así:

—Vive para él... Edúcale de manera que no sea desgraciado por culpa suya... que haga también felices a los demás... Que nunca niegue a Dios ni a su madre... Que sea bueno ante todo... que sepa creer y amar...

A partir de aquella noche, Angeles se agravó de tal suerte que ya perdí toda esperanza. Sentado junto a su cabecera, fijos el pensamiento, el corazón y los ojos en su demacrado semblante, pálido ya como una hostia, contemplaba en él la trágica lucha de la vida y la muerte. Su debilidad era tan grande que al menor esfuerzo se desvanecía. Agitábase a ratos con dolorosas contracciones y terribles náuseas; abría

los párpados desmesuradamente y luego tornaba a caer en un profundo sopor. Y entonces yo la sentía delirar con delgadas y misteriosas voces que parecían venir del otro mundo, de la insondable eternidad.

—Eduardo... mi hijo... tu hijo... Para siempre... para siempre... Tengo sed... Agua, agua, dame agua... No, de esa no... que está llena de gusanos... Abre la puerta... la puerta de la cárcel... ya veo el camino... Es la alegría... la alegría de vivir...

Aun en aquel estado de agotamiento físico y de excitación espiritual, así que despertaba un poco, su inextinguible ternura me vigilaba siempre. Cuando ya la suma postración no le consentía moverse ni hablar, todavía posaba en mí los ojos llenos de sombras y de nieblas, con una mirada singular, como si con ellos quisiera decirme toda su fe, todo su amor.

Yo, en tanto, sostenido por la bárbara tensión de los nervios y del espíritu, la veía caer poco a poco en el abismo trágico; veía en su rostro grave, dulce y angelical, cada vez más agudos los rasgos y los perfiles de la Muerte. Contraído todo mi ser en una muda y seca desesperación, agotados mis gemidos y mis lágri-

mas, sentíame ya solo en el desierto del mundo, incapaz de vivir en adelante con la abrumadora pesadumbre de mis culpas, de mi dolor, de mi vacío desamparo. Comprendía entonces ¡cuán tarde, cuán a deshora! el inmenso valor de aquella felicidad que perdía, de aquel sumo bien que en otro tiempo había yo desconocido y ultrajado. Veíame ya, próximo también a las puertas de la vejez y de la muerte, en una soledad tristísima, sin una ternura protectora, sin una mano fraternal, sin un apoyo firme, sin un pecho amigo al que fiar los pensamientos y las penas, abandonado de aquel nobilísimo corazón que yo desgarré tantas veces y que, tan tierno y valeroso, había sabido sacrificarse hasta el fin.

¡Cuán implacablemente padecía en lo más entrañado de mi alma todas estas cosas y muchas más, patentes y sensibles como nunca, para torcedor y castigo de mi conciencia y mis pecados! Y ¡de qué manera los recordaba todos, uno por uno, con toda su horrible desnudez: mi dura impiedad, mi insensato orgullo, mi egolatría, mi altivo menosprecio, mi desamor, mi ingratitud, mi felonía, mi baja y cobarde sensualidad! ¿Cómo podría vi-

vir en lo futuro, yo tan indigno de sosiego y de perdón, sin otra compañía en mi alma que las memorias de los antiguos y despreciados bienes, sin otro refugio en mi conciencia que las sombras de aquellos monstruos de mis actos? ¿Qué haría yo en adelante de mi triste libertad, de esta desamparada libertad que con ruin deseo codicié otros días, cuando juzgaba mi matrimonio una cadena tan dura, si ahora quedaba amarrado para siempre a la esclavitud del remordimiento y del dolor?

Todavía, en presencia de mi esposa moribunda y a pesar de su ejemplo y de mi pena, consideraba estas cosas de un modo interesado y ruin, a la sombra de mi egoísmo, no a la luz de la caridad y la fe; con más dolor de mi dolor presente, de mi cerrado porvenir, que de mis pasadas culpas. ¡Con cuánta razón había dicho mi pobre Angeles: "es preciso que yo muera para que vivas tú"!

Sí: eran menester su ausencia, mi desamparo y soledad para que yo acabase de redimirme y de clavar los ojos en la Cruz. Era preciso que Angeles muriese en este valle de lágrimas para que yo alcanzase con ella la verdadera vida, *el inmortal seguro*...

Tan ciega, tan miserable y tenebrosa es la existencia aquí abajo, que sólo con el dolor y la muerte nos abre los ojos a los hombres. Hay que perder los bienes de este mundo para saber lo que valen: es menester la desventura para conocer la felicidad; es necesaria la dolencia para estimar la salud. Era forzoso que la muerte, la gran reveladora, me descubriese todo el valor del bien perdido, para que yo aprendiera del todo a conocer y amar el bien...

Trabajado por lúgubres ideas, no más crueles y obstinadas que la realidad de aquella agonía interminable, empecé a sentir, juntamente con las torturas del espíritu, el cansancio corporal de tantas noches de emoción y de vigilia. Ya de madrugada, habíame quedado solo con la enferma, que parecía dormir apaciblemente, con suave respiración. Cerca del amanecer la invencible fatiga me rindió al cabo. Sin darme cuenta me quedé traspuesto, con la cabeza apoyada al borde de las almohadas.

Me despertó la luz del día entrando por los balcones. Me alcé con horrible sobresalto. Miré a mi esposa, que aún parecía dormida. Toqué sus manos y estaban como la nieve. Puse mis labios en su rostro y me dió la sensación del

mármol. Sentí un vértigo y proferí un grito desgarrador. Estreché en mis brazos el pobre cuerpo de Angeles; la llamé con voces, rotas por los sollozos...

Sólo esto me faltaba para eterno remordimiento de mi conciencia. Como si aquella mártir quisiera llevar hasta el último suspiro su caridad y abnegación, habíase dejado morir calladamente en medio de la noche sin romper mi cobarde sueño. Ni aun en el momento de abandonar la tierra desmintió su ternura y su humildad: fuése con alas de paloma, volando mansamente para no despertarme...

V

Desde que aquella santa partió de este mundo voy caminando por la tierra como un penitente, con el hijo de mi dolor y de mi amor en los brazos, el alma puesta de rodillas y los tristes ojos en el cielo.

¡Cuán lejos ya de mí las falsas ideas, las venenosas dudas, los pensamientos egoístas, las presunciones intelectuales de antaño! ¡Cuán remotos ya los ímpetus rebeldes, la desazón de los deseos, la soberbia de las pasiones, la vanidad de los libros, la perenne inquietud del corazón!

El hombre nuevo que había empezado a vivir sobre los despojos mortales de la perdida felicidad, crecía dentro de mi alma, escarmentado y humilde, conforme a la voluntad de Dios, obediente a sus designios, consagrado a la fe y al recuerdo, encendido en las íntimas hogue-

ras de la caridad, la renunciación y el desengaño, a cuyas vivas luces todas las cosas se transfiguran y esclarecen.

Así llegué al puro, al inmaculado conocimiento de la verdad, de esa verdad que en vano perseguía mi menguada razón al través de las cosas exteriores y que estaba dentro de mí, durmiendo en las calladas sombras de la conciencia...

Vivimos a oscuras, en el hondo abismo de incomprensión y de ignorancia que aísla y oprime a todos los seres del mundo. Vivimos a ciegas de los demás y de nosotros mismos. Nuestra orgullosa razón sólo conoce por símbolos y abstracciones; tiene que convertir las cosas en cifras y alegorías para hacerse la ilusión de que las penetra y comprende. Pero esa triste ciencia de números, ese álgebra de la vida, para nada o muy poco le sirve al corazón. Y es por el corazón, más que por la inteligencia, por lo que vivimos y comprendemos. Sólo el amor y la fe, las intuiciones del corazón, aciertan a iluminar esa callada sombra de la conciencia (en donde duerme lo más profundo y misterioso de nosotros mismos), a abrazar la vida de golpe y a darle un sentido a la par divino y

humano, el sentido del bien... que es la verdad.

Creer, amar, sufrir, compadecer: he aquí lo positivo y cierto. Fe, ternura, caridad: he aquí las tres virtudes del corazón, las tres lámparas de la vida. Caminar por la tierra mirando al cielo, dar bien por mal, hacer dichosos a nuestros semejantes; derramar, a manos llenas, consuelo y felicidad en el mundo: este es el colmo de la sabiduría, de la certeza humanas. Toda bondad, por melancólica y humilde que fuere, es una verdad inmediata y segura. ¿Qué valen todos los orgullosos pensamientos, las soberbias razones, las más alambicadas pedanterías, ante un sencillo y manso corazón que sabe amar, que sabe creer, que sabe sufrir y, en último término, sacrificarse por nosotros?

Tal fué el dulcísimo corazón de mi esposa; tal fué el ejemplo, la riquísima herencia que me dejó al partirse de mí aquel espíritu singular, uno de los más santos y hermosos de cuantos la gracia de Dios tuvo por suyos en este valle de lágrimas; tal fué aquella noble criatura, dulce y angelical como su nombre, con la que indignamente compartí el pan, el lecho y el amor; a quien traté, sin embargo, como a enojoso huésped, como a desapacible forastero, sin co-

nocerla nunca, yo tan pagado de mí, pero tan ciego y sordo; sin compredérla jamás, mientras no vinieron a descubrírmela y arrebatármela el Dolor y la Muerte.

Otra herencia me dejó en el mundo: este hijo, grave y humilde en su niñez, que, en el semblante y en el alma, es un clarísimo espejo, un vivo retrato de su madre.

Sus ojos dulces, rasgados y oscuros, su voz de blando metal, su carácter apacible, tímido y amoroso, evocan maravillosamente la fisonomía de Angeles, sus palabras, sus virtudes interiores y aun aquella santa y suave melancolía de sus penas.

La entrañable ternura de mi hijo, su presencia y su voz en el hogar desamparado y silencioso, junto a la noble solicitud del viejo Lucas, son para mí un consuelo y un reproche: sufro y gozo mirándoles...

En mi hijo he cifrado todas las nuevas esperanzas de mi ya próxima senectud: en él se dibujan ya, con todas las excelencias de su madre, las virtudes antiguas de sus abuelos. Mi hijo no será—Dios me oiga—lo que su padre fué: un extranjero en su patria, un enemigo en su hogar, un triste maniquí de todas las mo-

das intelectuales y extrañas: mi hijo no será un "fracasado", un "abúlico", un escritorzuelo pesimista, infecundo y presuntuoso; mi hijo, en fin, no será un "superhombre", sino un hombre de veras, en toda la noble y cabal acepción de la palabra: un caballero, muy español y muy cristiano...

Púsele por nombre Juan de la Cruz: su nombre dice también *amor de caridad.*

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

QUEDAN HECHAS LAS INSCRIPCIONES
QUE MARCAN LAS LEYES PARA LAS
REPÚBLICAS AMERICANAS

COPYRIGHT, 1922, BY RICARDO LEÓN

5 PESETAS.